LIBRO dot.com

PALOMAS Y GAVILANES

CEFERINO DE LA CALLE



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Indice

I. El principio de un drama
II. Hilachas
III. Consecuencias
IV. Centro de operaciones
V. Recuerdos amargos
VI. Por su peso
VII. Palomas y serpientes
VIII. En campaña
IX. Orgía
X. El oráculo
XI. Rosaura
XII. Miseria
XIII. Estocada a fondo
XIV. Preparación
XV. Dudas y cavilaciones
XVI. Tableau
XVII. Desolación
XVIII. Captura
XIX. A muerte
XX. En los caños
XXI. Cataclismo

A la más simpática sociedad que he conocido: Al Club del Plata, dedica esta obra
El autor

I. El principio de un drama

Expiraba el año 1874, que había sido nefasto para la República Argentina; año de conmociones populares que trajeron, en pos de sí, regueros de sangre y el malestar consiguiente a una perturbación política, que dejaba odios y deseos de venganza en la mitad, por lo menos, de sus habitantes.

Nos encontramos en una de las provincias argentinas, cuyo nombre no hace al caso; en un rincón del antiguo Virreinato, circundado por altas montañas cuyos picos se alzan orgullosos hasta las nubes; donde la naturaleza se ostenta majestuosa con toda la grandiosidad de su poder; donde los valles se disputan a porfía, como celosas ninfas, la amenidad y galanura de sus paisajes, la frescura de sus prados, lo poético de sus cascadas, lo agreste de su vegetación, la pureza de su cielo y lo grato de su ambiente; en un rincón, digo, donde forman el delicioso valle seis empinados cerros cubiertos de verde follaje de poleo, romerillo y abrojo que rastrean por el arenisco suelo de sus vertientes, y que poco a poco van dando lugar al algarrobo, al moye y al espinillo de doradas aromas, que en pequeños y dispersos bosques tapan los declives por donde constantemente murmuran saltones regatos y estrechos ríos de transparente agua, que envían los deshielos de la cordillera, para poetizar los valles y fertilizar el suelo, de suyo árido e ingrato.

Circundados los cerros por espesa neblina, los rayos del sol la hacen elevar poco a poco, como si se presenciaran los efectos de cuadros disolventes, dejando ver entonces un paisaje de verde follaje, por donde salta la perdiz y la tímida paloma, por donde discurre el zorro hambriento y salta el leoncillo.

Los suaves declives llenos de cortadas tan agrestes como poéticas, están surcados por multitud de atajos que, ora se estrechan, ora se ensanchan, como si sufriesen el movimiento vermicular de una monstruosa serpiente, para llegar hasta la planicie del valle, a donde afluyen tres cristalinos arroyos, que cansados de gritar al ser estropeados por tanto salto, y dejarse arrastrar por entre tanto pedregal, se deslizan mansamente hasta confundirse con el río que dulcemente los recibe, murmurando cariñoso en señal de agradecimiento, y correteando caprichosamente por el valle, describiendo graciosas curvas y juguetonas evoluciones.

En este sitio asienta su planta la ciudad de... favorecida por cielo purísimo, ambiente saludable, exquisitas aguas y poéticas montañas, donde pace el ganado vacuno, trisca la cabra y bala la oveja; y, entre cuyas selvas, saltan millares de extraños y vistosos pajarillos, que continuamente entonan himnos de alabanza a la risueña naturaleza, que les brinda sus galas y su abrigo.

Esta ciudad de agrupadas casas, presenta un gracioso contraste con sus construcciones modernas llenas de capiteles corintios y dóricos, con sus columnajes, graciosas cornisas y vistosa ornamentación, al lado de vetustos edificios de pesada fábrica, enormes balconajes de retorcidos barrotes, estrechas aberturas, descomunales rejas, y clásicas puertas de tableros con salientes clavos, y sin que falte el aldabón en forma de galgo con la boca abierta y lengua fuera.

Mezclado lo antiguo con lo moderno, resulta un especial consorcio, parecido al que presenta una biblioteca de sabio, donde al lado de primorosos cantos llenos de dorados, se encuentran tomos de antiguas obras forradas en pergamino con sus garabateadas signaturas y extrañas letras, que resisten a los siglos.

En esta ciudad, a que aludo, se encuentran viejos testimonios de un tiempo que fue; y, sus iglesias, su Cabildo, sus plazas, sus alamedas, sus conventos, sus acequias y hasta sus patriarcales costumbres, denotan bien a las claras su procedencia española.

Escaso el elemento extranjero que, con sus habitantes disfruta la vida sosegada y primitiva, su población es genuinamente criolla. Por excepción se ven ojos azules o cabellos rubios; campea el color moreno propio de la criolla; brillan como carbunclos los ojos negros que indican pasiones fogosas, y las largas trenzas más negras que el azabache ondulan en aquellos cuerpos tentadores y lascivos.

Supersticiosos y fanáticos hacen alarde de rigorismo religioso, y la más insignificante falta, el menor desliz, causan general escándalo, que una rogativa o un triduo necesitan neutralizar en el acto.

Era la tarde de un día del mes de Diciembre; el sol abrasaba cayendo como lava sobre el arenoso suelo de la ciudad; y, sin embargo, la población se agitaba. Algún acontecimiento había venido a turbar su reposo; porque el vecindario discurría afanosamente por todas partes: unos, se asomaban a los balcones preguntando a los vecinos; otros, salían a las puertas deteniendo al conocido transeúnte que cruzaba rápido como quien va a comunicar una noticia de sensación; y, por todas partes, se formaban corrillos comentando algo.

Pronto circuló la exacta versión de lo sucedido, y allí fueron mayores las exclamaciones, los aspavientos, las persignadas, y todas las manifestaciones que traducen el asombro y la indignación al mismo tiempo.

La ciudad estaba conmovida profundamente y no se hablaba más que del asunto reciente; y, a grandes y chicos, hombres y mujeres, viejos y niños, pobres y ricos, se les veía agitados y nerviosos, como si por ellos pasase una corriente eléctrica que pusiera en conmoción su sistema nervioso.

Los muchachos abrían desmesuradamente los ojos y se metían en todos los corrillos para saber lo que se trataba; pero, al instante, eran despedidos; aguzaban el oído, y cesaban las conversaciones, viendo las guiñadas y señales de inteligencia, que a las claras daban a entender estar vedado a los niños el tema de la conversación general.

Veamos que ocurría en la antes tan sosegada ciudad, y lleguemos hasta la plaza principal, donde se apiña el gentío frente al Departamento político.

El peculiar murmullo que caracteriza las oleadas de las conmociones populares, resonaba por todos los ámbitos de la irregular plaza, estando reconcentrado delante del antiguo caserón de grandes balconajes donde se destacaba un escudo pintado sobre medallón de hojalata. Era el Departamento de policía a cuya ancha puerta se abalanzaban miles de personas, que no lograban contener centinelas del orden público, machete en mano.

Allí estaba detenida una china sirviente que lanzaba agudos gritos, y se mesaba con desesperación los cabellos, ocultando el rostro bajo un pañuelo negro y deslucido.

Lo sucedido era esto. A las tres de la tarde, hora en que sólo dentro del baño se podía vivir, y reinaba la más completa soledad en las calles de la ciudad, como si la vida se hubiese suspendido al concertar una tregua con el astro rey; a esa hora de silencio y paralización, dejáronse oír en plena calle los desgarradores gritos que lanzaban dos jovencitas de trece años la una y catorce la otra, hermanas, y atrayentes y hermosas como puede serlo el capullo que está convirtiéndose en rosa al caer sobre él los primeros rayos del sol de la mañana.

Estas dos niñas, en completo desorden, en un estado de locura, clamaban al cielo desesperadamente, denunciando un escandaloso abuso de que habían sido víctimas, de una violación tan infame como brutal, llevada a cabo en una casa, al parecer respetable, y con dos niñas de la primera sociedad.

A los gritos acudieron los vecinos que, enterados del caso, armaron una gritería infernal; llegaron los padres y los amigos que intentaban tomar sangrienta venganza; y, por último, intervino la policía que prendió a la sirviente de la casa donde tal crimen se había cometido.

La autora era buscada por todos los rincones de la población; y los culpables, mientras tanto, galopaban con dirección a la sierra; pero perseguidos por el desesperado padre que corría sediento de sangre para lavar su afrenta.

Los gendarmes cruzaban a rienda suelta en todas direcciones; el jefe político echado atrás el kepí, entraba y salía con precipitación, daba órdenes, gritaba, y todos le observaban rabioso y colérico por la inutilidad de sus pesquisas; todos seguían sus movimientos, y todos estaban suspensos de sus órdenes.

Por fin, llegó un sargento seguido de cuatro vigilantes, y sin echar pie a tierra, gritó al jefe:

-¡Misia Juana está en la Catedral, mi coronel! -decía, haciendo el saludo militar.

-¡Pronto, mi caballo! -vociferaba nervioso el jefe ajustándose el fajín.

Como flechas partieron los soldados detrás del coronel, y numeroso gentío les seguía con dirección a la Catedral, donde debían prender a misia Juana.

Este personaje gozaba fama de virtuosa y honorable. Siempre metida en las iglesias, ocupada constantemente en novenarios y subscripciones para socorrer familias necesitadas, tenía por estos hábitos abiertas las puertas de la mejor sociedad, donde era recibida sin repugnancia a sus antiguas costumbres, que una vida ejemplar de veinte años había del todo desvanecido. Cuando joven tuvo sus trapisondas; pero, su actual conducta, es decir, su modo de ser especial de tantos años, había borrado aquellos deslices, y, hasta la hora del fatal acontecimiento, estaba considerada como la más virtuosa y ejemplar señora de toda la ciudad.

Viuda de un caudillejo, pasaba su vida sola con una muchacha que la policía había llevado a la prefectura. Esta misia Juana había conducido a su casa a las dos niñas, hijas de un estanciero querido y respetado en la ciudad, con el pretexto de acomodar un bazar que, a beneficio de una sociedad religiosa, debía abrirse a los pocos días.

La familia dejó con gusto ir a las niñas para que ayudaran a la religiosa señora en su cristiana tarea, y al poco rato se encontraron sorprendidas por dos conocidos políticos, que concertado tenían con la infame encubridora la entrevista, prometiéndose escenas lujuriosas con aquellos capullos que la naturaleza ostentaba tan bizarros y atrayentes... Los infames llevaron a cabo su intento, mientras misia Juana se escurría hacia la Catedral de la manera taimada que puede hacerlo una víbora al penetrar en su cueva, después de haber hincado sus venenosos dientes en el cuerpo de la víctima.

El resultado ya se ha visto. Las niñas pudieron salir a la calle pidiendo auxilio, y el pueblo indignado agolpándose a las puertas de la Catedral para sacar de aquel lugar sagrado a la infame mujer, que, según declaración de las niñas, había cometido aquel acto tan repugnante y atrevido.

Al ser sorprendida en el templo, aquella mujer no se inmutó. Al contrario, aparentando indignación y altivez, salió con el jefe político protestando del atropello de que era víctima.

-¡Ya no se respeta ni la casa de Dios...! ¡Ya las personas honorables están a merced de cualquiera que pretenda ultrajarlas...! -decía sin atrever a fijarse en las turbas que la miraban con ademán airado, oyéndose bien distintamente las voces con que trataban de acometerla.

-¡Mala mujer...! ¡Infame...! ¡Hipocritona...!

Misia Juana, como si nada oyera, seguía increpando al jefe político.

-¡Esto es más que un atropello...! Sí, señor, ¡es el mayor de los escándalos conocidos...! Estar una en el templo del Altísimo, en la casa de Dios... y ser arrancada a

viva fuerza, y conducida como un criminal, esto es espantoso; pero no importa... más sufrió nuestro Señor Jesucristo por nosotros. Que Dios no se lo tome a usted en cuenta -decía con acento solemne al jefe político. ¡Sacarme a mí del templo... a mí... a mí...! -exclamaba con voz sofocada.

-¡Menos charla, hipocritona! -decía el jefe de policía imponiéndole silencio, mientras el compacto grupo que lo seguía gritaba y apostrofaba intentando arrastrarla.

Una vez que llegaron al Departamento político, el pueblo quiso tomar justicia por su mano, y de buena se escapó la infame, que sin atender a insultos ni a acometidas seguía impertérrita con sus protestas.

-¡Pongo a Dios por testigo que soy inocente de lo que quieran acusarme...! ¡Soy una señora de respeto que me conoce bien toda la ciudad! ¡Y no hemos de tardar en ver cómo se castiga a los que quieren deshonrarme a mí...! ¡A mí...! -y ponía las manos cruzadas como pidiendo al cielo justicia.

El pueblo rugía al ver que se le escapaba la presa, y la gritería subió de punto al penetrar misia Juana en el Departamento.

-¡También a ti...! ¡Pobrecita...! ¡También a ti...! Como si fueras una criminal -decía al encontrarse con la sirviente-. ¡Pero, señor! ¿por qué es este atropello...? ¿por qué se nos insulta trayéndonos a la policía?

-¡Póngame incomunicadas a estas mujeres! -decía el jefe, dirigiéndose a un oficial, para que el pueblo oyese el mandato.

En medio de los gritos de la sirviente, y el llanto desesperado de la vieja, fueron conducidas a dos calabozos, mientras el pueblo lanzaba sobre ellas maldiciones e insultos de los que no hacían caso, como personas superiores a quienes una equivocación pone en trance semejante; y esto era precisamente lo que más irritaba a las turbas, que empezaron por aspirar el vértigo de la venganza.

Al anochecer quedó desierta la plaza, y en el seno de las familias seguían los comentarios, no faltando quien osase defender, aunque débilmente, a misia Juana.

Ya llegada la noche, volvió a agitarse la ciudad, con la entrada de don Ernesto, que atado codo a codo traía a uno de los criminales para entregarlo a la autoridad. Tremenda debió ser la lucha para tomarlo, porque ambos estaban cubiertos de sangre.

El hogar de la ultrajada familia estaba invadido por las principales personas que acudían, en trance tan amargo, a compartir el dolor tan natural, después de hecho tan escandaloso y salvaje, lamentando que el infame criminal se hubiera escapado a las garras de don Ernesto; pero con el consuelo de entregar al menos uno en poder de la justicia.

El jefe político desplegó partidas en seguimiento del fugitivo; pero, en el fondo, se alegró de que hubiera huido, porque era uno de los más influyentes personajes políticos de la provincia, a quien tenía que proteger.

Librodot

II. Hilachas

Don Celedonio Carlingue, era uno de los más asiduos concurrentes al Club del Plata. Tronara que lloviera, él acudía para pasar un par de horas entre el salón de lectura, la mesa del tresillo o jugando una partida de casín.

Retirado de los negocios, hacía unos pocos años, no sabía cómo emplear el tiempo que antes le absorbían la Bolsa, la barraca y la correspondencia quincenal para Europa. Todo lo había dejado cediendo a los ruegos de su esposa, que deseaba verlo tranquilo y gozar sosegado de la posición que había conseguido. Y, efectivamente, se retiró de los negocios para aburrirse soberanamente en los primeros tiempos, pues sin nada que hacer, y acostumbrado al diario teje y maneje de ir por la mañana temprano a la barraca, almorzar a las diez y media, pasar en la Bolsa hasta las tres y despachar más tarde en el escritorio hasta la hora de comer. Digo, que esta falta de actividad le producía un malestar indefinible, hasta que, aceptando otras ocupaciones y respirando otro ambiente, pudo por fin entrar en carrera y gozar de la vida de un modo distinto.

Hasta sus cincuenta y cinco años, en que sólo el trabajo ocupó su atención, no tuvo tiempo de notar su pasión culminante; es decir, que no había podido desarrollarla como exigía su fogoso temperamento. Excelente esposo y cariñoso padre de familia, tenía para su señora Amalia ternura y amor, y para sus hijos Alfredo y Rosaura acendrado cariño, que rayaba en locura.

No conoció otras pasiones; hasta que, desligado de los negocios y libre su imaginación de las trabas que los números y los cálculos traen consigo, echó de ver que se aficionaba demasiado a los tiernos capullos , que lozanos y atrayentes se destacaban en el ocaso de su vida. Tímido en los primeros ataques, no tardó en connaturalizarse con las prácticas usuales, y sacar partido de su edad y posición para obtener las primicias en flor que causaban su pasión dominante.

Sobreexcitada su sangre con las luchas en que constantemente se hallaba metido, se sintió capaz de acometer temerarias empresas, con mayor vigor del que hubiera pensado.

No podía ver con calma una traviesa jovencita de rosadas mejillas, pelo corto, naciente seno, pierna torneada y faldas a las rodillas. La desenvoltura propia de los catorce años lo ponía en crispatura; y, al aspirar con fruición el aroma que exhala la fruta precoz que solamente ha sentido el contacto de la brisa, y a la que solamente el rocío refresca su aterciopelado cutis, el buen señor experimentaba un aturdimiento parecido al principio de la embriaguez, y en erótico amodorramiento, desarrollaba su pasión genésica que ya lo dominaba, sin él darse cabal cuenta.

Bastó una conversación para hacerle sentir la curiosidad; luego, un primer ejemplo lo sacudió violentamente, y después poco a poco al saborear las primicias que su deseo instintivamente apetecía, quedó convertido en un sátiro de robusta complexión orgánica.

Alto de cuerpo, grueso de pecho y corto de cuello, tenía un aspecto venerable, una especie de cara de obispo, pues afeitado y rosado siempre el semblante, presentaba una fisonomía bonachona; sus ojos despedían amabilidad, y con la sonrisa siempre en los labios, era el carácter más simpático que se podía conocer.

Afable en su trato, y desprendido siempre, era un cumplido gentleman , que daba tono al Club del Plata del que, como se ha dicho, era asiduo concurrente; a los recibos y conciertos llevaba invariablemente a su familia, siendo uno de los caballeros más cumplidos que pisaba alfombras del gran salón.

No recuerdo quién dijo que ser socio del Club del Plata era algo cursi. Sus razones tendría a no dudarlo cuando tal concepto expresó, pero juro por mi ánima que no lo comprendo. Donde reina el buen tono y la elegancia; donde revolotean fantásticas hadas

rozagantes de hermosura y esplendor; donde concurre la aristocracia de nuestra sociedad; donde se citan la distinción y el buen gusto, allí, no puede haber nada cursi .

Sus espléndidos salones, sus tertulias, sus conciertos, sus reuniones, denotan buen tono; y, el Club del Plata, será siempre el digno émulo del aristocrático Progreso con toda su rigidez y estiramiento.

Su gran salón de conciertos tiene brillante historia. Allí, han resonado las delicadas concepciones de los autores clásicos; allí, se han hecho aplaudir los más eminentes cantantes de nuestra escena, y los maestros más autorizados del mundo musical. Todavía repercute en sus bóvedas la voz de Stagno y de Tamagno; todavía percibimos los acordes del contrabajo del inmortal Botesini y, en una palabra, su atmósfera está saturada de arte, como un templo cristiano, del incienso que, en vaporosa nube, se eleva hasta la divinidad, perfumando el sagrado recinto.

El gran salón, decorado con gusto, es de los más vastos de Buenos Aires. En los días de recibo, los bustos se multiplican en sus ricas lunas, y la profusión de arañas derraman contrastes de luz de poético efecto. Sus altos artesonados parecen bóvedas de templos antiguos donde resuenan armónicas las melodías de orquesta; pero, lo que da carácter al Club, no es esto, ni su biblioteca, ni sus espléndidas dependencias, es el salón de juego en el que departen los jóvenes en animado bullicio, al lado de viejos reposados. Allí se sienta el capitalista al lado del humilde empleado, el curial frente al médico, el político junto al industrial, el ministro cerca del estudiante, hasta formar un todo armónico de jovialidad y de franqueza, y allí se destaca el buen tono desprovisto de etiqueta y rigorismo.

Cerca de una mesa, donde se agrupan los aficionados al bullicioso ecarté, discurren, afirmando los codos, dos recalcitrantes jugadores de ajedrez, embebecidos en una jugada, mirando el tablero y poniendo sus cinco sentidos en el movimiento de un alfil, sin oír lo que pasa a su alrededor y sin fijarse en otra cosa que en el mate.

En otra mesa se juega al monte, donde todas las miradas convergen al naipe del banquero, sin oírse más que el ruido que producen las cartas al salir de la baraja, y alguno que otro juego, copo, me retiro . En otra parte, están los amantes del tresillo, y en los ángulos de la mesa los aficionados que con calor discuten una jugada, clara y sencilla para ellos que ven las cartas del jugador y de los contrarios, armándose la disputa por la salida tal o cual, por si falló o dejó de fallar, o por dejar o no dejar correr un caballo.

En otra mesa, cerca de la estufa, charlan sosegadamente unos cuantos veteranos, hablando de política, de la expedición tal o cual, del valor de los frutos, de la compañía de Colón, mientras jóvenes calaveras toman sangrantes filetes , o costillas para pasar noche de trueno.

Unos ríen, otros disputan, estos conversan, aquellos observan el juego, y todos gozan un momento agradable sin que se note nada cursi , nada chabacano; antes, por el contrario, todo dispuesto y todo bien ordenado para que allí reine la cultura y el buen tono.

Ya eran pasadas las nueve cuando don Celedonio Carlingue entró en el salón de juego, dirigiéndose derechamente a un grupo, que en derredor de una mesa tenía preparado todo para la partida de tresillo; dispuestas las barajas, arregladas las fichas de marfil, y el consabido platillo en el centro.

-¡Ah, don Celedonio, don Celedonio! -exclamaba uno con acento misterioso, y en señal de reconvención.

-¿Cómo tan tarde? -preguntaba otro, que se entretenía con los ochos y nueves.

-¡Se pasó el tiempo señores! -contestaba Carlingue, colocando el sombrero en la percha que tenía al lado.

-¡Así sería de entretenida la ocupación! -decía a su vez el tercer compañero. ¡Este don Celedonio anda en malos pasos...! Antes por nada de este mundo faltaba a la partida, exacto como un cronómetro inglés; pero, de un tiempo a esta parte, tiene descompuesta la maquinaria, porque cuando viene, llega tarde o se levanta más temprano que de costumbre... ¡Ah, calaverón, calaverón...!

Carlingue, después de barajar, empezó a repartir las cartas.

-¡No sean maliciosos...! ¡Que se divierta...! ¡Que gane esta noche...! ¡Esa es la espada...! -decía a sus compañeros, al darles la última baza.

Los curiosos se acercaron mirando con interés las cartas de los jugadores, y poniendo interés en la primera jugada, mientras a él le entregaba un mozo una carta, cuyo sobre detestablemente escrito no presentaba señales de limpieza; sacó sus quevedos y afirmándolos en la punta de la nariz con un movimiento automático, rasgó el sobre y empezó la lectura de unos gordos garabatos, mientras un travieso jugador mirando el sobre socarronamente, abría desmesuradamente los ojos indicando cómico asombro.

-¡Hola! ¡Hola...! ¿Conque esas tenemos, amigo? ¡Yo conozco mucho esa letra...!

-¿Qué? -preguntaba Carlingue, al sentirse tocado en el hombro y suspendiendo la lectura.

-¡Que yo conozco mucho la letra de la secretaria! ¡Camastrón! -le decía mostrándole el sobre roto.

-Se equivoca mi amigo, -se limitaba a contestar mientras metía la carta en el bolsillo, como no dando importancia al asunto.

-Alto, alto; espere que vamos a cotejar; y, con toda la lisura del mundo, mostraba otro sobre ajado, que efectivamente era de la misma letra.

-Fijensé, fijensé y digan que no es la misma mano quien esto ha escrito, -decía con aire de triunfo. ¡Ya sabemos ahora a qué atenernos! ¿Conque usted también sabía el escondite? ¡Calle...! ¡Demetrio López...! ¿Conque usted se llama allí Demetrio López? -seguía diciendo en el mismo tono misterioso. ¡Choque esa mano...! y lo felicito amigo Carlingue, ¡choque sin escrúpulos, es usted hombre previsor con haberse bautizado allí...! Pero cuidado con doña Catalina que, con ese aire de zonza que tiene, es más lista que una ardilla.

Carlingue trataba de desviar la conversación, pues no le gustaba aparecer como viejo alegre entre sus amigos; y, la terminación de una jugada difícil, vino en su ayuda.

-No señor, no podía ser puesta, si Camelago hubiera fallado el caballo en vez de dejarlo correr, -decía a un mirón, el que había hecho la puesta. ¡Pero fíjese que era la segunda jugada de copas...! y aunque hubiese habido otro descarte, su obligación era fallar, porque estaba adelantado en dos bazas. ¿Qué no? ¡Pero hombre...! ¡si la salida fue de bastos! fallo yo con uno bajo y me contrafallan; ¡sale del rey de copas y pasa...! pues a la segunda copa debió fallar para evitar el codillo, ¡porque los triunfos no se habían tocado todavía...!

-No era esa la jugada, -exclamaba otro mirón-, usted al ver que se había adelantado en dos bazas debió pedir defensa.

-¡Pero hombre! con un juego de cuatro estuches y caballo montado quería usted que pidiera defensa.

-A otra, a otra, déjense de tanto discutir-, interrumpió Carlingue, juntando los naipes y entregándolos al que tenía a la derecha, echando un vistazo al reloj.

-¿Qué? ¿Ya está con prisa? ¡pues hombre, acaba de sentarse y ya mira el reloj! Para esto más valiera no haber empezado el juego.

-No se enoje conmigo Suárez, usted al recibir un codillo se pone nervioso.

-¡Y usted sin que se lo den, lo está siempre! -respondía el interpelado con sequedad-. Apuesto cualquier cosa a que usted se levante esta noche antes de la hora de costumbre -decía guiñándoles un ojo a los compañeros.

-¡Adivinó usted...!

-¡No lo decía yo...!

-¡Pues, créame que lo siento...! Pero la obligación es antes que la devoción.

-Buena obligación es esa, amigo Carlingue...! ¡Ya sabemos de lo que se trata, ya lo sabemos...! ¡Pero, cómo diablos se las compone esa vieja para hallar tales cosas...! Hace unos días fuimos allí con Camelago, y nos presentó... vamos, ¡de lo más exquisito...!

-¡A mí lo que más me admira, -decía Camelago -es el cinismo con que cuenta sus trapicheos...! Sin ir más lejos, el otro día se gozaba en explicarnos el modo cómo tuvo de llevar a Elisa, ya saben, ¡la sobrina del coronel Cienfuegos...! Y todo por una venganza: juró que se la pagaría y se la pagó, pues, a los pocos días, la sobrina ocupaba la misma pieza donde Cienfuegos armó el escándalo.

-¡Es atroz, muy atroz! -se limitaba a decir Carlingue.

El juego siguió hasta las diez en que después de mirar repetidas veces la esfera del reloj, se levantó don Celedonio pidiendo disculpa, en medio de las indirectas y alusiones de sus amigos de tresillo, que adivinaban la clase de ocupación que le hacía dejar el juego.

A los pocos instantes se oyó el rodar de un carruaje y el Club siguió en su animación acostumbrada, con sus partidas de tute, de primera, de ecarté y de billar, envuelto en la atmósfera azulada que producía el humo de tanto habano.

III. Consecuencias

Estanislao Roque iba de mal en peor. Había concluido los pocos haberes que, como piltrafas, le quedaron de su antigua posición, y llevaba unos cuatro meses haciendo gambetas para escurrir el bulto a sus muchos acreedores. En el restaurant, le habían suspendido el crédito; no encontraba sastre que le vistiese; y, en ninguna confitería, podía asomar, pues en todas partes tenía cuenta.

Ahora, lo acosaban en su madriguera, porque le pedían el cuarto que ocupaba en el tercer piso del Universelle . No se resignaba a abandonar su habitación falta de luz, ni su cama de rotos elásticos, donde tendido indolentemente hacia el inventario de su vida, risueña al principio, y triste y negra ahora, como noche sin luna.

Si llamaba al mozo, éste no acudía, conociendo al cliente; pocas veces encontraba agua en el lavatorio; y, los baños que eran su recurso, también se los tenían cerrados. Por su cuarto no andaba la escoba, así es que se revolcaba entre basura y puntas de cigarros, encontrándose sitiado; pero él no quería darse por entendido, aunque notaba que las sábanas tenían algo más que roña, y firme, en sus trece, de no salir de aquella especie de pocilga, refugio de aquellos deshechos que el oleaje de sus desgracias había arrinconado en tal sitio.

Sus antiguas relaciones se disiparon, como azules espirales de humo que se dilataban en el espacio del olvido; sus amigos de otros tiempos huían de él, temiendo la acometida indispensable del que se encuentra sin recursos y precisa vivir; pero, en medio de esta dispersión, aún le quedaban algunos políticos que no se atrevían a rechazarlo terminantemente en previsión de alguna evolución rápida e inesperada de nuestra política aventurera.

Parecía que, sobre Estanislao Roque, pesaba la fatalidad. Poco a poco fue desmoronándose su fortuna entre pleitos y sumarios, hasta dar con él en las antesalas de los ministerios. Hablaba con este o con aquel personaje; lo recibían bien; se procuraba la vacante apetecida y, cuando él intentaba tomar posesión de ella, se encontraba con otro en su lugar, como por arte de Birli-Birloque .

Solicitaba dinero del Banco, y en la solicitud se leía claro: Concedido ; extendía la letra y al ir a cobrar lleno de esperanzas, en las que cifraba la reconstrucción de su fortuna, encontraba la más amarga decepción. Se había reconsiderado y no se podía descontar.

Si un antiguo conocido, condolido de su aflictiva situación intentaba protegerlo, era lo más seguro que a los pocos días pasaba sin saludarlo. Era indudable que alguien seguía sus pasos, y desbarataba con arte sus cálculos y proyectos, oponiéndose al logro de sus deseos.

Cuando, abatido su espíritu, se convenció de que tenía cerradas todas las puertas, tuvo una feliz inspiración acordándose de misia Juana, que años hacía que no veía, y que debía estar en Buenos Aires; pues, siendo él quien, con más empeño, trabajó en su favor para el arreglo de una causa, y como por consejo suyo, se trasladó a Buenos Aires, creía fácil encontrar ahora en la vieja el apoyo de que tanto necesitaba. Con este objeto se puso en campaña registrando cuanta iglesia y capilla existe en la ciudad. Nada. Misia Juana no aparecía. Nadie le daba noticia de esta señora. No dejó rincón por registrar hasta que, abatido y desalentado por lo infructuoso de sus pesquisas, tuvo un encuentro tan casual como feliz, que hizo renacer las risueñas esperanzas que antes habían ocupado su calenturienta mente, para procurar salir de su estado lastimoso.

Huyendo de la vida de la ciudad, uno de esos días de negro spleen , y procurando al aire libre dar rienda suelta a su imaginación, forjando proyectos al respirar otra atmósfera que no pesase tanto sobre sus infortunios, para con calma coordinar sus ideas

y trazarse un plan definitivo, encaminó sus pasos con dirección a Palermo, subiendo por el Paseo de Julio en una noche serena y despejada del mes de Diciembre, procurando dejar en la ciudad los siniestros espectros y horribles fantasmas que le infundían pavor y continuo sobresalto.

La leve brisa del río refrescaba el ambiente que, con grata fruición, aspiraban los paseantes, sombrero en mano, y de la que también disfrutaba la heterogénea población de fondines y casas de inquilinato, bien en las azoteas o sentados en las puertas, obstruyendo las veredas.

Pensativo y meditabundo iba caminando Estanislao Roque por el Bajo de la Recoleta, sin fijarse en los millones de luciérnagas que revoloteaban en la atmósfera describiendo fantásticas líneas con sus fosforescentes luces; no oía el canto del grillo, ni el áspero chirrido de la cigarra, ni siquiera fijaba su atención en los carruajes descubiertos que, como flechas, cruzaban el camino; no veía el fantástico aspecto de la ribera del río orlada de verde follaje, donde terminaba el claro espejo de sus aguas al reflejarse los blancos rayos de la luna; pasaba por entre quintas y jardines sin darse cuenta de la vida animada de aquellos sitios, por donde correteaban cientos de niños, detrás de las luciérnagas, con su infantil bullicio; por donde murmuraban frases de amor recatados amantes en los parterres y bosquecillos; por donde cruzaban fogosos caballos y esbeltas amazonas; nada de esto le llamaba la atención, pues caminaba distraído hollando con su planta tan pronto el cascajo como la arena, la gramilla que el abrojo, y sin parar mientes ni en los pianos, cuyas notas llegaban hasta él, enviando raudales de melodías tan tiernas y tan expresivas como puede ser la manifestación del amor primero.

Llegó a la entrada del paseo de Palermo, y torció a la derecha, desviándose del camino, para perderse en el bosque y los jardines. A su paso, cesaba el raj-raj de las ranas oyéndose la zambullida en los pequeños lagos donde, como en el río, reverberaba la luna con deslumbrante efecto. Los grupos de cedros y aromos formaban poética negrura. Allí, sin vacilar, se dirigió Estanislao Roque, huyendo de los jardines y parques, que le recordaban, en confuso, los de su antigua estancia. Ello es lo que murmuraba al pasar, palabras entre dientes, y su fisonomía mudaba de aspecto, expresando tan pronto la rabia como la alegría, la desesperación como la calma, para venir a quedar en un estado de indiferente abatimiento, especie de idiotismo en que las facciones nada revelan. Cansado debía estar cuando, a la vista de un banco, aceleró el paso, dejándose caer pesadamente en él, y exhalando un imperceptible suspiro.

Mientras tanto, los carruajes cruzaban como saetas la avenida de las palmas, haciendo rechinar el cascajo; los fogosos animales despedían rayos de sus bruñidas guarniciones y piafaban con orgullo, resonando las risas y la algazara de las personas que iban en los vehículos para dar dos vueltas a la luz de la luna, apearse un rato, y escurrirse en seguida con dirección a la ciudad, dando paso a otros carruajes que hacían lo mismo hasta las diez de la noche.

De cuando en cuando, se percibía el galope de los caballos y la media rienda al entrar en la avenida; luego, cesaba todo, y se oían las risas en el café, donde se desbordaba la cerveza, mientras la cabalgata daba un respiro a los caballos.

Algunos viandantes discurrían por los jardines y paseos laterales, mientras otros indolentemente recostados en los bancos al pie de las hermosas palmas, y haciendo figuritas con el bastón, disfrutaban de la hermosa noche que invitaba a la voluptuosidad, sumergiendo el espíritu en dulce arrobamiento.

-No lo veo; ¡pero yo siento su influencia! -decía entre dientes Estanislao Roque, tendido a la bartola. ¿Quién puede ser más que él? ¡Es el mismo que me persigue hasta en mis ensueños...! ¡Juró anonadarme y lo ha conseguido...! -seguía diciendo, mordiéndose las guías del bigote-. ¡Ya lo creo que lo ha conseguido...! Y, por otra parte,

no tengo el derecho de quejarme -murmuraba, afirmando el codo en el banco, para sostener con la mano su cabeza. -¡Yo fui quien...! ¡Maldito capricho! -pensaba con rabia, al recordar la causa de su precario estado-. Ella era linda -proseguía-, lo recuerdo todavía; tenía una cabellera hermosa... luego catorce años, ¡y era tan coquetilla...! ¡Ah! -suspiraba, acordándose de aquel momento-. ¡Si las hubiéramos tratado mejor, tal vez no hubieran dado el escándalo...! Luego, ¡el maldito cambio del gobernador...! ¡Amigos! -seguía diciendo, al mudar de postura-. ¡Para buena cosa sirven los llamados amigos...! ¡Cuando se cae en desgracia, se concluyen las amistades...! ¡Vale más no pensar sobre aquellos sucesos...! -y levantándose perezosamente del banco, se dirigió al café, cruzando por los jardines y dejando atrás el templete de las bandas.

Al entrar en el arenoso suelo de la especie de plazoleta que tiene delante el café, vio dos carruajes parados allí, y unos caballos atados a la cadena del cerco; se internó, tomando asiento en una mesita rústica, para pedir cerveza del país. A su izquierda, y dentro de un cenador cubierto de enredaderas, departían libremente algunos jóvenes con expansiva jovialidad. Se oían los murmullos de unos en voz baja, y los estallidos de francas risotadas de otros; el choque de los vasos, el abaniqueo, y ese característico fuego graneado que se produce al encontrarse revueltas varias parejas en sitio solitario, donde abundan las cosquillas, sobran manotones, y escasea la formalidad. Después de un rato de locura, mientras que Estanislao Roque apuraba la cerveza, sintió el arrastrar de sillas, el chocar los vasos y el rodar de las botellas vacías, apareciendo dos parejas y detrás una señora de negro ropaje que pretendía hacer de mamá. Ellas parecían muy jóvenes y, sin recatarse el rostro, pasaron insolentemente delante de Estanislao Roque, que ni se dio por entendido; pero, al contemplar la silueta de la señora que marchaba detrás, se levantó repentinamente, dejando caer la silla, y dirigiéndose a ella con seguridad:

-Juana... -exclamó el acercarse- ¡Misia Juana...!

-¡Don Estanislao...! -contestaba ella, mirando asombrada al que tenía delante y conociéndolo por la voz.

-Hace tiempo que la busco por todo Buenos Aires sin poder dar con su paradero -le decía estrechándole las manos-. ¡No sabe lo que celebro haberla encontrado...!

-Esperen ahí un momentito, que ya voy -gritaba a las parejas que seguían caminando-. ¿Se acuerda don Estanislao de nuestros tiempos? Muchas veces he pensado en usted. ¡Yo tan pobre, ya lo ve! tengo que ganarme la vida como Dios me da a entender.

-¡No me hable, señora, no me hable...! ¡porque si yo le contara a usted...! ¡Parece que me persigue la fatalidad; me he quedado casi en la calle! -decía con angustia, no queriendo confesar su actual posición-. ¡En la calle misia Juana...! ¡en la calle!

-Mire, don Estanislao, llámeme Catalina, porque así me llaman todos -decía zalameramente la vieja, golpeándole la mano-, y no se acuerde que me llamaba Juana... Vaya por casa, don Estanislao, y allí conversaremos, calle de...núm... no se olvide, ¿eh...?

-¡Qué me voy a olvidar...! Mañana me tendrá usted por allí. No quiero detenerla, hasta mañana Catalina. No sabe el alegrón que he recibido al encontrarla -decía, sacudiéndole las manos familiarmente.

-Pues, hasta mañana, porque ahora estoy ocupada; adiós.

-Adiós. No es tan mala la suerte -decía para sí, frotándose las manos al ver alejarse a la vieja-. ¡Demonio de Juana...! digo ¡Catalina...!¡siempre metida en estos enredos, y sirviendo lo mismo a Dios que al diablo...!

Después de pagar la cerveza, se encaminó por la avenida Sarmiento, taconeando ufano y con un aire más resuelto del que antes tenía; se fijaba en las robustas palmas, cuyos brazos eran mecidos mansamente por la brisa; miraba la transparencia del azul firmamento, y gozaba con el efecto de cambiantes fulguraciones que despedían los

dorados mundos; la luna le parecía más bella y poética; el canto de las ranas en los estanques lo encontraba sublime; el chirrido de la cigarra y el continuo zumbido de los coleópteros le parecía agradable, y divisando la verdura de los parques limitados por los blancos caminos de cascajo, y observando los negros contornos de los pinos y los cedros, de los eucaliptos y magnolias, se convenció de que todo ello era en extremo bello y atrayente.

Ya no cruzaban carruajes, la vida seguía su curso animado en la ciudad con sus conciertos al aire libre, y con sus paseos por las calles Florida y Victoria.

Tomó el tramway en el Parque Tres de Febrero, y cruzando calles llegó por fin al Universelle , donde, como la mayor parte de los vecinos, se sentó en el corredor, esperando la una, en zapatillas y mangas de camisa.

Los mosquitos estaban saturándose de sangre en las caras y manos de los huéspedes; dentro de las piezas, donde apenas se podía respirar, esperaban los muy taimados a la víctima, descansando en las paredes o jugueteando por la pieza hasta que llegara el momento oportuno.

Las doce y media marcó el gran reloj empotrado en el frente, y Estanislao Roque, dejando abierta la puerta de su cuarto, se tendió cuan largo era encima de las moteadas sábanas, empezando a pegar manotones a diestra y siniestra para espantar a los mosquitos, que empezaban a iniciar el gran ataque a las trincheras. Se generalizó en toda la línea, y en todas partes al descubierto; lo mismo cara, pies y manos, cuello y pantorrillas fueron invadidos por el aguerrido ejército que, al ver las primeras bajas en sus filas, y contemplar los cadáveres que yacían en todo el campo, arremetieron con brioso empuje lanzando al aire sus zumbidos, hasta acosar al enemigo y obligarlo a replegarse entre las sábanas dejándolo expuesto a una asfixia.

Viendo la retirada, cubrieron todo el campo zumbando coléricamente y sedientos de sangre, hasta encontrar un flanco por donde empezar otro ataque; tan pronto era un pie, como un brazo los que sufrían la acometida, y entre defensas y ataques, y en lo mejor de la escaramuza quedó Estanislao Roque rendido de fatiga en poder de sus enemigos, y soñando con un mundo de hartura, donde había recobrado su antigua posición, y tornaba a ser el hombre político de su provincia, deslumbrante de riqueza y de poder, y en medio de jovencitas de catorce años, y doñas Juanas que venían a brindarlas con toda sumisión y acatamiento.

IV. Centro de operaciones

En uno de los más apartados barrios de la ciudad, cuyas calles sin empedrar todavía presentan fangales y pestilentes charcos llenos de cieno, por donde saltan las crías del asqueroso sapo; en uno de estos sitios, donde el tránsito se hace difícil en tiempo de lluvias, donde faltan las veredas, y en caso de encontrarlas, ellas son a retazos de ladrillo desigual con sus altos y bajos consiguientes; en unos de estos sitios, donde faltan las casas y sobran los huecos y tapiales, por donde crece la cicuta, el hinojo, el yuyo colorado y el cardo; por uno de estos sitios, existe una casucha de pobre aspecto que, como la mayor parte de las que se ven en los arrabales, todavía en estado primitivo, ni nos chocan por lo malas, ni llaman la atención por su extraña arquitectura, sabiendo que son el remate de la ciudad, el principio de las construcciones rurales, tan pobres como destartaladas, en las que se desparrama el elemento criollo, que antes holgaba en el rancho de paja, y que ahora va sustituyendo por la pieza de ladrillo y techo de zinc, o de teja, la cual en tiempo húmedo parece que destilara amargas lágrimas, llenando el suelo de agua y la habitación de insana humedad.

Al remate de una larga calle, cuyas casas clarean como un trigal mal sembrado, está implantado un bajo tapial de ladrillo tan desigual como mal colocado, que presenta una estrecha abertura o puertecilla con malos pasadores. Agachando la cabeza para no tropezar en el marco, se entraba a un húmedo patio de ladrillo como de tres varas de ancho, el que tiene a su derecha un cuerpo de edificio sin revocar, compuesto de tres piezas de azotea, ni altas ni bajas, ni bien dispuestas, que miran al este.

A la izquierda, y en el remate del tapial, un sucio gallinero hecho con cañas y fleje; en el centro del patio, un pozo de balde, y en el fondo una mala cocina que despide incesantemente un humo denso y acre como de leña de sauce y huesos mal pelados, que la estrecha puertecilla de la cocina vomita a borbotones, llenado el sitio con su olor característico.

La batea y el brasero de hierro andan tan pronto en una parte como en otra, lo mismo que el tinglado donde posa el loro.

Si penetramos en las habitaciones, vemos tres piezas cuadradas; la primera de preferencia con piso de tabla, luciendo en el techo sus tirantes de pino de tea, tiene una cama matrimonial con antigua colgadura, colcha de crochet y pequeño almohadón de plumas, y encima de él una gran muñeca que por el sucio aspecto de sus volantes, indica un uso diario o muy frecuente, cuando menos.

Un gran ropero de espejo y seis sillas, un ordinario lavatorio con su servicio correspondiente donde no faltan polveras y artículos para mujeres, forman el mueblaje, siendo el principal adorno una mesa redonda con tablero de mármol, encima de la cual descansan dos churriguerescas figuras de yeso, un par de macetas con flores de papel y, últimamente, una lámpara de kerosene con pie azul y bomba esmerilada.

Un solo cuadro pende de la pared; un cuadro especial de figuras de cajas de fósforos que, sin orden ni concierto, han amontonado para llenar el estrecho marco, en cuyos ángulos están colocados tres retratos de vulgar apariencia y confusa imagen, que la luz se encarga de ir poco a poco borrando.

Esta es la habitación de preferencia, pues las otras dos, sólo tienen camas de hierro que se balancean al acercarse a ellas, cubiertas por colchas de cretona, unas cuantas sillas y unos cuadros almarrazados por algún delincuente pinta-puertas, que ha querido estampar la muerte de Santa, no sé quién, en un lecho de flores, y en los otros dos, mujeres griegas con un monigote que debe ser algún niño.

La última pieza de piso de ladrillo y mugrientas paredes parece un arca de Noé. Allí están continuamente acostados dos gatos encima de un baúl; un perro semi-pelado, semi-ratonero que toma la cama por su cuenta; una percha que sostiene enaguas y

vestidos enlodados; un tres pies con una palangana de hoja de lata, una cómoda de pino, y multitud de cachivaches, entre ellos, una guitarra que espera largar de sus cuerdas un pericón, un malambo o un cielito.

Esta casucha, de tan pobre apariencia, ha hospedado, aunque momentáneamente, a personas que pasan por distinguidas en nuestra sociedad. Por aquella puerta tan baja y estrecha, han penetrado sombreros de castor y elegantes gorras de terciopelo; por aquel húmedo pavimento del patio, han arrastrado vestidos de raso, y cruzado aristocráticos pies calzados de charol o raso; en aquellas pobres sillas han descansado preciosos bustos y arrogantes figuras; en ellas, han depositado muchas veces costosas pulseras, ricos brazaletes y preciosos abanicos, y también tirado perfumados guantes y pañuelos.

En la luna de aquel espejo, se han contemplado muchas figuras interesantes, llenas de atractivos y belleza; aquella luna ha reproducido escenas de diversa índole; ella ha visto enlazarse calenturientamente algunas parejas, ha presenciado el aquilatamiento del placer culpable, y a sus anchas ha retratado bellos rostros que, al salir al aire libre, se han recatado cuidadosamente temerosos de que alguien los sorprendiera.

Aquellas paredes han escuchado palabras de amor; ellas han sido testigo de protestas y juramentos, de mentiras y engaños de todo género; allí, han resonado histéricas carcajadas y leves suspiros, y en aquella atmósfera han envenenado su conciencia preciosas criaturas y elegantes caballeros que con la mayor galantería se saludan en Palermo y en la calle Florida.

Aquella casucha de mala muerte, cuyo aspecto nada revela y que, por su insignificancia, nada parece contener, se asemeja al libro más insignificante de la biblioteca de un medroso, que entre sus hojas esconde los billetes de banco que no cree seguros en los cajones de su escritorio. Se ve el libro y no llama la atención; pero, si abrimos sus páginas, nos encontramos con un tesoro inesperado; de igual manera esta casa nada dice; pero, si observamos su mecanismo, encontraremos escenas que causan asombro.

Esta era la casa de doña Catalina, aquella infame mujer misia Juana, que había cambiado de nombre y de provincia. Ya no llevaba la máscara que tan característica le era. Al tratar varias veces a una persona, aparecía con todo el cinismo y con toda la hediondez que le era tan peculiar de su estado.

Había caído en Buenos Aires como una plaga social, para quitar honras, fomentar pasiones y destruir ilusiones, siempre. Pocas veces salía a la calle, y cuando era de absoluta necesidad, cubría su rostro con un gran pañolón y procuraba claudicar al andar, para que nadie pudiera conocerla.

Cayetana, que hacía las veces de secretaria, era aquella criollita que sufrió con ella aquel arresto en su provincia natal. Se iba haciendo jamonuda, ganando sus carnes lo que perdía su vergüenza. Era el brazo ejecutivo de la vieja, que mandaba la maniobra, y ella la ejecutaba, como hace un jefe de brigada al evolucionar sus cuerpos para cumplimentar la orden del general.

Esta Cayetana hizo su aprendizaje en compañía de doña Catalina, cuando vivían sosegadamente en su provincia natal. Era, entonces, una criolla de mirar severo, de airoso cuerpo y de una morbidez de carnes que hicieron las delicias de varios aficionados.

Contaba, cuando la tomó la vieja, quince años, y era tan huraña que sólo una veterana pudo domesticarla.

Repuesta del primer susto que le dio la autoridad, y después de pasar mil apuros, se vino a Buenos Aires, donde era, para la casa, la persona indispensable para entrar en un colegio; meterse en casa de una familia con un pretexto que acudía veloz, como el rayo, a su precoz imaginación; hacer acopio de jóvenes bonitas, y llevar la correspondencia en gordos garabatos para avisar a los señores, y la encargada de la

tramoya, es decir la que, con sólo descorrer un pestillo y abrir una puerta, dar unos cuantos pasos por el patio y toser en distintas tonalidades, simulaba entradas y salidas, para presentar primicias que acababa de retirar de otra mesa.

En estas evoluciones se podía observar su travieso ingenio, aparentando venir sofocada por larga caminata, al presentarse delante de algún impaciente que esperaba largo rato, cuando la muy ladina venía de la cocina, y sólo había abierto la puerta para que saliera el pájaro de la primera pieza, y anidara en ella, el de la segunda, como si llegara en aquel momento lo que le presentaban con tanto misterio y precauciones.

Esta secretaria era la que reclutaba el género de sirvientes, cazándolas con el anzuelo de las cartas de la vieja; y, la que, por último, se metía en todas partes preguntando por el estado del enfermo, ofreciendo alguna cocinera o mucama, y desempeñando valientemente su papel, que estaba reducido a dar un aviso o entregar alguna carta.

Desde la aparición en esta casa de Estanislao Roque, la secretaria sufría más contrariedades. Su postizo esposo, pariente de la vieja Catalina, llevaba una vida propia del rufián; visitaba todos los almacenes donde tomaba, repetidas veces, la mañana, la tarde y la noche , y volvía a casa entonando un cielito, y con ganas de armar camorra con el intruso. Cleto la maltrataba sin fundamento, y se temía una catástrofe el momento más impensado.

A Estanislao Roque, que probó de sus primicias, le parecía tener algunos derechos sobre ella también, y de aquí que Cleto lo mirase con ceño adusto y se limitase con descargar sobre la secretaria toda su rabia, lo que ella sobrellevaba con paciencia, porque estaba enamorada del rufián, como le sucede a las perdidas de su clase con el hombre que, a más de vivir a sus expensas, las maltrata brutalmente.

Estanislao Roque servía en la casa para llevar cartas y partes a las personas copetudas, para ayudar en alguna tramoya y para interesar el ánimo de algún personaje, a fin de obtener una colocación.

Este era el centro de operaciones y éstos los principales actores que movían la ciudad con sus maquinaciones y sus sorpresas, con sus cábalas y planes fríamente concebidos y ejecutados por ellos con ayuda de otros auxiliares, que más adelante daremos a conocer.

V. Recuerdos amargos

Don Ernesto González López hacía unos seis años que vivía en Buenos Aires. Dejó su provincia natal, y en ella el aprecio de todos, para tomar asiento en el Senado Nacional, donde hacía una figura expectable por la rectitud de su carácter inflexible y su talento natural.

Su elegante casa de la calle de Maipú, indicaba una posición encumbrada. Por el ancho zaguán entraban y salían frecuentemente el landó y el coupé de la familia, luciendo magníficos caballos de sangre , que coqueteaban lo mismo en Palermo, que en la calle Florida.

Manteniéndose fiel a sus principios políticos, y ajeno de fraudes y rastrearías, su opinión pesaba mucho en la balanza y con razón estaba considerado como uno de los hombres rectos y probos del teatro social argentino. La severidad de sus costumbres alejaban de su casa a esa turba multa de merodeadores, siempre dispuestos a hacer la corte a la fortuna, y revoloteando siempre en derredor de fiestas y recibos.

En su despacho no se veían esas caras de dudosa procedencia, que invaden los bufetes políticos; esos tipos patibularios que, vestidos correctamente, dejan adivinar su carta de naturaleza; esos extraños personajes improvisados en un día, que han surgido del fondo del charco, al revolver el cieno, mostrándose en la superficie por obra de la casualidad o de la audacia, que tanto impone a cierta parte de la sociedad. No. Eran personas conocidas y respetables las que desfilaban por su casa, para oír la opinión autorizada de don Ernesto, o recibir un consejo sano y honrado.

Contaba a la sazón sesenta y dos años; pero demostraba tener más edad. Su cabeza era cana, de grandes entradas, patilla poblada y blanca como el nácar, y un cierto aire de melancolía, que habían dejado impreso hondos pesares. En las pronunciadas líneas de su cara, pronto se notaba al hombre tenaz en sus ideas y su cutis sombreado por el sol y la intemperie, al hombre de campo que, montado en brioso corcel, galopa leguas y más leguas por vasta llanura sin cuidarse del sol y de la lluvia.

Don Ernesto, con su trabajo y con el gran valor que tomaron los campos, había conseguido una fortuna que representaban sus miles de vacas y sus muchas leguas de campo bien poblado.

De noble carácter y desprendido, no tardó en ser unas de las principales figuras de su provincia, debido a lo cual llegó a Buenos Aires para representarla en el Senado, sin vinculaciones ni compromisos, y dándose uno de los caros ejemplos de elección verdaderamente popular, pues los recomendados por los gobiernos tuvieron que retirarse al ver la imposibilidad de luchar con una persona que encarnaba la verdadera opinión del pueblo y contra quien se estrellarían todas las artes y maquinaciones que, nuestra política rastrera, acostumbra a poner en ejecución en parecidos casos. Por esto, todos lo respetaban, porque era el senador independiente por temperamento y por elección.

Cuidaba con prolijo esmero de su familia, era solícito y cariñoso con sus hijas Ernestina y Beatriz, de veinte, la primera, y diez y nueve años, la segunda; juntos iban siempre a Colón ocupando su palco; juntos a la Recoleta y Palermo, y juntos estaban fuera de los momentos que, a Don Ernesto, le robaban las sesiones; no quería alejarse del lado de su familia y hasta para ir a misa a la Merced lo hacían juntos.

Las dos hermanas conservaban un aire de timidez y acobardamiento, no en armonía con su edad. Muy poco, o nada, salían solas, y, cuando lo hacían, iban con la vista baja, como temerosas de ver gente, o ruborizadas cuando alguien se fijaba en ellas, y sin pararse en tiendas de modistas, ni en los bazares para curiosear las novedades, como hacen todas las jóvenes al salir a la calle para ver y ser vistas.

Ernestina, de mayor edad, aunque pareciera gemela de Beatriz, parecía siempre recelosa y desconfiada; no tenía esa mirada franca de otras niñas; era retraída, y aún con sus limitadas relaciones, conservaba una frialdad por la que era ridiculizada en la sociedad, calificándola de guasa y beatona.

Beatriz, aunque también adolecía de las mismas genialidades, tenía momentos de expansión en que daba rienda suelta a su carácter festivo, en el fondo; pero no en la forma, pues cuando echaba de ver que no estaba en carácter, se reconcentraba y mandaba callar a su corazón, cubriéndolo con la máscara del indiferentismo.

En la casa de don Ernesto no se oían esos gritos de íntima satisfacción; esas manifestaciones comunes en las jóvenes; esa algazara característica, ni ese continuo loquear de los diez y nueve años.

Al caminar, su paso era mesurado, su continente severo, y sus ademanes más propios de monjas que de jóvenes bellas y elegantes, que pertenecen a la primera sociedad argentina. En el teatro permanecían mudas, como bustos inanimados, sin demostrar la íntima satisfacción, ni el entusiasmo que producen los arranques artísticos. Sus gemelos, por excepción, se dirigían a la salida de alguna artista para fiscalizar su traje y percibir sus retoques.

La señora de don Ernesto, misia Paula, era una matrona que infundía respeto con su porte distinguido y maneras aristocráticas, a la antigua; de cincuenta años, de blanca y espesa cabellera, también se echaba de ver en ella el tinte melancólico de familia; su sonrisa forzada y su circunspección estaban de acuerdo con ello. Era piadosa, sin exageración; pero no perdonaba sermón ni novenario, y, en toda función de iglesia, se podía notar su presencia con toda regularidad.

Hasta el cochero de la casa, gallego entrado en años, era severo; se mantenía rígido y grave en el pescante, sin cambiar con sus colegas de oficio esas significativas y truhanescas miradas propias del auriga; no contraía las líneas de su cara por nada de este mundo; permanecía estirado con las riendas en la mano, como queriendo guardar relación con el carácter de la familia a quien servía.

Sobre esta familia circularon ciertos rumores vagos, algo más persistentes que los que generalmente acompañan a la instalación de algo importante en una ciudad. Su aparición provocó algunos cuchicheos y frases de doble sentido, que poco a poco borraron el trato franco y noble de Don Ernesto, hasta evaporarse como sucede con las invenciones que produce la envidia y el despecho.

Una de las relaciones de Don Ernesto era la de Carlingue que, desde muchos años atrás, le había vendido sus frutos, y la relación comercial pronto se trocó en amistosa, si bien no con aquella intimidad que la familia Carlingue hubiera deseado.

Debido a esta relación, Alfredo Carlingue, joven de veinte años, visitaba la casa con frecuencia, y a ella solía ir también su hermanita, de vez en cuando, no por deseo propio, sino por acceder a los deseos de sus padres. La niña no encontraba allí más que frialdad y rigorismo, que no se avenían con su carácter bullicioso y travieso. Amiga de algazara, y retozona como puede serlo una gacela en medio de verde pradera, causaba la nota discordante si daba rienda suelta a sus impulsos juguetones, siéndole forzoso permanecer seria durante el tiempo de la visita, y esto la mortificaba grandemente, como es fácil suponer.

No le sucedía así a su hermano Alfredo, que siempre salía satisfecho de aquella casa. Al conocer a la familia, pronto fijó sus ojos en Beatriz, llamándole la atención aquella severidad y circunspección tan extrañas. Criado él casi en el campo, pues atendía desde los quince años la estancia del padre, acostumbrado a la vida aislada, y poco frecuentes sus viajes a Buenos Aires, simpatizó con Beatriz para la que guardaba todas sus atenciones, que eran bien recibidas por ambas familias.

Librodot

Alfredo ya había notado que, en la intimidad de sus confidencias, era Beatriz expansiva y franca, y esta doble cualidad lo tenía aprisionado, hasta el punto de pensar en unir su destino al suyo.

Después de terminada su visita, en la que anunciaba su viaje a la estancia, los esposos González cuando se despidieron de sus hijas estampando en sus frentes el beso cariñoso de todos los días, tomaron asiento en el despacho, corriendo las fallebas de las puertas para no ser importunados.

-¿Qué te parece Paula? -preguntaba don Ernesto, apoyando el codo en el almohadón del confidente.

-Qué quieres que me parezca... Alfredo es un joven de mérito, posee cualidades muy recomendables... educado, laborioso, como pocos a su edad... sus padres, amigos nuestros, todo está bien... aun diré más, creo que no encontraríamos para Beatriz un joven más recomendable, más decente, más caballero... ¡pero...!

-¿Qué? ¿No te agrada Alfredo...?

-¡No es eso, Ernesto...! no es eso, sino que ahora...

-Por supuesto -interrumpía don Ernesto, adivinando el triste pensamiento de su esposa.

-Por lo demás... -seguía diciendo la señora- le acepto gustosísima. Beatriz lo prefiere, y esto sería lo bastante para que a mí me agradase; ya van teniendo edad nuestras hijas y me parece justo que tratemos de...

-¡Me da miedo...! -exclamaba con tristeza don Ernesto-. Temo las explicaciones, y creo que ellas son necesarias. No puedo olvidarlo -seguía diciendo con rabia, cerrando los puños.

-Mirá, mi Ernesto -decía tímidamente la señora, sentándose en el confidente al lado de su esposo-, vale más no revelar nada.

-¿Qué dices...?

-Yo... Ernesto, no diría nada... No comprometamos la felicidad de nuestras hijas...

-¡Eso jamás...! Ellas no fueron culpables... y para no hacerlas desgraciadas, si acaso algún día llegaran sus esposos a saberlo, es por lo que un padre honrado, y un caballero deben revelar cuando se presente la petición -decía con dignidad don Ernesto, levantándose del asiento-. ¡Fue una acción vil, de la que ellas no son responsables...!

-¡No pienses en eso...! No te mortifiques -decía la señora, dejando correr gruesas lágrimas.

-¡Siempre lo tengo presente...! -seguía diciendo, sin hacer caso de las palabras de su esposa-. Los he seguido a muerte. Ahora he perdido el rastro de Roque; pero, pronto lo encontraré, y no recobraré la calma hasta verlo a él y a la infame arrastrarse por el suelo como asquerosos reptiles.

-¡Ernesto...!

-¡Venganza siempre, Paula...! ¡Venganza! -proseguía en un tono de suprema exaltación-. Yo sé que está en Buenos Aires, que se oculta porque teme mi influencia... pero ¡juro mil veces, que nuestras hijas serán vengadas...! Para dar con la guarida que esconde a la loba, no reparo en medios, no me detengo en nada, quiero destruirla, y la destruiré junto con él...

Don Ernesto despedía fuego por los ojos; nervioso y convulso se paseaba por la habitación, mientras la señora, sin atreverse a decir palabra, enjugaba el llanto comprimido tratando de calmar a su esposo con unas miradas de infinita ternura, que expresaban un poema.

Después de un rato de penoso silencio, don Ernesto, serenado el semblante y dulcificando el metal de su voz, se acercó a misia Paula.

-Hasta mañana hija. Ya es hora de descansar -y estampó un cariñoso beso en su frente.

-Hasta mañana, mi Ernesto -y salió con la cabeza baja, agobiada por el peso de los recuerdos que, frecuentemente, la torturaban.

Librodot

VI. Por su peso

Enriqueta, aquella joven alegre y revoltosa que pululó por los centros libres de Buenos Aires por tanto tiempo; que se hizo célebre en la casa de doña Marta; que era la obligada compañía al tratarse de fiestas con modistas y costureras; que cuidó a más de cuatro estudiantes de medicina, aquella Enriqueta estaba ya retirada con los restos de sus encantos, haciendo vida marital con un empleado del municipio, que no la trataba bien.

Su hija Etelvina, de trece años cumplidos, había pasado un año sintiendo a cada rato mareos y desvanecimientos. Pálida, casi del color de la cera, y con grandes ojeras que orlaban sus párpados, no podía resistir su organización la violenta sacudida de la naturaleza; y, entre si era tisis o no lo era, la pusieron al borde del sepulcro, del que salió para recobrar más tarde la lozanía y los colores propios de una dalia de Otoño.

Tenía que ayudar a la madre cosiendo en ropa gruesa, pues el empleado del municipio gastaba más de lo que ganaba. Ella, allí, con ejemplo de la madre, estaba predispuesta a empezar la vida licenciosa en que tendría que revolcarse más pronto o más tarde, y sin que la sirviera de escudo la presencia de la madre, que conocía prácticamente el terreno.

Don Celedonio Carlingue se había fijado en ella con capricho, y las dos viejas infames, doña Catalina y misia Cantalicia se habían propuesto su adquisición, burlando los cálculos del empleado del municipio que esperaba el tiempo oportuno para apropiársela con todo el cinismo y el escándalo que es característico de los que pasan la vida viviendo a expensas de pobres mujeres, tan desgraciadas como perdidas.

Enriqueta ya había despedido a doña Catalina que, con un pretexto bien calculado, se introdujo en su casa tratando de entablar relación conveniente para lograr sus fines; pero su fino olfato le avisó con tiempo, y pudo burlar los planes de la vieja.

Misia Cantalicia opinó gravemente que los trabajos tenían que ser especiales allí, y con toda maña para que la madre no se pusiera en guardia.

-Etelvina, mira que se hace tarde; despacha pronto; ¡date prisa...!

-Ya voy mamá.

-¡Ya voy, ya voy...! ¡Hace media hora que estás con el ya voy! y nunca sales.

-¡Si esta bata me está tan ajustada ya...! que se desprenden los botones... -decía Etelvina desde el fondo de la pieza convertida en dormitorio por un sucio biombo.

-¡Ave María...! Hace ocho días que te estaba bien y ahora se te desprenden los botones -replicaba malhumorada la madre, mientras colocaba el cuello a un saco-. ¡No sé a dónde vas a parar con ese cuerpo...! ¡Dentro de poco vas a parecer una matrona...!

-¡Pero mamá...! ¿Qué culpa tengo yo? -exclamaba Etelvina al tratar de prenderse un botón central-. ¡Ya ves! -decía deteniendo el aliento para estrechar el campo turgente.

-Ven aquí, inútil, ven aquí. ¡Jesús qué chicas las de ahora...! ¡ni siquiera saben prenderse una bata...! ¡Estate quieta...! ¡No te hinches tanto, mujer...! ¡Caramba...! ¡Pero si tienes un cuerpo...!

-¡Tome, prenda con esta horquilla...! -decía la joven sacando una gruesa de su peinado.

La madre, después de mucho bregar, pudo prender el botón; y el busto de la joven quedó perfectamente modelado, sin una arruga, ostentando un seno precoz que amenazaba romper las mallas que lo oprimían con tanta crueldad.

-¡No tardes, eh...! ¡No sea como la otra noche, que me tuviste esperando dos horas...!

-Si no me despachan antes, yo no tengo la culpa, -decía Etelvina, algo turbada.

-¡Hum, hum...! ¡Mirá que si yo barrunto...! te aplico una soba que te dejo medio muerta; bueno, ¡despachá pronto...! ¡Cuidado con la libreta...! ¿oyes atolondrada? Jesús, ¡qué chicas las de ahora!

La madre quedó trabajando en sus sacos, mientras la hija con el atado de las costuras salía de casa taconeando, y haciendo dengues con la coquetería propia de su edad.

Al poco rato entró el empleado del municipio en completo estado de embriaguez, dando traspiés y despidiendo por aquella boca los inmundos vapores del alcohol.

-¡Dame plata, che...! Pronto porque tengo un compromiso con dos amigos y... ¡che... che mirá ...! ¡que quiero plata...! ¿oyes...?

-¡Así nos gastas a nosotras el dinero... perdido!

-¡Ahora verás...!

Al dirigirse a Enriqueta con intención de golpearla, cayó al suelo, cuan largo era empezando a roncar estruendosamente como una bestia.

-¡No serán muchos los días que yo te aguante...! -exclamaba, al contemplarlo tirado en el suelo.

La calle de la Victoria presentaba animación y movimiento, con ser el paseo obligado de los concurrentes a la calle Florida. Por sus veredas cruzaban incesantemente elegantes grupos de niñas, para recibir los saludos graneados de los jóvenes, a quienes se paga con leves inclinaciones de cabeza y celestiales sonrisas capaces de producir un incendio.

Rezagadas las mamás, con ese aire entre severo y bonachón, no sé si de cansadas o por discreta conveniencia en dejar a las niñas adelantarse, forman un largo rosario que, empezando en la esquina de Florida, termina en la de Chacabuco las más, y Piedras las menos, no dejando escaparate por ojear, y cuchicheando entre sí cuando se cruza alguna silueta elegante llena de arrogancia y que deja al pasar una ligera ráfaga de esencia de rosas: todas vuelven atrás la vista entonces, para fiscalizar su traje y modo de caminar.

Las tiendas y bazares despedían torrentes de luz por sus amplias puertas y vistosos escaparates, dando acceso a numerosos grupos que entran y salen constantemente, unos haciendo compras, y los más para apurar la paciencia de los dependientes.

Encima de los mostradores se amontonaban las cajas o las piezas de género; en los bazares estaban desparramados por las vidrieras las terracotas , las carteras, los abanicos, los cuadros de porcelana, el estuche, las esencias, y las mil baratijas que sirven de pretexto a las elegantes para lucir su traje y su hermosura en medio de espejos y reverberantes luces.

Por todos estos sitios aparecen los preciosos contornos de la mujer porteña, siendo notable la animación por estas calles en las primeras horas de la noche.

Pero en los registros de ropa hecha, aunque de distinto género, no es menor el movimiento.

Por la parte del Oeste, iban enfilando poco a poco, graciosas jovencitas con abultados líos de ropa, deslizándose en los registros hasta formar una compacta masa que llena el local, y oculta el largo mostrador. Allí se amontonan las costuras diversas; sacos, pantalones, bombachas, chalecos y ponchos; y allí espera la impúbera jovencita codeándose con la descocada callejera, la tímida huérfana con la atrevida muchacha, la viuda con la pobre madre cargada de hijos, formándose un revoltijo de cabezas y faldas, que se agita bulliciosamente al continuo entrar y salir de las costureras.

Los dependientes reciben la ropa y lanzan incendiarias miradas a las más vistosas, cambiándose, algunas veces, guiñadas de inteligencia que todas las demás cometan a su antojo.

En frente de los registros, no faltaban curiosos que esperaban la salida de esta o la otra costurera, viéndose a un señor desvergonzado que deja conocer su impaciencia. Las

Librodot

costureras van saliendo poco a poco, y se desparraman en todas direcciones solas o acompañadas, como mejor conviene a su gusto.

Etelvina, antes de entrar en el registro de Torre y Fernández, tropezó con misia Cantalicia que constantemente la detenía, sobre todo al entrar en la casa de Zaldívar, Martínez y Elías, siempre proponiéndole trabajar en una casa de su relación, encareciendo la facilidad de ganar más y con menos trabajo en la costura fina.

-¡Pero hijita! a mí me da pena verte con esos atados que ni un changador que fueses -decía zalameramente a la joven.

-¡Si no es pesado! -contestaba Etelvina, afirmándolo debajo del brazo y sosteniéndolo sobre la cadera.

-¡Es una picardía que te traten así...! Si señor, tú eres una señorita y no está bien que cargues con el atado... en vez de llevarlo aquel... que al fin y al cabo lo que hace es ¡comer lo que ustedes ganan con tanto trabajo! -decía, en el mismo son de lástima la interlocutora-. ¡Luego... tú tienes la culpa...!

-¡Cómo, misia Cantalicia! -exclamaba con asombro.

-¡Es claro...! ¡Maldita la necesidad que tú tienes de andar cosiendo para los registros, cuando Dios te ha dado manos tan delicadas...! ¡y no es porque estés delante...! porque siempre se lo digo a María Luisa, que como tú quisieras habías de trabajar mucho mejor que ellas, y podías hacer tu carrera.

-¡Qué esperanza! -decía la joven en señal de duda, pero halagada por los calculados elogios de la vieja.

-¡Pues, ya lo creo...! Ahí tienes ahora a María Luisa. ¿Te acuerdas? Ya sabes que cosía para registro; pues, bien, como yo veía a la pobre chica sudar el quilo, y sin que consiguiera mejorar... me dio lástima, porque yo soy así... y le aconsejé que cosiera en fino, en casa de Julia la modista; y, este es el día que, gracias a mí, nada la falta; y, lo que es ella, nunca podrá igualarse contigo; eso no, ¡por supuesto...!

-¡Pero, si es mamá la que parece que no le gusta mucho -replicaba Etelvina, dispuesta a rendirse.

-¡Por tu mamá! es por ella por la que debes hacer lo que yo te digo; si señor, porque la pobre, por más que trabaje, teniendo aquel hombre dentro de casa, no ha de poder salir de apreturas, y tú estás en el deber de proporcionarle algo; toda buena hija está obligada a eso; y tú más, que eres ya una señorita; al principio gritará... pero cuando te vea trabajar ganando tres o cuatro veces más... y sobre todo tan señorita...

-¡Tiene usted razón; mañana iré por su casa, para que me lleve y vean a ver si sirvo...!

-¡Quieres callarte...! Yo te digo que serás dentro de poco la primera oficiala. Bueno, Etelvinita, entonces hasta mañana, ¿eh...? ¡Al fin dejaré yo de impacientarme al verte con esos atados...! ¡Qué quieres hija, no podía verte así... porque cuando una toma cariño a otra persona...! pues, entonces, hasta mañana... hasta mañana hijita, porque voy de prisa.

La taimada vieja se detuvo en la vidriera de la librería de Escary, mientras Etelvina entraba al registro, dejando caer el atado con disgusto y repugnancia, esperando desdeñosa le llegara el turno para arreglar la libreta.

Un señor de afeitado rostro, don Celedonio Carlingue, que miraba la escena desde la puerta del Club del Progreso, cruzó la calle y se dirigió disimuladamente hacia la vieja con el pretexto de observar las curiosidades de la vidriera de la librería.

-¿Y la chicuela...?

-Ya la he convencido, don Demetrio (así lo conocían las viejas, por Demetrio López) -decía la vieja, sin dejar de observar las figuras de un periódico ilustrado.

-¿Para cuándo? -insistía el llamado Demetrio, jugando con el medallón de su cadena.

-Mañana irá a casa; dentro de pocos días...

-Gracias, misia Cantalicia, ¡gracias...! ¡Cuente con aquello...!

-Buenas noches -decía ella, sin mirar al señor.

-Buenas noches -contestó Carlingue, haciendo lo mismo, y entrando en la librería con aire diferente.

La vieja fue en busca de doña Catalina para llevarle las nuevas de su última adquisición.

VII. Palomas y serpientes

La casa de inquilinato presentaba un cuadro animado, lo mismo en los patios que en los corredores. Confundidas las edades, las nacionalidades y los sexos, constituía una especie de gusanera, donde todos se revolvían, saliendo unos, entrando otros, cruzando los más, con esa actividad diversa del conventillo.

Húmedos los patios, por allí se desparrama el sedimento de la población; estrechas las celdas, por sus puertas abiertas se ve el mugriento cuarto, lleno de catres y baúles, sillas desvencijadas, mesas perni-quebradas, con espejos enmohecidos, sus cuadros almazarronados, con los periódicos de caricaturas pegados a la pared, y ese peculiar desorden de la habitación donde duermen cuatro o seis, y en donde es preciso dar buena o mala colocación a todo lo que se tenga.

Delante de las puertas, hierven las ollas de hierro con la cabeza de capón o la negra carnaza del puchero, o salta la grasa al freír las piltrafas del mercado que despiden acre olor, mondaduras de papas, desperdicios de cebolla y hojas medio secas de repollo, parece que limitasen el dominio de la pieza, o su opción, al pedazo de patio, como un alambrado limita el campo de un estanciero en la inmensa sabana de la pampa.

El agua de jabón forma numerosos regueros que se pierden en el suelo, bien entre las junturas de las baldosas, o se cuelan por los agujeros de desagüe, cayendo constantemente de las bateas donde se lava la ropa mugrienta, que despide nauseabundo olor.

En cuerdas que van de uno a otro extremo del patio, suspendidas por cañas en el centro, se tienden las sábanas mojadas, los pañales sucios por el orín, las camisas plomizas y alguno que otro remendado colchón, para secar la fresca mojadura de la noche pasada.

Los chiquillos harapientos corretean con insolencia, metiéndose por todas las piezas y haciendo descaradamente escandalosos conceptos de la ropa que pende de las sogas. Una enagua que el viento hincha, junto a un calzoncillo, es causa de las groserías de aquellos muchachos, al chocarse la enagua distendida con el calzoncillo inflado también por el viento, saliendo de aquellas bocas expresiones que asustan -¡Que ahora es ella quien lo busca! -Mirá che como arremete él. -¡Ahora se juntaron los dos y no se despegan! -¡Bravo! ¡bravo...!

Unos lloran a moco tendido, otros cantan, otros ríen, estos piden pan a grandes voces, aquellos gritan porque les suelten las ataduras que les aprisionan al pie de una cama; y, la mayor parte, merodeando alrededor del brasero, donde se cuece o fríe el almuerzo.

Mezclados se hallan el porteño con el italiano, el español con el francés, y en mucho depende este extraño revoltijo de los continuos altercados y riñas que se suceden en el patio.

A una vecina le incomoda el olor que despide el guiso de una española.

-¡Gallegos sucios...! ¡Mire qué modo de zahumar el patio...!

-¡Mejor que los nápoles...! ¡Siempre con las porquerías esas que hacen vomitar...!

De aquí surge una pelotera: insultos, voces, improperios, gritos de los chicos que se prenden a las faldas de sus madres, agarradas de pelo, mojicones, y luego rezongos en las piezas, hasta que un nuevo incidente llama la atención en otro extremos del patio.

Cuando los hombres se mezclan, empieza la gritería de las mujeres, se arma el escándalo, llega el vigilante y se llena, por fin, la comisaría de la sección. Esta es la vida del patio, mientras unos lloran, otros ríen; mientras este rabia, aquel canta; mientras aquel trabaja, el otro duerme la mona ; y, en cada habitación, se desarrolla un drama distinto, con sus afanes y sus privaciones, con sus harturas y sus hambres, con sus virtudes y sus vicios.

-¡Cuidado con que usted me le toque un pelo...! ¡Ojo con levantarle la mano...! -exclamaba una mujer al ver que la vecina se disponía a castigarle el hijo.

-¡Pues, no que no...! ¡Insolente...! ¿Para qué viene a pegarle a la criatura? ¡Ahora verás...! -y corría detrás del muchacho, dando una vuelta por el patio, hasta que el rapaz se internaba en su habitación, resguardándose detrás de las faldas de la madre.

-¡Ya le he dicho que no me le ha de tocar ni el pelo...! -repetía ésta, encarándose a la vecina, y en son de guerra, mientras el chico decía con insolencia:

-¡Pues, le he de pegar! ¡le he de pegar! ¿Por qué él me quitó el pedazo de bizcocho?

-Si vuelves a tocar a la criatura, te pego una soba que te dejo muerto.

Al llegar aquí, se trenzaron las dos madres, armando el barullo consiguiente. Las vecinas salían a las puertas y las del corredor se asomaban a la barandilla preguntando por la causa de la riña. Durante un buen rato duró la gresca, formándose, como es consiguiente, los bandos: unos en favor y otros en contra de las heroínas.

Formaban la sociedad del patio: changadores y familias de carreros, lavanderas y vendedores ambulantes, organistas napolitanos que reciben mil maldiciones en una hora el día de afinación, y pobre gente empleada, con sueldos miserables que ni para pagar el cuarto, casi les alcanza.

En el piso alto, vive la aristocracia de la casa de inquilinato: costurera de ropa gruesa, empleados de tramways y ferrocarriles, cesantes sin colocación, zapateros cargados de chiquillos, peones de registros y almacenes, carreros, artesanos y muchachas sueltas, que hacen la vida alegre en compañía de un empleado o revolotean por todas partes, siendo el diario escándalo de la casa, por sus entradas y salidas a deshoras y por la diversidad de tipos que la visitan a cada momento.

En el piso alto, también aparecen los braseros, donde se ponen las planchas a templar o los pucheros con la comida, en la barandilla se tiende la ropa, se sacuden los colchones y los pedazos de alfombra que, al enviar la nube de sucio polvo al piso bajo, es recibida con improperios y blasfemias de las que, por lo general, no hace caso la barandillera.

Misia Cantalicia Castro de Urepe parecía una señora respetable de unos sesenta y cinco años de edad, encorvada de espalda, y lleno de arrugas el rostro, fino trato y un acento melifluo. Con la adulación siempre en los labios, entraba en muchas casas principales, bien de visita oficiosa, bien en demanda de auxilios y ropa para una enferma imaginaria o para una viuda cargada de hijos, o ya encargada de recolectar fondos para un vestido que las almas piadosas regalaban a la Virgen del Tránsito, o al bendito San José, o ya, para un cubre-altar que precisaba la capilla religiosa de la calle de Terán .

Como siempre estaba metida en las iglesias y era exacta a toda función religiosa, brindándose para vestir y desnudar las imágenes, era conocidísima de clérigos y sacristanes, y siempre lista para ofrecer agua bendita a las principales matronas de Buenos Aires. A estos hábitos religiosos debía el aprecio en que la tenían y que ella tan bien sabía explotar.

Husmeaba dónde había enfermos o salido de cuidado alguna conocida. En el acto se plantaba allí, para dar los medicamentos, enfriar el caldo, poner los paños calientes, arreglar los sinapismos o dar algún consejo casero; y, si venía a pelo, pasaba la noche haciendo compañía y roncando con toda beatitud. Por supuesto, que atenuaba esta falta, abrumando con preguntas a los médicos y advertencias exageradas a los interesados, dando con esto a entender el cariño que sentía hacia el enfermo.

Si se trataba de algún alumbramiento, allí estaba ella, para mecer la cuna, para cargarlo con ese peculiar miramiento y destreza de una abuela y para dar recetas con que aumentar o cortar la secreción láctea, según conviniera.

Al tratarse de un velorio, no podía ella hacer menos de amortajar el cadáver, de perfumarle la cara con agua florida o vinagrillo aromático, de encender los pebeteros, de tomar la dirección de la casa y correr, por último, con los rezos y novenarios consiguientes.

Así es que, con esta táctica, no puede extrañarse que misia Cantalicia Castro de Urepe se sentase a las principales mesas de familia, donde aparecía por casualidad a las horas de comer precisamente, llevándose para su casita la yerba y el azúcar que iba depositando, como una hormiguita, en el hondo cajón de su mesa.

Esta señora toda beatitud y religiosidad, toda llena de comedimientos y atenciones, era grande amiga de la vieja Catalina, especie de ayudante de campo, que llevaba y traía los partes, daba y recibía órdenes, sin que nadie pudiera sospechar que, por ella, había entrado la cocinera, que ella había llevado al mucamo, ¡que ella había recomendado el ama de leche...! Esta misia era, sin embargo, la más poderosa palanca de doña Catalina, con la que removía la sociedad porteña y el más oportuno ayuda para llevar adelante sus inicuas tramas y pérfidos planes.

El ojo certero de la vieja provinciana descubrió aquella mina. Sin gran trabajo, empezó el laboreo, encontrando un filón inestimable que se traducía en pingües ganancias, de las que, misia Cantalicia, sólo recogía las piltrafas.

Esta Cantalicia era infatigable en el trabajo de zapa . Tan pronto entraba en una agencia de colocaciones para preparar terreno, como se introducía en alguna habitación humilde, donde, entre conmiseración y lástimas, destilaba el veneno que había de corromper una honra; y, así también, se deslizaba en casas de aparatosa ostentación, a donde llevaba y traía cartas y avisos; por supuesto, con el consabido aditamento :

-¡Virgen del Carmen...! ¡lo que yo estoy haciendo...! ¡pero si esto no es una picardía...! ¡Cómo te vales picarilla de lo mucho que yo te quiero, para darme estas comisiones! ¡Jesús! ¡yo metida en estas cosas...! ¡si parece que me lo conocen todos en la cara...! Y la verdad es hijita, que es arrogante y simpático. ¡Si vieras que emocionado estaba cuando me entregó la carta...! Se conoce que te quiere con delirio; pero hija, no debes hacerle caso, porque si bien es verdad que hay hombres como él, que son muy caballeros, en cambio hay otros con quienes se precisa andar con mucho tiento... porque, como tu eres tan linda... y tan atrayente... y tienes esa elegancia, no me extraña que se vuelvan locos por ti.

Con estos rasgos se puede formar cabal idea de este misterioso personaje que, no infundiendo sospechas a nadie, se deslizaba traidoramente en los honrados hogares, para la consecución de un fin perverso que llevaba con sorprendente habilidad y destreza, contando con sirvientes, mucamas, cocineras, cocheros y hasta aguadores, que le eran adictos.

La infame directora Catalina la había encomendado el asedio de una familia pobre. En estos trabajos empleaba ahora la mayor parte de su tiempo, sin conseguir lo que buscaba, hasta que le fue preciso alquilar una habitación contigua en la casa de inquilinato, para dar, desde allí, el golpe decisivo y con toda seguridad.

Doña Rosario llevaba algunos años de sufrimientos desde la muerte de su esposo. La lucha fratricida del 74 la dejó viuda. Desde entonces, luchaba a brazo partido con la miseria, maldiciendo las revoluciones que jamás han servido para otra cosa, sino para dejar muchas familias anegadas en llanto, presas de la necesidad, para las cuales no llegan los agradecimientos de la patria; no, por noble y santa que ella sea, tenga por seguro que la patria ha de dejar a sus hijos y a su esposa en el más ingrato abandono, sin acordarse para nada del muerto. En cambio los personajes han ascendido y todo le parece a la sociedad que está compensado.

Esta viuda trabajaba con ardor para sostener a sus tres hijos, dos varones y una joven, María Luisa, de catorce años, fresca y rosada, a quien la madre miraba con

predilecto mimo, siguiendo la preferencia de su difunto esposo, que la quería con locura extremada, al dejarla de nueve años cumplidos, hecha una mimosa con hábitos de señorita.

A duras penas conseguía Doña Rosario que, María Luisa, acompañada de un hermanito, llevase al anochecer las costuras al registro. Ella se resistía cuando podía. No quería mostrarse en público de aquella manera, porque soñaba con ser una señorita de gran sombrero y vestida de madama Vignaeu. Así es que, con repugnancia y ocultando mucho el rostro, tomaba el atado y salía para confundirse entre tanta y tanta costurera, como llenaban los amplios locales donde se recibe la ropa y se apuntan las libretas.

Cuando un dependiente se fijó en ella, ya de doce años, dirigiéndola certeros tiros, el rubor saltó a sus mejillas. Sin hacer caso de las palabras groseras que recogía por la calle, llegaba a su casa no tan pesarosa como otros días. Se iba acostumbrando al registro. Su madre ya no le ordenaba su obligación: ella tomaba el atado y con su hermanito de la mano salía a la calle, donde hacía tiempo la acechaba un señor de decente ropaje, que a su oído murmuraba palabras que la hacían poner rosada y nerviosa. Primero, se enojó mirándolo con disgusto y repugnancia; pero, después, viendo que el señor no se propasaba de obra, hasta lo aceptaba con interés observando su puntualidad y constancia.

En el registro de ropería, hizo algunas relaciones con muchachas de su edad, las que charlaban hasta por los codos, mezclando en la conversación algo prohibido, que las ponía nerviosas y excitadas, hasta el punto de divertirse con los fantasmones que, parados a la puerta, las contemplaban con la boca abierta, mientras ellas les sacaban la lengua o les hacían alguna zafaduría , tan soez como truhanesca.

Así, María Luisa, entre malicia y candor, tenía embelesada a la madre que, día y noche, suspiraba al convencerse de que no llegaba el trabajo para tenerla con la decencia y lujo que, como madre extraviada, se prometía para su hija. Suspiraba con desconsuelo al observar el humilde vestido de percal que llevaba encima, limpio sí, pero sin adornos ni volantes; se le caía el alma a los pies cuando se fijaba en los botines a la crimea gruesos y ordinarios, que le torcían el pie, y su mayor anhelo era poder reunir unos nacionales para comprarle guantes averiados, un velo y un par de botines de prunela.

Lograba, por fin, lo que tantos días de privaciones le costaba; y, entonces, llena de pena echaba de ver que los guantes no sentaban bien con el vestido de percal, que los botines no hacían buen efecto con las medías ordinarias, y así por el estilo, jamás tenía el orgullo de ver bien vestida a María Luisa, aunque sus otros hijos no tuvieran puestos más que sucios pingajos llenos de mugre, y anduviesen descalzos, taloneando por aquella pieza.

En estos afanes se encontraba la desviada señora, cuando una vecina de cuarto, recién instalada, y por demás cariñosa, entraba para acompañarla casi todo el día, condoliéndose de su precaria situación.

-¡Yo la admiro Doña Rosario...! la admiro muy deveras porque como usted, hay pocas, casi ninguna.

-¡Qué esperanza, señora...! ¡Cuántas seremos las que nos vemos obligadas a pasar esta vida! -decía con ingenuo candor.

-Muy contadas, muy contadas -replicaba la vecina, moviendo la cabeza en señal de duda-. ¡Si en este pícaro mundo, señora, es preciso morirse o ceder de una vez...! Y no es por una, es por las hijas, doña Rosario, por las hijas que son pedazos de nuestros cuerpos. Por eso, en el mundo, la miseria obliga en ciertas circunstancias...

-¡La que es buena, señora, lo es siempre, pobre o rica, porque se contenta con lo que Dios le concede!

Librodot

-No lo crea usted así, doña Rosario... porque eso no es verdad. Usted, que trabaja tanto, quitándose la vida cose que cose para ganar una miseria, que no le llega para cubrir sus necesidades, ¿puede usted estar satisfecha, viendo que no puede educar a sus hijos con aquel mimo y aquel desahogo que, su cariño por ellos, le pide a todas horas...?

-¡Ah...! Lo que es eso, francamente... quisiera ser rica para poder tenerles como los mejores.

-¡Sin que me lo diga! ¡Si yo la conozco doña Rosario...! ¡si yo la conozco...! Digo, que cuando usted observa al pasar tantas y tantas mejor vestidas que María Luisa, se le cae a usted el alma a los pies, porque yo le conozco el cariño que usted le tiene... ¡Si salta a la vista...!

-No puedo remediarlo, misia Cantalicia, no puedo y me desespero al verme tan falta de recursos...

-¡Es claro! ¿Pues no? Variando de conversación, porque estas cosas le dan a una rabia -seguía diciendo la taimada vieja -parece que Leopoldina está por casarse, la hija de doña Ambrosia. ¡Qué suerte, eh...! Una chicuela que no vale nada, y haber encontrado tan buena proporción, eh...! ¡Ah, si María Luisa tuviera esa suerte...! ¡Y, quién sabe! ¡De menos nos hizo Dios, doña Rosario...! porque su hijita es ya una verdadera señorita y más de cuatro han de beber los vientos por ella... ¡Ya lo creo...! ¡porque de esto no falta! ¡Digo, que si la vislumbraran algunos que yo me sé...!

-No se fijarían en una niña tan pobre -decía la madre halagada ante la perspectiva de considerar a su hija rica.

-¿Y, por qué no? ¿Acaso no vale ella más que Leopoldina? ¡Ya lo creo...! Es necesario, señora, que usted la arregle lo mejor que pueda, que salga por ahí... que la vean...

-¡Pero señora, yo no puedo más...! ¡Me admiro de ver a otras que van tan bien vestidas, y casi no trabajan...! ¡No sé como se hacen esas cosas...!

-Eso es cuestión de saberlo entender...

-¿Cómo, de saberlo entender? -preguntaba con viva curiosidad la costurera.

-¡Claro...! ¡Sabiendo vivir...! ¿Entiende? ¡Todo se consigue en este mundo cuando las gentes se dan maña...!

-¡Ya...! ¡ya...! Comprendo ahora... A ese precio, ¡jamás! -decía con dignidad doña Rosario.

-¡Ya lo creo que usted no había de permitir esa libertad a su hija...! Y, hace usted perfectamente, porque, cuando una puede vivir, aunque sea con pobreza... Pero, yo, en parte... yo, que conozco tanto el mundo, señora... disculpo en parte a esas pobres familias, porque en último caso, una se muere de miseria y de pena y luego las chicas, ya sabemos que caen en poder de cualquier perdido que las hace desgraciadas.

-¡Dios nos libre, misia Cantalicia! -exclamaba doña Rosario, asustada ante la idea de tal fatalidad.

La vecina se retiraba, después de infiltrar el veneno, dejando pensativa a la costurera, que en vano se devanaba los sesos buscando un medio decoroso para salir de su triste estado. Desde sus conversaciones diarias con la cariñosa vecina , pensaba en lo que antes jamás había cruzado por su imaginación. Se quedaba pensativa; y, lanzando hondos suspiros, rechazaba la tentación, tornando a la grosera costura que, cada día, se le hacía más penosa.

María Luisa, mientras tanto, correteaba calles. En el registro era la primera en iniciar las conversaciones escandalosas y eróticas. El señor que la perseguía la acompañaba algunas cuadras; y, entre temores y deseos, pasaba la vida como un pájaro enjaulado, ansiando libertad y espacio, donde tender el vuelo de sus locas divagaciones.

Acostumbrada ya a pasar largos ratos en la habitación de misia Cantalicia, allá iba poco a poco tragando el anzuelo y sintiendo cada día mayor repugnancia por su casa y

sus harapos, soñando con lujo y placeres desconocidos, que su naturaleza precoz solicitaba con imperio.

Un día, en que la joven María Luisa estaba más excitada que de costumbre, zumbándole en los oídos las palabras tentadoras del señor acompañante, que le ofrecía una casita y joyas, y todo cuanto su imaginación había soñado de más hermoso, la infame vieja le echó las cartas, que le anunciaban el amor loco de un viejo que quería hacerla feliz. Esto la hizo prorrumpir en estruendosas e histéricas carcajadas, revolviéndose en el suelo, como lo hace una gata en celo, al gozar de los rayos del sol.

Desde aquel día, salía algunas veces acompañando a la vieja a la iglesia o a visitar a una parienta enferma. Doña Rosario, habiendo perdido el instinto de madre, o tolerando tal vez a impulsos de la prédica diaria, tenía gusto de que su hija fuera con la vieja, y, al parecer, descansaba tranquila, convenciéndose de que iba bien acompañada.

Esta clase de madres consentidas tiemblan ante la idea de ser ellas las intermediarias de la deshonra; pero se abandonan criminalmente, no queriendo desvanecer las sombras que oscurecen sus dudas, aceptando una fatalidad, que, más pronto o más tarde, ha de venir a llenarlas de amargura.

Librodot

VIII. En campaña

A la vieja Catalina, le habían recomendado especialmente a Rosaura, hija de don Celedonio Carlingue. La muy infame preparó el ataque, encomendando a su Secretaria, Cayetana, el iniciarlo inmediatamente.

Era una tarde del mes de agosto, mes traidor y temido de los enfermos crónicos y sobre todo de los viejos, que cuentan día por día y semana por semana los momentos que les quedan de vida, como hacen los desgraciados que están en capilla, temblando al ver acercarse la hora fatal.

En esa tarde, había cambiado el tiempo. De suave temperatura y esplendoroso sol, vino de repente un viento sudoeste que arrastraba las basuras de las calles, arrinconándolas en los zaguanes y ángulos de las casas; las dejaba sosegadas por un momento, y, cuando los residuos de la limpieza se creían seguros y a cubierto de todo ataque, arremetía una racha más fuerte, formaba una pelota de papeles, trapos, hojas y demás desperdicios, jugueteaba con ellos como pudiera hacerlo un gato retozón, trayéndolos y llevándolos, hasta que los alzaba con ímpetu por el aire, desparramándolos con saña contra las fachadas de las casas, hasta que venían a caer nuevamente al suelo, para arrastrarlos sin piedad y dejarlos convertidos en menudos fragmentos, que, en último término, querían introducirse por las rendijas y aberturas que encontraban francas, gruñendo de rabia al no poder penetrar por los resquicios apretados.

Los nubarrones se agolpaban en la atmósfera, y el sol dejó de lucir, asomando tímidamente parte de la frente entre tal o cual abertura mal cerrada, que el viento se encargaba de tabicar en seguida, con una parda nube.

Iban a ser las cuatro y se notaba un frío tanto más sensible cuanto el día había sido primaveral. En el vestíbulo de un colegio graduado se sobaban las manos algunas sirvientes, esperando la hora de salida de las niñas. La mayor parte de las que esperaban, por el lucido delantal blanco con grandes caídas por detrás, indicaban pertenecer a casas acomodadas. Entre ellas, había uno que otro galleguito mucamo, que debía acompañar a la niña, llevándole la costura y la cartera llena de libros.

Entre esas mucamas departía muy amigablemente la Secretaria, con su pañuelo de espumilla de lana color verde mar, encima de los hombros y su delantal blanco también. Cualquiera, al verla, la tomaría por una mucama que esperaba a la niña para acompañarla a casa.

Desde el vestíbulo, se oía el confuso y característico rumor al formar las filas en las clases, rumor producido por la precipitación con que se dejan las costuras, se toman los libros y se va en busca de la cartera, produciéndose la confusión consiguiente entre niñas que desean ser las primeras en descolgar sus bolsas y acercarse a la puerta de salida, para cuando suene la sacramental palabra: ¡Pueden retirarse!

En este colegio se educan niñas pertenecientes a familias distinguidas, como de la clase más humilde, lo mismo se ve el traje elegante y sombrerito high life , que la modesta túnica y la tímida gasilla en la cabeza; y, de la misma manera, niñas de siete años que de quince.

En una de las clases, formaban un corrillo aparte con sus cuchicheos, guiñadas y picardías consiguientes, unas cuantas jovencitas de catorce años poco más o menos, entre las que se encontraba Rosaura, la hija de Carlingue, las que, coqueteando descaradamente y mirando con aire de superioridad a las otras niñas de menor edad, todo el día se lo pasaban entre secretos y papelitos, inquietas y juguetonas, como debe ser la pasión primera.

-¡Si vieras, che! ¡si vieras! -exclamaba ponderativamente, una que parecía la más resuelta de todas.

-¡Chist...! -interrumpía otra, rosada como una frutilla-. No le digas nada -decía aludiendo a Rosaura-. Si quiere que vaya y lo vea. ¡Qué más quisiera ella...! ¡como que tiene vergüenza la niña...!

-No es por vergüenza, sino que...

-Porque no quieres, por eso, claro, -insistía la primera.

-Es que la mucama Juliana no ha de querer llevarme... y luego... ¡si lo cuenta en casa...! -exclamaba con terror.

-Ella no ha de contar nada. Allí... -prosiguió bajando la voz y acercando la boca al oído- ¡allí echan las cartas...! Y si vieras... todo sale cierto. ¿No es verdad, Casimira? -preguntaba a otra compañera, como para vencer los escrúpulos de Rosaura.

-¡Todo, che...! ¡todo sale cierto! -afirmaba la aludida, dando un suspiro.

-¡Luego -volvía a insistir la traviesa chica- tiene unas muñecas, así de altas...! ¡pero con trajes de verdad...! Y allí van... -y murmuró unas palabras en su oído, que hicieron colorear las mejillas de la joven.

-No, no... ¡Si supiesen en casa que yo había ido allí... ¡Que vergüenza...!

-¡Mejor...! Déjala. Ella se lo pierde. No le digan ni una palabra -decía con sequedad la primera, despreciando a Rosaura y avivando más su curiosidad.

-No te enojes... -exclamaba ésta, al ver el desapego con que iba a ser tratada.

-Luego, ya saben, ¡eh...! -decía guiñando un ojo a las otras compañeras, que comprendieron al momento de lo que se trataba; y empezaron, otra vez, los cuchicheos que causaban profunda pena a Rosaura, al considerarse eliminada.

Su semblante tomó un aire de tristeza y abatimiento; y, pausadamente, fue juntando los libros, mirando con envidia a sus compañeras, que loqueaban a más y mejor, como haciendo alarde de su descocamiento.

En el vestíbulo del colegio, también tenía lugar una sabrosa conversación que sostenía hábilmente la Secretaria con la mucama Juliana que se resistía a secundar sus propósitos.

-Sin ir más lejos, hace diez días, me dijo que comprara el número mil cuatro. Tomé un quinto, y me tocó la suerte, -decía, manifestando júbilo la Secretaria-. Me fui al Banco y allí los tengo. A ésta -seguía diciendo, y señalando a otra que tenía a su derecha-, a ésta le cayó hace unos tres meses también.

-Yo no creo en esas cosas -contestaba la mucama Juliana, sin dejarse convencer.

-¿No, eh...? Pues que te diga ésta si le salió bien cierto lo que la dijo... No faltó ni esto -y chocó contra los dientes la uña del pulgar-. ¡Diga, que pocas veces quiera echar las cartas...! ¡porque le tenemos que rogar mucho...!

-¡Si fuera algún domingo...! ¡Entonces tal vez iría por curiosidad...!

-Los domingos por nada del mundo quiere, tiene que ser un día de trabajo...

-Entonces yo no puedo, porque la niña podría contar en casa dónde habíamos estado...

-¡Qué había de contar! -interrumpía desdeñosamente la Secretaria, viendo que ganaba terreno-. La niña, ¡qué más querrá que estar jugando allí...! La vieja tiene muñecas grandísimas con las que pasará el tiempo... y luego con decir en casa de tus patrones que se quedó en penitencia hasta las cinco... está todo arreglado.

-Y ¿si lo llegan a saber? -preguntaba tímidamente la mucama Juliana, antes de entregarse a las tentadoras proposiciones de Cayetana.

-¿Por quién diablos lo han de saber...? Anímate y te llevo, asegurándote, que luego, me has de dar las gracias; pues, yo lo hago porque tú eres simpática de veras, y tengo confianza en ti, porque si no fuera así ¡qué esperanza...!

-Dime, ¿podrá decirme doña Catalina si una persona quiere a otra con buen fin?

-¡Ya lo creo! -contestaba con aplomo-, ¡ya lo creo...! En esto no se engaña nunca. ¡Parece mentira, che...! ¡que adivine así!

-¿Y está muy lejos...? -volvía a preguntar la cándida mucama, decidida a consultar con la vieja.

-A dos cuadras, solamente... aquí al lado... en un momento podemos ir...

-Hoy, no; pero mañana tal vez me resuelva, y le diremos a la niña que es la casa de una parienta mía. ¿Te parece...?

-Aquí llegaban en la conversación, cuando apareció la avalancha de criaturas que prisa tenían por salir de aquella, al parecer, cárcel, en que habían estado seis horas. Los gritos de alegría resonaban en el zaguán al bajar los primeros peldaños de la escalinata. Las cabriolas de contento y los saltos retozones de aquellas criaturas recordaban las piruetas de los corderos al salir del estrecho corral y divisar la verde explanada del campo, por donde habían de triscar todo el día.

Librodot

IX. Orgía

Estanislao Roque había corrido con todos los arreglos de la fiesta. El anduvo de Herodes a Pilatos para conseguir el género indispensable, sacado de la clientela de la vieja Catalina; y, quien dispuso la fiesta que se había de celebrar conmemorando el primero del año con la solemnidad que acostumbraban algunos antiguos amigos del Club del Plata, entre ellos, don Celedonio Carlingue.

-¡Cuidadito, con que me faltés! -había dicho Roque a Etelvina, por la mañana.

-¡No, señor, no he de faltar...! No tenga cuidado.

-Es que, para esta noche, estoy comprometido, y no puedo faltar... Sobre todo, te advierto que ha de ir el viejo... -decía aludiendo a Carlingue, -y quiere que tu estés allí. Ya verás, ¡vamos a tener una fiesta espléndida...! ¡Gente gorda...! ¡y nos van a entrar algunos pesitos...!

-¿Va a ir Catalina? -preguntaba la joven con naturalidad.

-¡En este negocio, no tiene ella por qué mezclarse; es cosa mía; y, te agradeceré, que me guardes el secreto, hijita...! porque, de seguro, que había de resentirse... y más vale no tener altercados. ¿Comprendes?

-Bueno, bueno. Por mi parte, le prometo que nada ha de saber.

-¿Y, cómo te va con el viejo?

-¡Phis...! así ... así. No quiere ponerme casa porque teme comprometerme... ¡y dice que somos mucha familia...! y yo no quiero ir sin mamá. ¿No le parece que he hecho bien?

-¡Claro...! date maña -le decía Estanislao Roque con todo cinismo-. Procura tenerlo así... Vamos... como dándole celos, haciéndote la enamorada... y de esta manera tal vez afloje, porque los viejos obedecen dócilmente si se consigue dominarlos, y más aún, si se creen que han producido una pasión amorosa... Entonces vas a tener lo que te dé la gana.

-Ya veremos... ¿Y María Luisa va también?

-¡Por supuesto...! La acompañará hasta la puerta la vieja Cantalicia. Allí estaréis con toda libertad. ¡Calcula que la casa parece un palacio...! Estaba desalquilada y yo la he tomado como para una familia que debe llegar del campo; pero es sólo para esta noche. Si conviene, y alguno paga, nos quedaremos con ella.

-¡Conque no faltar...! Ya sabes Chacabuco antes de llegar al mercado...

-Hasta la noche, don Roque.

Estanislao había llenado los huecos de la sala con sillones viejos y trastos alquilados. Arregló la mesa con cuatro tablas clavadas sobre pies de empapelador, ingeniándose para llenar vajilla y cristalería prestadas.

Como la casa no tenía aparatos de gas, puso velas de estearina en las paredes y en la mesa, presentando la sala un especial golpe de vista. El cielo raso lleno de telas de araña y manchones de humedad contrastaba con el pelado piso de tablas, lleno de mugre. Las paredes, sin un adorno que cubriera su fría desnudez y sus muchos agujeros, presentaban con profusión toscas repisas de madera, es decir dos pedacitos de tabla donde descansaban las velas que chorreaban estearina incesantemente; cuatro grandes sillones, unos de gutapercha y otros de reps punzó, todos desgonzados y rotos ocupaban los ángulos, y como una docena de sillas de varios tamaños y configuraciones, diseminadas, unas sosteniendo rimeros de platos y copas, y otras pavos y cajas de conservas, que no cabían cómodamente en la mesa.

Por el suelo cajones de vino y botellas de champagne; y, lleno por fin el ambiente de un olor especial a pabilo y humedad, que se notaba desde que se entraba por el sucio zaguán.

Ya eran pasadas las once de la noche y la casa alquilada por Roque esperaba a los invitados con una sorpresa. Había reclutado tres músicos para una orquesta de guitarra, acordeón y violín, seguro de causar el efecto consiguiente, entre los parroquianos, que estaban dispuestos a pasar un trueno gordo aquella noche.

Estos tres musicantes, acostumbrados a fiestas de ésta índole, habían hecho su aparte de botellas surtidas, en previsión de ser olvidados en medio de la farra . Eran tres tipos compadritos del Sud, que tocaban gatos y cielitos, polkas y cuadrillas con unos aires quebrados propios del peringundín y del baile criollo...

Por la calle de Chacabuco transitaba la gente alegre y bulliciosa, oyéndose indistintamente el rasgueo de las guitarras, los acordes monótonos del acordeón, los desentonados coros de los parranderos y ese bullicio característico de la última noche del año, que se va, y la primera del que viene.

Los tramways pasaban llenos de gente, los carruajes cruzaban en todas direcciones, y la ciudad se agitaba alegremente con los chrismas y las tortas, con los turrones y el champagne.

Los primeros comensales penetraron por el oscuro zaguán, como si acudieran a la sesión de alguna sociedad misteriosa, encontrando a Estanislao Roque convertido en azafatero mayor y a los tres musicantes, que llenaban la sala con el humo del tabaco negro.

Entre libaciones de vino Sauterne y saboreando aceitunas sevillanas se dispusieron a esperar a sus compañeros, ya impacientados por la tardanza de las muchachas que formaban el deseo de la noche.

-¡Hermano... che, hermano! -decía Suárez a Camelago, que acababa de entrar. ¡Esto está espléndido...! ¡Vamos a pasar una noche deliciosa...! Mirá , ¡hasta orquesta tenemos...! ¡De todo hermano, de todo...! Tomá una copita para que se te quite el susto.

-¿Y, las chicas? -preguntaba Camelago, recorriendo con la vista la habitación-. ¿No han venido, todavía...?

-Dentro de diez minutos estarán aquí -contestaba Roque, después de consultar un estropeado reloj de plata.

-¡Salud caballeros...!

-¡Bravo! ¡por don Celedonio...! ¡bravo por el hermano mayor de la cofradía...!

-¡Valiente partida de tresillo la que vamos a tener esta noche a...! ¿Y, donde están las chicas? -preguntaba, mirando a todas partes, extrañándole que no estuvieran en la sala.

Puntuales fueron llegando los comensales hasta el número seis, entre los que se encontraba Manuel Taravilla y otros dos amigos del Club, toda gente alegre y rumbosa que se disponía a echar al aire la cana del primero de año, según costumbre establecida.

La entrada de las jóvenes provocó estruendosos aplausos y locas manifestaciones de alegría, cambiándose efusivos saludos y apretados abrazos.

Etelvina y María Luisa apuraban los pequeños sorbos que les presentaban en las copas de todos, y entre manotones y condescendencias, tuvieron que bailar una polka para dar tiempo a la llegada de las otras compañeras, que no tardaron en entrar a la sala, todas gente de aguja, tan atrevidas como soeces, que se abandonaban en brazos de quien las tomaba.

Estanislao Roque estaba ufano con la fiesta. Había ultrapasado las esperanzas que pudieron concebir los caballeros, y esto le daba aires de importancia, como si fuese el principal personaje o héroe de la noche.

Los musicantes, mientras tantos, cambiaban guiñadas de inteligencia, y seguían con sus aires quebrados, mezclando las piezas con un desconcierto que sentaba admirablemente en aquella sala de la orgía y del escándalo.

La señal para sentarse a la mesa sonó, y después del barullo necesario para tomar cada cual su pareja y su asiento, dio principio la cena en medio de las risotadas y alusiones, que sólo tienen cabida en cuadros tan escandalosos como aquel.

La fiesta se animaba; los músicos destrozaban alones y piernas de gallinas y pavos, mientras los anfitriones brindaban a la locura y al amor.

-Brindo, caballeros, porque Etelvina y María Luisa dejen de estar tan gomosas... He dicho.

Las chicas protestaban y la algazara subía de punto.

Estanislao Roque apuraba copa tras copa, y ya principiaba a ver doscientas luces en la sala, trastabillando al dar rienda suelta a la locuacidad alcohólica que le había acometido.

Serían como las tres de la mañana, y las luces se iban apagando por sí solas; la orquesta peringundinera hacía girar a las parejas en desenfrenada evolución, hasta que Etelvina resbaló, cayendo al suelo con su galán, y tras ellos, cayeron todos, armándose una gritería y la confusión consiguiente al ver que Estanislao Roque, apagando con una servilleta unas velas, dejó la sala a oscuras, en medio de los gritos de las jóvenes.

En lo más fuerte del escándalo se encontraban, cuando apareció un vigilante, atraído por los gritos.

De buenas a primeras Estanislao Roque, armado de una botella de champagne, arremetió contra él, dándole un feroz golpe en la frente.

A los ayes del pobre vigilante, cegado por la sangre que corría en abundancia por la herida, acudió gente a la casa, siéndoles forzoso a los anfitriones, músicos y danzantes, el escabullirse por donde pudieron, dejando vacía la casa en un momento.

Cuando penetró la policía, sólo encontró los restos del festín y de la orgía, en el más completo desbarajuste.

Librodot

X. El oráculo

Cayetana, la traviesa Secretaria de doña Catalina, había acudido a la puerta del colegio para llevarse a Rosaura y a la mucama aquella tarde, como estaba convenido. Se trataba, para ella, de un asunto de la mayor importancia, pues la adquisición era valiosa, contando a más de la niña, con la sirviente Juliana, que hacía también falta para cumplir los deseos de un interesado. Aquel golpe era para acreditar a cualquiera, y, en aquel negocio, esperaba crecida recompensa de parte de la vieja, que ya veía un capital delante de sí.

Antes de que acudiera Juliana, tuvo la Secretaria una sabrosa conferencia con Estanislao Roque, empeñado en entenderse con ella y explotar a la joven, como lo hacía Cleto.

-¡No se canse, don Roque, porque es excusado...!

-Déjate de zonceras, y escucha lo que yo te digo. A mí demasiado me conoces... Siempre te he tenido cariño y me da rabia el ver como te trata.

-Le digo que no se canse -volvía a decir la Secretaria, sonriéndose picarescamente al conocer las intenciones de Estanislao Roque-. Yo lo quiero y basta, ¡ea...!

-¡Escucha, Cayetana...! Es que si nosotros nos entendiéramos, podríamos hacer un bonito negocio.

-Sí, señor; ¡sería bonito el negocio!

-No es eso... Quiero decir que nosotros podríamos hacer el negocio de doña Catalina, y en poco tiempo, encontrarnos ricos...

-Déjese de una vez, y cuide que yo no le diga a la vieja... -replicaba ella, en son de amenaza.

-Piénsalo bien, y más tarde me darás la contestación -decía Roque al retirarse para no aparentar que quedaba vencido y humillado.

La Secretaria lo veía alejarse con curiosidad, mientras entre dientes, decía:

-¡Qué más quisiera, el muy perdido!

La vieja Catalina estaba impaciente. Tan pronto se sentaba, como iba a echar sus vistazos por el ventanillo de la primera pieza, mirando al patio. Murmurando entre dientes, salía, iba a la cocina, tornaba al salir, por demás impaciente, hasta la puerta de calle. Sacaba la cabeza, miraba a uno y otro lado; y, viendo que sus deseos no se satisfacían, pegaba un portazo y se internaba en las piezas, malhumorada y rezongando a cada rato.

Se dejaba caer en una silla, mordiéndose los labios; y, al instante, se levantaba otra vez, nerviosa y contrariada, para arreglar alguna cosa, o estirar la colcha de crochet, o mover los cachivaches de la mesita, sin ton ni son.

La casucha estaba silenciosa, en aquella hora, como si nadie la habitase. El gato se escurría por el tapial, restregándose el lomo entre las asperezas de los ladrillos; y, el perro ratonero, descansaba patriarcalmente encima de una falda negra que estaba tirada en la cama grande de la última pieza, haciendo compañía al grave personaje verde, que parecía triste y pensativo sin largar sus acostumbradas chocarrerías, y sin morder siquiera los barrotes de hoja de lata. El barrio se hallaba también solitario, no escuchándose más que el cascabeleo de los tramways, acentuando más el quietismo y el silencio.

La vieja estaba visiblemente mortificada. Esperaba a alguien y ese alguien no venía. De importancia debía ser la persona, cuando tan nerviosa la ponía su retraso. Por unas cuantas veces más, se asomó a la puerta de calle, retirándose desesperada, hasta dar con su cuerpo en un sillón de hamaca lleno de parches y ataduras, donde se resolvió

a esperar, cambiando a cada rato la postura de sus piernas, mordiéndose las uñas y meneando la cabeza significativamente.

-¡Caramba con la muchacha! -exclamaba, sin poderse contener y hablando consigo misma-. Ya debía estar aquí, ¡hace medía hora...! Tal vez cueste traerla -pensaba disponiéndose a tener más paciencia-. ¡Pero ella no debía gastar tantas contemplaciones! -seguía murmurando-. ¡Debía traerla aunque fuera a la fuerza...! ¿Si será ella? -decía, levantándose del sillón, creyendo oír ruido en la vereda-. ¡Nada, nada! -volvía a murmurar, al tiempo de sentarse violentamente con gran riesgo de la hamaca, que crujía estridentemente.

Por un rato permaneció apoyando la cabeza entre las manos, hasta que olfateando, como un perro de caza la presencia de la perdiz, exclamó restregándose las manos y dando un aire bonachón a su fisonomía:

-¡Gracias a Dios, que están ahí...!

Efectivamente, no tardaron en aparecer por la puertecilla, que conocemos, la Secretaria seguida de una joven al parecer sirviente y de una niña como de catorce años, tersa como el terciopelo y hermosa como un hada fantástica.

La taimada vieja, reprimiendo los impulsos de su impaciencia, permaneció sentada en la segunda pieza, dejando a las recién venidas en la primera, para que no comprendieran sus intentos y notaran, por el contrario, su resistencia a echarles las cartas.

La Secretaria, rebosando satisfacción, por la empresa que estaba llevando a feliz término, se internó en busca de doña Catalina, mientras las recién llegadas, sin atreverse a comunicar sus impresiones de miedo, permanecían enclavadas en las sillas, mirando y remirándolo todo con curiosidad y timidez al mismo tiempo.

La niña se fijaba porfiadamente en la gran muñeca que estaba encima de la cama; y, de buena gana, la hubiese tomado, si no la detuvieran secretos recelos que ni comprendía ni sabía por qué la impresionaban tanto; pero tenía la conciencia de estar cometiendo un delito con el sólo hecho de presentarse en una casa semejante, y sabiendo que había dado un paso muy avanzado con urdir una mentira y tener un cómplice en la mucama.

Esta, por su parte, temblaba también sin saber por qué. La vista de la cama, las dos polveras en el lavatorio, algunas horquillas que divisó y un cierto aspecto nada familiar, la hacían salir el rubor a las mejillas. Adivinaba algo, pero ese algo rodeado de formas vagas y confusas que le impedían ver el objeto con claridad, como acontece en noche de espesa neblina; no podemos distinguir el precipicio que se nos presenta delante, no sabemos qué será, pero se adivina por intuición que tenemos a nuestros pies el peligro. Así, la mucama temblaba de emoción sin saber por qué temblaba, y no porque en la habitación viese fantasmas, calaveras, culebras y lagartos que eran lo indispensables adminículos de las sibilas de reputación; ni siquiera, distinguía la humeante caldera de los filtros; nada.

Las dos jóvenes, al encontrarse solas, un secreto peligro las hizo acercarse una contra la otra, y así estrechamente unidas, las encontró la traviesa Secretaria al penetrar como quien acaba de librar una batalla.

-No quería por nada -decía con misterio-; pero, por fin, después de mucho rogarle y decirle quienes eran ustedes, consiente, ¡pero jurando que a nadie han de decir...! Entonces vendrá.

La niña, excitada su curiosidad y con resuelto ademán, juró al punto. Lo mismo hizo la mucama Juliana, aunque ésta hubiera deseado salir disparando de aquel sitio.

Doña Catalina se presentó, por fin, con aire medio disgustado, dando a entender que se hacía violencia en echar las cartas. Así fue que, sentándose perezosamente en una silla próxima a las jóvenes, decía zalameramente:

Librodot

-¡Pero, que mona...! ¿eh...? Si es hermosísima... Ya me habían hablado a mí, ponderándola -decía, tomándole una mano, que acariciaba entre las suyas ásperas y de marcado color oscuro. Luego, agregaba:

-¿Con qué, la señorita Carlingue...? ¡Monísima! Era verdad. ¡Si es un pimpollo!- y, mientras tal decía, daba a su rostro el aspecto más atrayente y simpático que podía presentar-. ¡Sólo por ser esta preciosura -agregaba- consentiré en jugarle las cartas, porque de seguro hemos de encontrar mucha suerte.

-¡Ya se va haciendo tarde!- exclamaba la mucama, impaciente porque terminara aquella escena.

-Bueno, bueno... Vamos a ver. En un decir Jesús, lo sabremos todo. ¡Pero ya saben -agregaba solemnemente- ¡ya saben que es preciso guardar secreto...! ¿eh...?

La Secretaria tomó de la mano a la mucama tratando de llevarla a la otra pieza, y viendo que se resistía, la cogió por la cintura haciéndole cosquillas, mientras le decía al oído:

-¡Necesitan estar solas...! Luego te tocará el turno. Ahora, ven conmigo.

Las dos salieron dejando a la infame vieja Catalina arreglar una gran baraja llena de figurones, que empezó a ir extendiendo encima de la cama. Arrimó dos sillas a ella; y, después de dar un par de cariñosos besos a la niña y palparla audazmente, empezó la operación en medio del más sepulcral silencio.

La mucama Juliana quedó sorprendida al encontrarse en la tercera pieza con una persona extraña. Quiso huir, pero fue alcanzada por un brazo... Allí empezó una lucha sorda y tenaz, que la vil Secretaria escuchaba desde el patio, aplicando el oído a la cerradura y como gozándose de lo bien que había conducido al asunto, sin lamentar escándalo.

Al poco rato, al oír tocar en los vidrios con los nudillos de la mano, entró ésta quedándose parada, como sorprendida ante la presencia de un joven.

-¿Estaba usted aquí? -preguntaba con asombro-. ¡Ah! ¡picarilla, picarilla! -decía, dirigiéndose a Juliana.

Esta gimoteaba ocultando la cara entre las manos y mostrando en su peinado las señales de la lucha.

-¡Pero hija, yo no sabía que había gente aquí! -seguía diciendo, mientras hacía una guiñada indicando al joven que se largara-. ¡Gracias que éste -aludiendo al que acababa de salir- es una caballero rico y...

-¡Me las has de pagar! -decía la mucama ciega de cólera.

-¡No seas zonza...! ¡Si yo no sabía nada...! Te juro por mi salvación que aquí no había gente. Se ha debido entrar cuando estuvimos en la otra pieza. ¡Vaya, vaya! -decía, al aproximarse a ella gomosamente y con toda familiaridad, pasándole la mano por el cabello.

Juliana se levantó y, arreglándose lo mejor que pudo, ayudada por la Secretaria, salió de aquella habitación, para marcharse cuanto antes a su casa.

XI. Rosaura

La hija de los Carlingue, Rosaura, era el encanto de la casa y el orgullo de sus padres. Tenía, a la sazón, catorce años. Nerviosa de constitución, fogosa por temperamento y resuelta por carácter, se había criado entre mimos y condescendencias, entre caprichos y deseos, que imprimieron en ella ese sello de imperativa autoridad, que, por lo general, tiene toda niña nerviosa y regalona.

Curiosa, en demasía, sufría horriblemente cuando no podía darse la razón cabal de un enigma. Al no adivinar, instantáneamente, lo oculto, al no saberlo todo y al no estar enterada de cuanto pasaba a su alrededor, aunque fuesen las cosas más triviales y baladíes, se ponía inquieta y como desazonada. Nada podía mortificarla más que los secretitos y cuchicheos de sus compañeras, o las reticencias o medias palabras de las señoras al hablar, delante de ella, de asuntos especiales, de los que ni debe ni puede enterarse una jovencita. Sin poder contenerse, experimentaba estremecimientos, hasta quedar calmada su tenaz curiosidad.

De carácter festivo y alegre, caía muchas veces en el estado opuesto, permaneciendo largos ratos, suspensa y ensimismada sin causa aparente para ello, lo que sus padres atribuían a caprichos de niña regalona y voluntariosa, sin sospechar que la conciencia de aquella niña encerraba arcanos, que asustarían si alguien pudiese descubrirlos.

Era más bien alta que baja. Su semblante fino y delicado, se ponía, a la menor emoción, rojo como la escarlata. Sus ojos eran expresivos y saltones; su boca de labios finos y su nariz correcta y afilada. Así era Rosaura Carlingue, cuyo busto iba tomando la plasticidad de la pubertad, al redondearse sus formas y al dibujarse sus contornos con gracia provocativa.

Su traje corto aún, dejaba apreciar algo de sus correctas formas, pues la pierna estaba modelada escultóricamente y su aristocrático pie, que calzaba un fino zapato, nada tenía que envidiar al de una andaluza. Vestía siempre con esa sencilla elegancia de las familias acomodadas que, aún para los trajes más insignificantes y sencillos, ocupan a las mejores modistas.

Con su elegante sombrerito, en el verano, y con su gorro ruso, en el invierno, salía a la calle entre pieles o tules, mirando provocativamente, sin sentir ese natural encogimiento que aparece al despuntar la pubertad, y tener que mostrar lo que antes no se tenía. Ella cruzaba las calles con desembarazo, sin importarle que la mirasen o no, y fijándose especialmente en todos los escaparates donde nada quedaba por fiscalizar.

En un colegio graduado que, cerca de su casa había, estaba recibiendo la educación, hacia dos años. Allí, entre la mezcla heterogénea de gustos y aficiones, de deseos y caprichos infantiles, oyendo extrañas frases que, en vano trataba, al principio, de descifrar; allí, con el contacto de niñas mayores y con el ejemplo de chicas atrevidas y soeces, empezó a experimentar desconocidos deseos, que la tenían meditabunda, parte del día.

Ella sentía, dentro de su organización, un algo que la avivaba, un algo que la dejaba entrever secretos misterios, a los que su curiosidad congénita la arrastraba, esperaba algo, en fin, que no podía definir y que ansiaba dar forma real.

En tal estado se mostraba distraída y displicente, más caprichosa y sujeta a bruscos cambios, que la perspicacia de la madre atribuía al desarrollo natural de la linda jovencita.

Desde las primeras confidencias en el colegio, se sentía recelosa. No podía estar sola. Por la noche, soñaba con espectros que querían destrozarla; se revolvía en el lecho; sudaba copiosamente, y, en medio de extraña congoja, se quedaba dormida, para, al levantarse, presentar en su rostro las señales acusadoras del insomnio y de la

Librodot

preocupación: un círculo morado orlaba sus párpados, sus mejillas palidecían como mustia flor a la cual le falta el rocío de la mañana; y, un cierto aire de simpática languidez, la ponía más provocativa.

Sostuvo una lucha heroica, con sus deberes, antes de acudir a la casa de la infame vieja Catalina; lucha que sostenía pujante su curiosidad y su afán por lo desconocido, y un cierto secreto impulso de audacia que la dominaba.

Su primera visita la dejó estupefacta. Aquellas revelaciones criminales de la arpía sonaron en su pecho cruelmente, haciendo encender de repente la llama de lo desconocido, que le mostraba una realidad vaga y confusa, que halagaba sus sentidos, con pasión. Ella sentía latir aceleradamente su corazón, y entre dudas y temores, esperanzas y deseos, tal vez deseaba la realización de aquellos torpes vaticinios tan criminales, como incendiarios, para el tierno corazón de una niña inocente, que empezó a latir al llamado de golpe tan rudo, como aviesamente asestado.

Desde aquella revelación, tomaron forma real sus afectos. De lleno entró en una fase de fingimiento, necesario para seguir adelante, y sin que nadie pudiera sospechar, sus sueños fantásticos.

La segunda visita a casa de la vieja Catalina, le hizo descubrir el terrible secreto. La sirviente Juliana, despidiendo fuego por las mejillas y en desorden su peinado, salió de una habitación seguida de un joven, con aire familiar y satisfecho. A la vista de la niña, la mucama quedó perpleja, tratando de explicar sencillamente el caso; pero, Rosaura, entró a la pieza, y pudo entonces observar allí las inequívocas señales de lo que había pasado.

No se dio por entendida, y así fueron repitiendo las visitas, hasta que un viejo se atrevió a besarla... Desde entonces, entre bromas y libertades, rechazos y concesiones se descorrió el velo que deseaba quitar su curiosidad, desapareciendo el púdico cendal de los catorce años, para que el oráculo no mintiera.

Desde aquel día, niña y sirviente, no se percataban, iniciando un período de desorden y locura, que fácilmente ocultaban a la familia con el pretexto de las penitencias unos días; visitas, otros, llamadas de amigas, las más veces, y siempre, guardando las convenientes reservas que exigían las circunstancias porque pasaban.

Al incentivo de sus años y de su hermosura, acudieron presurosos varios caballeros y jóvenes, que no vacilaban en comprar a peso de oro las primicias de aquella flor temprana, exuberante de aroma y lozanía; siendo aquella adquisición un inagotable manantial de dinero para la perversa vieja, que sabía explotar el filón.

Rosaura, educando el disimulo y el fingimiento, aparecía delante de sus padres como una niña angelical, llena de candor y de inocencia. ¡Bien ajenos estaban ellos de pensar que aquellas caricias que, tan frecuentemente les prodigaba, eran las mismas con que expresaba el fuego de su pasión, a viejos libertinos y jóvenes calaveras, que aspiraban con lasciva fruición el goce de sus encantos!

No sospechaba su cariñosa mamá al verla dormida, que, en vez de soñar con seres misteriosos, vagos e incoloros como los comprende la inocencia, estaba soñando con eróticas escenas de desenfreno y de lujuria y, que aquella sonrisa que dibujaban sus labios, no era hija del candor, sino del goce sensual libado entre la degradación y la orgía.

Por esto, cuando Rosaura iba a la casa de González, se encontraba fuera de su centro... Aquella seriedad estudiada y aquel encogimiento, le parecían a ella recursos para ocultar estados parecidos al suyo; y, hasta las caricias más nobles y puras que siempre la prodigaba don Ernesto, le parecían a ella que indicaban fuego y pasión. ¡A tal estado había llegado la extraviada niña!

XII. Miseria

Cerca de un año había transcurrido. Durante él, nuestros personajes siguieron el curso natural de sus inclinaciones, disfrutando de la vida, unos; maldiciendo de ella, otros; y, todos, impulsados por sus pasiones o temperamentos.

Mientras, don Celedonio Carlingue, se entregaba a su pasión erótica, don Ernesto González, seguía con paciencia y constancia su plan de destrucción y no cejaba hasta que los autores de su deshonra quedaran aniquilados.

María Luisa y Etelvina vagaban sin rumbo fijo, convertidas en objetos de placer, siendo de todos disputadas, y haciendo las delicias de la juventud alegre, que saboreaba sus encantos, cada vez menos apreciados.

Alfredo seguía en sus amorosas relaciones con Beatriz, formando proyectos para lo futuro y haciendo viajes frecuentes a la ciudad.

La vieja Catalina continuaba con el manejo de su casa, bien surtida con las jóvenes, y atesorando un capital que escondía como un avaro; Misia Cantalicia, en sus traidores manejos; doña Rosario, absorta al considerar que consentía las faltas de la hija, de las que vivían ella y sus hijos; y, por último, Enriqueta, que no pudo hacer menos de aceptar la nueva vida de su hija Etelvina, se encontró en la miseria, desde el momento en que le faltó la salud.

Estanislao Roque andaba a salto de mata, escondiéndose para no caer en manos de la autoridad.

Subiendo por la calle de Córdoba, en el recodo que forma la desviación, poco después de pasar el Hospital de Clínicas, y, antes de subir la cuesta del despoblado, se ve, a mano derecha, un miserable rancho de barro, con techo de paja y algunos pedazos de zinc acanalado, que sirven para tapar los destrozos que han causado los ratones y el tiempo.

Este rancho, que representa el último estertor de la época pasada, tiene una mala puerta, con un ventanillo que tapa un sucio vidrio; cerca un pozo de balde con el brocal de ladrillo, a retazos desmoronado; y un reducido cercado de tunas y cañas secas, por donde haraganea un flaco perro, que es el terror de las cocinas cercanas.

Estos ranchos, extrañas viviendas, formaron en su tiempo la morada del criollo pure sang , y que a medida de irse ensanchando la población, plantando palacios y elegantes construcciones, ellos también cediendo el puesto, se arrastraban hacia los suburbios, escondiéndose en los huecos y rincones, como avergonzados de su pobreza y extraña vestimenta. Unos morían flacos y extenuados, sin oponer bajo el peso de los años y sin exhalar queja alguna, como comprendiendo la ley inevitable de las sustituciones.

Pero, en cambio, otros ranchos acostumbrados a la salvaje independencia que les presta su aire y su cielo, sus costumbres y su historia, fenecían, es cierto, pero heroicamente, desafiando con ánimo esforzado los traidores que querían asesinarlos a mansalva.

Ellos veían, con ánimo sereno y sin desmayar, las grandes pilas de cortado ladrillo, los montones de cal y arena, con que los cercaban. Ni siquiera se estremecían. Al penetrar en sus cercados las palas haciendo profundos surcos para implantar los cimientos de la intrusa construcción moderna, permanecían de pie y erguidos como Espartanos, viendo entrar por sus bajas puertas a extraños personajes, cuya lengua no entendían, y cuyos usos y prácticas les llamaban extraordinariamente su atención.

No se avenían con aquella mezcolanza y clamaban al cielo llenos de coraje, protestando de tamaño atropello y despojo.

Echaban de menos el aroma delicado del clásico mate , no oían el bullir constante de la pava , no percibían los melancólicos ecos de la guitarra, ni escuchaban la plañidera voz del hijo de la pampa al cantar sus penas y sus alegrías. En cambio, sus paredes eran profanadas con el polvo de la cal, no entendían el napolitano, y por eso no los increpaba, porque les mortificaban sobremanera la extraña entonación de aquellos hombres.

No veían más que galleta dura, mendrugos de pan y queso nauseabundo, sin tener siquiera el consuelo de oler una mazamorra, ni vislumbrar un pedazo de charqui . Aquellos hombres entraban a cada rato, apurando el agua del balde. Más tarde, se sentaban en rueda para engullir la galleta y el queso; luego, se tendían cuan largos eran, y, sus exóticos ronquidos, los hacían estremecer de rabia y de coraje.

Luego salían aquellos hombres otra vez a cercarlos con ladrillo y más cal, practicando un hondo foso como para que el pobre rancho no pudiera escaparse, y, por último, cada ocho días lo profanaban escandalosamente llenándolo de extraño olor de polenta y sopa de fideos, sirviendo sus paredes exteriores para recibir el choque de sus excreciones fuertemente amoniacales, y ante esta afrenta, ante este ultraje el rancho lloraba de rabia, gemía y pedía a gritos la muerte antes de presenciar tamaño insulto, y a fuerza de lágrimas y ruegos, sin duda el cielo se apiadó de él; pero castigando cruelmente su soberbia.

Se principió a usar un procedimiento inquisitorial, que debía pertenecer solamente al dominio de la historia. Intentaron decapitarlo al verlo tan altivo, y al poner sus sacrílegas manos sobre su augusta cabeza, no tardaron en saltar a defenderlo las nidadas de ratones, indignados ante tan brusca como criminal acometida, lo que hizo suspender la ejecución e inventar el antiguo tormento de los Dominicos: el fuego. Se ensañaron primero, arrancándole la puerta y una ventana, le sacaron dos vigas, y cuando ya estaba, si entrega o no su alma al creador, le prendieron fuego como si se hubiera tratado de algún hereje, cuyas llamas sirvieron de calor a aquellos extraños personajes todos sucios y mal hablados, que manifestaban su gozo al ver destruirse una sagrada reliquia de pasados tiempos, que intentaba oponerse al progreso del siglo.

En el rancho de la calle de Córdoba había tomado Estanislao Roque algunos mates, y, sobre el cofrecillo, se había sentado doña Catalina en sus continuas visitas, hasta conseguir a toda hora con el consentimiento tácito de la madre, que ahora estaba enclavada en la sucia cama y falta de socorro humano.

Enriqueta fue recorriendo el vía-crucis de su carrera aventurera. Mimada en su juventud por sus formas y alegre carácter, descendió al encontrarse con los retoños, fruto de sus correrías, sin poder adivinar exactamente la paternidad de ellas. Vagó por algún tiempo antes de que se acabaran sus atractivos, unas veces en poder de un pobre empleado, otras en manos de un gastado viejo o joven imberbe, viendo llegar poco a poco el tiempo que se llevaba a jirones los restos de su frescura y de sus encantos.

Difíciles para ella los medios de vida, corrió desde el cuarto decentemente amueblado hasta la casa de inquilinato, con su catre y su baúl, dando tumbos y tropezones, encumbrándose momentáneamente a la casita de un cualquiera, de la que pronto salía para caer en un miserable cuartucho sin sol y sin luz; para venir, por último, a parar al rancho de la calle de Córdoba, donde en un tiempo correteaban dos crecidos muchachos llenos de mugre, descalzos y en camisita casi siempre, que jugaban a los albañiles con los guijarros y medios ladrillos que sacaban del brocal del pozo. Con el agua del balde, llenaban una represa y, cuando todo estaba dispuesto para recibir el contenido del pequeño canal, abrían la compuerta, que era un medio ladrillo, y el agua describiendo unas curvas llegaba al pocito de la mezcla, donde revolvían la tierra pegajosa como si estuvieran haciendo la masa para el revoque. Allí se llenaban las

manos de barro y revocaban con aquel pringue un tapial de cañas que más tarde el perro destruía, por lo general, al tenderse para tomar el sol.

Hacía dos meses que Enriqueta no podía levantarse de la cama. Las ropas que la cubrían estaban casi en estado de putrefacción, porque los sudores habían sido profusos al principio de la enfermedad. El desastrado colchón dejaba caer los pelotones de lana y sólo dos cueros de oveja resistían al destrozo, y eran los únicos guiñapos que la proporcionaban abrigo a la enferma.

En aquel catre, exhalaba tristes y lastimeros quejidos la desgraciada enferma, víctima de una dolencia que le había producido su vida extraviada. El cáncer la había hecho su presa, produciéndole agudísimos dolores que, poco a poco, iban acabando con aquella gastada organización; flaca y extenuada por los continuos padecimientos, veía acercarse la hora fatal, temblando por su hija Etelvina a quien sólo veía por la noche al traerle algo de alimento. De sus hijos, en poder del ministerio de menores, apenas se acordaba; al separarlos de ella tan cruel como inhumanamente, le destrozaron su cariño, haciendo cuenta que los había perdido.

Algunas veces solían ir, de vez en cuando, a visitar a la enferma; pero, como escaseaba el mate y sobraban las emanaciones pútridas en el miserable rancho, éstas eran cada día más escasas, y la pobre enferma permanecía casi todo el día en muda y triste contemplación, hasta que llegaba el jueves, día en que la visitaba el médico de la sociedad filantrópica.

Este estaba acelerado, escuchaba de pie las quejas de la enferma, le tomaba el pulso, le hacía sacar la lengua, le preguntaba si cedían los dolores, si había orinado y, después de interrumpir varias veces el relato de la paciente, sacaba una jeringuita y le hacía una inyección hipodérmica, que le proporcionaba un bienestar de tres o cuatro horas, y, con la misma precipitación, volvía a salir creyendo haber llenado su misión.

¡Desgraciados enfermos que esperáis el auxilio médico en vuestros tugurios...! ¡Ni siquiera os podréis quejar...! ¡Ni siquiera podréis confiar al médico vuestras penas...! ¡Este no tiene tiempo de escucharos y las más veces... hasta se inquieta si alguien ve su carruaje a la puerta de vuestras viviendas...! ¡Ya no son muy contados los que tienen el orgullo de ser médicos de pobres...!

¡Pobres enfermos vergonzantes o aprensivos que preferís el humilde techo de vuestra piecita a la espaciosa sala del hospital...! ¡Hasta vosotros no llegará ya el auxilio de la medicina, antes pródiga y tan solícita, hoy tan mezquina y tan avara...!

Se sabe que existen médicos seccionales, y que las sociedades caritativas los tienen también para aliviar la desgracia allí donde se encuentre; pero también se sabe, que ese auxilio, cuando se lleva, es él incompleto, no reviste el elevado carácter que las benéficas instituciones han pensado en concederle.

¡Pobres enfermos vergonzantes...! ¡Pobres los que tenéis horror al hospital y esperáis los auxilios en vuestros hogares...!

Enriqueta se sentía desfallecer. Los dolores la trastornaban. Hacía más de treinta horas que Etelvina no había aparecido por allí. La pobre enferma, abrasada por la fiebre, desfallecía de necesidad; en lo más amargo de su aflicción se encontraba la desdichada cuando oyó detenerse un carruaje cerca del rancho.

De la misma manera que los pajarillos abandonados en su nido se revuelven con júbilo y elevan el pico con avidez al sentir el aleteo de la madre, que viene para arrullarlos trayéndoles el sustento diario, así la enferma al oír el ruido de la portezuela, se reanimó y cobró la esperanza con la llegada del médico, que para ella era el momento sublime en medio de su miseria y aflictivo estado.

-¡Gracias, señor doctor...! -balbuceaba, conmovida al verlo entrar.

-¿Cómo va? -preguntaba el médico acercándose a la cama.

-¡Muy mal, señor! ¡muy mal...! Estoy...

-¿Hay muchos dolores?

-¡Muchos, señor doctor...! ¡atroces...! ¡No me dejan un momento de descanso, no puedo sosegar ni un minuto...! ¡Yo me acabo, señor...! Yo...

-¡Bueno! ¡bueno! Ahora se va a calmar con la inyección, -decía el doctor, sacando el estuche de la jeringuita.

-Mire, señor; desde hace tres días se me ha puesto un dolor en el vacío que no me deja...

-A ver la lengua...

-¡Este dolor no me deja sosegar, señor doctor...!

-A ver la lengua... ¡Ahora lo calmaremos! ¿Tiene todavía de la bebida? -preguntaba, echando un vistazo a la rinconera donde estaban colocados los frascos.

-¡Mire, señor, la sed es insaciable! Ya ve usted, ¡tengo el jarro vacío...! ¡Lo que tomo lo devuelvo enseguida...! Dígame, señor doctor, dígame por caridad... ¿voy a mejorarme?

-¡Ya le he dicho, que lo mejor sería que usted fuera al hospital...! Allí tendría usted de todo, no carecería de asistencia, estaría usted...

-¿Al hospital...? No señor...Me moriría al entrar en él...¡Ya se va, señor doctor! ¿Cuándo va a venir? -preguntaba con ansia la pobre enferma.

-El jueves.

-¿Sigo tomando la bebida? ¿Y en el vacío qué me pongo?

-Póngase el aceite... -contestaba desde la puerta sin volver la cabeza y saliendo precipitadamente.

Enriqueta quedó aliviada de sus dolores. Triste al contemplar su abandono, exhaló unos cuantos suspiros y empezó a sentir los efectos de la morfina, cayendo en un sopor grato que mucho se parecía al sueño reparador.

Al salir del letargo y al abrir los ojos, vio sentada sobre el baúl a Etelvina, sumida en profunda cavilación.

-¡Mala hija...! -le recriminaba la enferma, con voz desfallecida- ¿Tienes valor para presentarte después de dos noches...?

-¡Bueno, bueno...! ¡Ya estamos de sermón! -contestaba la joven, con gesto adusto y agrias maneras.

-¡Ninguna hija haría esto...! Verme morir aquí, en este desamparo, alejada de Dios y de los hombres... y tener una hija que la abandone también... Jesús... Dios... -sollozaba la enferma quejumbrosamente.

-¡Como no es tan agradable que digamos el venir aquí...! Siempre el reto por delante, tratándome de mala hija, de perdida, de no sé qué más... Para esto más vale no aportar, y en paz -decía la perdida joven, con marcado disgusto-. ¡Siempre quejándose... y siempre que la abandonan; y, si está así, es por capricho, porque usted quiere, pues ya hacía tiempo que debía estar en el hospital!

-¡Calla, calla! ¡Infame, perdida...!

-Siga, siga... que ya estoy acostumbrada. ¡A usted en diciéndole una verdad sale con lo mismo de siempre...!

-¡Calla...! -decía la enferma coléricamente, al observar el despego de la hija.

-Sí, más vale callarse... Aquí tiene esto -decía, dejando encima de la cama unos billetes sucios, por valor de un nacional-. Y le advierto que voy a dar parte a la comisaría para que la lleven al hospital.

-¡Infame!

-Sí, señora, lo que usted quiera; pero yo no puedo consentir que usted se pudra aquí, cuando en el hospital puede curarse y en él no carecer de nada.

La enferma increpaba duramente a la joven, y ésta, sin hacer caso de amenazas ni insultos, salió del rancho dejando a la madre en la más cruel desesperación.

XIII. Estocada a fondo

Manuel Tarabilla era un joven del high life de Buenos Aires, hijo único y de familia acomodada. No tenía más ocupación que levantarse a las once. Después de haber tomado té, almorzar, salir en la americana y dar vueltas hasta las cuatro; bajarse en la calle Florida y pasarse allí hasta las seis; comer en la Rotisserie o en el café de París, y no faltar a las ocho a la confitería del Aguila, o frente al bazar de Burgos o en la cigarrería de Chacón. Allí ver el desfile de la sociedad porteña, o cuando no, parado en la puerta del Club del Progreso, antes de ir a Colón, para caer al Club , silbando algún aire de la partitura, donde permanecía, si no tenía compromiso bailable , hasta las dos o tres de la mañana jugando y comiendo, como mandan nuestras santas madres la moda, la rutina y la majadería.

Atolondrado y distraído hasta en el juego, sólo ponía cuidado en arreglarse bien, y cansar a Fabre con sus trajes, a Manigot con sus guantes y a Bernasconi con su calzado.

En todo recibo, baile, casamiento, paseo, carrera o diversión pública, se lo encontraba en primera fila. Era como el indispensable adorno del público porteño; y, se puede asegurar que su ausencia, hubiera producido un claro difícil de llenar y en el que todos habrían reparado en el acto.

Buenos Aires se quedaba sin él por dos meses, durante los cuales hacía la misma vida en Montevideo, encontrándose invariablemente en los Pocitos o en la Playa de Ramírez, siguiendo a la sociedad porteña, de la que formaba parte indisgregable y apegado a ella como lo hace el musgo con la roca, la hiedra con el árbol que aprisiona, en ella vive, y en ella ha de morir indefectiblemente.

Mariposa de los jardines del Plata, libaba en los pétalos de todas la flores de sus parterres sin detenerse en ninguna, y vagando de aquí para allí sin rumbo fijo, andando en todos los círculos, libre como el cóndor de los Andes y suelto como la gama de la pampa, sin caer en vallas ni cercados.

Conocido de todo el mundo por su constante exhibición, tenía numerosas relaciones, superficiales las más. Una de éstas era la de Alfredo Carlingue, que a su llegada de la estancia, lo ponía al corriente de los asuntos escandalosos y al cabo de la oscilación de la plaza conquistable. Con él trataban asuntos de modistas y costureras, viudas y gente fácil, y con él también corrían juntos algunas aventuras, ayudados por la vieja Catalina que los mimaba y tenía en grande estima.

Habían transcurrido dos meses sin que Alfredo hubiera venido a Buenos Aires. Juntos se encontraban Tarabilla y Alfredo una noche parados en la puerta del Club del Progreso, donde habían comido, viendo pasar a las niñas desconocidas que desplegaban todo el arsenal de sus encantos, con algo de abultamiento.

La luna iba ascendiendo paso a paso, derramando majestuosamente poética claridad por la calle Victoria. En la tienda del Progreso, entraban y salían grupos de bellas jóvenes y mamás en busca de tul, del encaje o simplemente por mera curiosidad. Los landós cruzaban por la calle del Perú, los caballeros y los elegantes jovencitos cubriendo los marcos de las puertas, y obstruyendo las veredas y entradas de los bazares, fiscalizaban con insolencia el tránsito del bello sexo, que se escurría por Florida hasta Perú, o seguían por Victoria. Frente a la librería de Escary, se agolpaban los curiosos viendo unas ilustraciones y cromos, obligando a los paseantes a bajarse a la calle para poder cruzar. Entre las muchas familias que tenían este tropiezo por delante, una de ellas era la de don Ernesto González López. Al aparecer las de González, severas y cabizbajas como siempre, Manuel llamó con el codo la atención de Alfredo, que estaba observando una familia que se hallaba parada frente a la Platería de la esquina.

La familia de don Ernesto pasó, mientras los jóvenes, sombrero en mano, las saludaban respetuosamente.

-¿Has conocido tú, en vida, tipos tan raros como esos? -exclamó Manuel, sin poderse contener-. ¡Desde que las vi, por primera vez, las clasifiqué de tipos raros y nunca conocidos en Buenos Aires...!

-Son así... -contestaba Alfredo, con indiferencia y disgusto al oír tratar mal a la familia de González.

-¡Qué han de ser así...! Son hipócritas y retobadas , con sus muchos ribetes de orgullo...

-¡No creas, Manuel! No tienen orgullo... Es debido ese aire a su carácter retraído.

-¡Cómo no hombre...! ¿Comprendes tú a unas señoritas que estén siempre con cara de Viernes Santo, mirando al suelo como novicias trapenses y haciendo el papelón de siempre...? Es orgullo y nada más que orgullo. Y bien poco se las conoce, que deben tener siempre presente el aparecer humildes y no darse tono, porque... según las malas lenguas... no es oro todo lo que reluce.

-¡Cómo, Manuel...! -exclamó Alfredo estupefacto, que había escuchado atónito la charla mordaz del compañero.

-Nada, sino que allá, en su provincia, demasiados conocidos son... -seguía diciendo el atolondrado joven, sin observar el efecto que iban produciendo sus incisivas frases-. ¡Por eso vinieron aquí, creyendo sin duda, que nadie habría de saber sus...!

-¡Mira lo que dices, Manuel! -interrumpía Alfredo, sin poder contener la indignación que tales conceptos le producían-. ¡Mide tus palabras, Manuel...!

-¡Vaya...! ¡Déjate de pavadas ...! -seguía imperturbable el atolondrado joven-. Hace algunos años -proseguía, bajando la voz y acercando la boca al oído de Alfredo- dieron mucho que hablar, según se dijo muy ocultamente por aquí...

-¡Eso es una infamia...! ¡Es una infame calumnia...! -decía fuera de sí Carlingue, dispuesto a lanzarse sobre el soez difamador y hacerle retractarse, en el acto, de sus reticencias y frases injuriosas.

-Cuando el río suena... agua lleva, Alfredo... Se dijo algo de esto... un gran escándalo que metió mucho ruido y trascendió algo hasta nosotros, si bien ocultamente y sin muchos detalles... Pregunta a la vieja Catalina que sabe la historia... ¡y verás quiénes son las graves y beatas niñas de González...! ¿Pero chico, qué es eso? -preguntaba Manuel, al fijarse en la palidez de Alfredo-. ¿Estás indispuesto?

-No, no es nada... -contestaba balbuceando Carlingue-. ¿Conque, tienen historia? ¿Conque...?

-¡Pero, Alfredo...! ¿Qué tienes...?

-¡Mientes como un bellaco...! -gritó con rabia y en ademán de estrangularlo.

-¡Alfredo...! ¡Hombre...! ¿Qué diablos te ha dado? -decía Manuel, hurtando el cuerpo a los puños de su amigo-. ¡Vaya, hombre! ¡Pues no lo tomas tú con calor, que digamos...! Pero a ti, ¿qué te va en la parada ...?

-Mucho, mucho me importa y, tanto... que ¡prometo arrancarte la lengua, si no rectificas tus juicios inmediatamente...! -seguía diciendo cada vez más exaltado y con ánimo de abofetearle.

-¡Yo no digo nada, sino lo que sabe todo el mundo...!

Tarabilla no pudo acabar la frase, porque la mano de Alfredo cayó pesadamente sobre su mejilla izquierda...

Manuel, al verse acometido tan rudamente, hacía uso del bastón acometiéndolo por su parte, y trenzándose con Alfredo a puño cerrado cuando el bastón se hizo añicos.

Un numeroso grupo de amigos intervino, logrando, al fin, separarlos, en medio del escándalo consiguiente en sitio tan visible y tan concurrido a tales horas. Los contrincantes, sofocados por la lucha y en desorden los trajes, se amenazaban con furia,

deseosos de irse otra vez a las manos y calmar de aquella manera la rabia que rugía en sus pechos.

A instancias de algunas personas respetables, entraron al Club, donde, al poco rato, tomaron intervención en el asunto unos amigos, a fin de darle una solución decorosa, cual convenía a los protagonistas de aquella escena.

Librodot

XIV. Preparación

Don Celedonio Carlingue había determinado comer aquella tarde en el café de París. Temprano había recibido la carta dirigida a Demetrio López, que era él, en la que se le anunciaba una cosa delicada, digna de él, y aun de un rey. Gozoso con la noticia, avisó en su casa que comía fuera. Iba a acompañar a un antiguo amigo, con quien tenía necesidad de arreglar cuentas en reserva y confianza.

Ufano, paseó durante la tarde con cara complacida y risueña, henchido de gozo y rebosando satisfacción; parando a los amigos con quienes chacoteaba locuazmente, como empleado que recibe los sueldos atrasados. Anduvo de una a otra parte para hacer tiempo, hasta que después de invitar a un conocido para que lo acompañara, juntos se dirigieron al café de París, dispuestos a poner a prueba la paciencia del cocinero, con los extras .

La mayor parte de las mesas estaban ocupadas con gente distinguida y alguno que otro forastero, conocido a la legua por el modo de tomar el cubierto, por comer pulcramente a cuchillo corrido , por el modo de cortar el pan, por el modo de pedir, y, en una palabra, por los mil detalles peculiares del que pretende aparecer fino y pulcro, sin tener costumbre de serlo.

La vidriera central ostentaba precoces frutas, tan lozanas como apetitosas, traídas de los trópicos y de los mercados europeos; mariscos diversos llamaban la atención, en particular unas rojas langostas que avanzaban sus antenas hacia una mesa próxima; gordos salmones tenidos en trozos de hielo excitaban el apetito; y, en los estrechos estantes, se podía ver una variedad confortable que costaban los ojos de la cara .

Los mozos andaban solícitos sirviendo las mesas al conducir las plateadas bandejitas con ese chic especial del Café de París, sin que se atropellaran ni gritaran tabernariamente, como en otras partes lo hacen al pedir los platos.

Al aparecer Carlingue y su compañero en el salón, acudió inmediatamente el mozo Ramón, brindándoles una mesa con dos asientos y colocando la cárte de vinos encima de la servilleta.

Don Celedonio, colgaba el sombrero en una percha, mientras el acompañante tomaba posiciones, y el mozo, serio y humilde, esperaba las órdenes para servirles a la minuta .

-Vino del Rin y jamón trufado con gelatina. ¿No le parece que será excelente para abrir el apetito? -preguntaba Carlingue a su acompañante, mientras repasaba el cubierto con la servilleta.

-Perfectamente, señor... -contestaba el mozo.

-Ramón... che Ramón... Dile al cocinero que nos prepare el salmón como a mí me gusta. Esperá, che,... y que aderece una langosta... Pero adviértele tú, que la cargue bien de pimienta y vainilla. Esto es lo mejor que se conoce aquí... -proseguía diciendo con satisfacción-. Las langostas son exquisitas y para los viejos como yo... doblemente necesarias...¿No le parece?

-La langosta es plato apetitoso; pero, usted, no puede decir con justicia que le es necesaria... Usted no puede contarse en la categoría de viejo -decía, por adularlo, el compañero, sabiendo los cumplidos que se deben a todo anfitrión.

-Sí, amigo, sí... Yo no me hago ilusiones... Ya vamos barranca abajo... Y si no se aprovecha el tiempo que queda... adiós vida... Principiarán a notarse las goteras, como en toda casa vieja, y dentro de poco no serviremos más que para ser insolentes y descarados, y decir cuentos a los muchachos....

-Vaya, vaya... don Celedonio, usted no está en ese caso...

-¡Claro que no estoy en ese caso! Pero, como le digo a usted, pronto lo estaré. Por eso digo que es necesario aprovechar el tiempo ... Che, Ramón, esta gelatina no es fresca...

-Señor...

-Que esta gelatina no es fresca... Llévala y trae gelatina hecha hoy...

-Pero, señor, si...

-Haz lo que digo y déjate de excusas... Pronto, Ramón, porque tenemos apetito...

El mozo retiró los fiambres y trajo otros, que empezaron a formar el prólogo de la comida.

Carlingue comía con voracidad y su compañero no le iba en zaga.

-¡Pero, amigo! -decía don Celedonio, después de apurar una copa de helado líquido-. ¿Qué se ha hecho de Etelvina, que no se la ve en ninguna parte? Habrá encontrado acomodo con algún Otelo...?

-No hará ni cuatro días que la vi en casa de doña Marta, de aquella vieja...

-Sí, sí...

-Pues, allí estaba loqueando en regla, y creo que se retiró con el coronel Forti, si mal no recuerdo. Desde ese día no la he visto, y, es extraño, porque, casi todos, da su pasadita por la esquina de Perú y Victoria, a las ocho...

-¿Usted, conoció a la madre? -preguntaba Carlingue, al tiempo que, con un palillo, se sacaba un pedazo de salmón de las últimas muelas.

-¡Cómo no...!

-¡Mire que era buena moza...! ¿eh...? Ya la pobre, me dicen, que está arruinada, llena de chiquillos... ¡y medio enferma con la vida que le da un quídam que tiene en casa...! Pues, como le digo; yo la conocí no hace mucho tiempo... Si, porque Enriqueta ya estaba, según dicen, algo decaída; pero todavía daba su vistazo. Cuando ella estuvo en todo su auge, yo me encontraba ligado a los negocios y no sabía, en aquel tiempo, que existiese otro mundo que mis asuntos mercantiles... Etelvina es buena muchacha, fresca y desenvuelta; pero le falta todavía un no sé qué...

-Es muy joven, aún... No ha tenido tiempo de pulirse... Recién sale del cascarón... Criada de mala manera, no puede tener modales... ¡Demasiado hace...demasiado...!

-Es cierto. Tal vez sea eso... ¡Che, Ramón, danos Madera! Y ¿qué novedades tenemos por ahí? -volvía a preguntar Carlingue, bastante animado.

¿Que yo sepa don Celedonio...? Lo de siempre: poca cosa... ¡Usted ha de estar mejor enterado...!

-¡Pichs...! ¡Hace tiempo que no vemos algo notable! ¿Se fue la Carolini?

-No, señor. Está en Flores... El amigo Fornaro la tiene en una quinta, donde pasan su luna de miel, regando las plantas, bebiendo leche recién ordeñada, cazando mariposas y montando en los petisos al anochecer... ¡Debe ser curioso el verlos...!

-¿De veras...?

-Como usted lo oye... -afirmó el acompañante.

Los platos se iban sucediendo y las botellas quedaban vacías. Después de apurar tres copas de Chartreuse y de encender un habano, empezaron a saborear el aromático café entre carraspeos y metidas de palillo por los intersticios dentarios, siguiendo una conversación especial de preguntas y respuestas a cual más original y versando, en su mayor parte, sobre asuntos genésicos.

Pasado un rato, en que los platillos del café iban quedando llenos de ceniza, formando una masa medio negra, se levantaran de los asientos, rojas las orejas, inyectados los ojos, encendidas las mejillas y pesadas las cabezas.

Don Celedonio, esperó el carruaje de plaza que había mandado buscar, y su acompañante despidiendo grandes bocanadas de perfumado humo, salió en dirección a la calle Florida, para hacer el obligado plantón de todas las noches, antes de irse al Club.

Carlingue, antes de entrar en el coupé , dio al cochero misteriosamente una dirección, y el carruaje partió con rumbo al norte. El que iba dentro no cabía en sí, de puro contento y satisfacción. Se dirigía a la cita, bien provisto y preparado; y, de antemano, empezaba a saborear las gratas impresiones que se prometía, pasados breves momentos.

Tal era la disposición de su ánimo, que de seguro hubiera dado generosamente a cualquiera la mitad del dinero que llevaba encima; no hubiese podido negar nada; en una palabra, ¡se encontraba en el período poético de la ternera!

Entre los barquinazos del carruaje y las bocanadas de su cigarro, miraba risueño el paso de graciosas jovencitas, que a él le parecían sílfides, observadas a través del vidrio de la portezuela. Cuando hubo llegado al sitio designado, descendió para caminar a pie el corto trecho que lo separaba de la casa de doña Catalina.

Librodot

XV. Dudas y cavilaciones

Alfredo había quedado en un estado lamentable de tristeza y melancolía, después del incidente con Manuel Taravilla. Enemigo del escándalo, no se atrevía a presentarse en público, creyendo que todos lo iban a señalar con el dedo, y receloso de que se hubiera traslucido el motivo de la reyerta.

Los encargados de arreglar la cuestión, respetando los motivos del lance, no encontraban causa para duelo, pues las ofensas habían sido mutuas, lavadas a mojicones y bastonazos, en plena calle. Así es que quedó terminado el asunto, sin ulteriores consecuencias, si se exceptúan los comentarios de la prensa que, con sólo las iniciales de los contrincantes, refirió lo sucedido y anunciaba un duelo a primera sangre.

Alfredo tenía enclavada la espina de la duda en su corazón, pues ¡no en balde se vierte la calumnia...! Quería rechazar las sospechas; quería convencerse de que todo era mentira y envidia; pero no lo conseguía, ni encontraba la calma que tanto precisaba su abatido espíritu.

Aceleró el viaje a la estancia, para correr en busca de sosiego, sin que nadie pudiera penetrar el estado de su alma, y ver si con la distancia, si con el alejamiento, desterraba las crueles sospechas que lo tenían tan mortificado.

La noche en que fue a despedirse de la familia de González, encontró a Beatriz expansiva como nunca, risueña y hermosa, y con un aire tal de candor, que consiguió apagar todos sus escrúpulos, entregándose confiado a la elaboración de los proyectos futuros, que hacían los dos jóvenes en sus ratos de amante expansión.

El le proponía vivir un año en la estancia alejados del mundo, separados de los mortales, y, por completo, entregados al goce de su mutuo amor. Beatriz callaba y asentía con júbilo a las proposiciones amantes del joven. En estos proyectos, pasaron todo el tiempo de la visita, hasta llegar la hora de retirarse.

Al salir a la calle y respirar otra vez la atmósfera libre de la ciudad, y alejado del objeto que lo había fascinado tanto, se acordó que no había indagado nada de lo que allí lo llevó, y la duda empezó poco a poco a tomar su cuerpo primitivo, haciéndole pensar y cavilar por toda la noche.

Una vez en la estancia, donde él creía hallar el sosiego que tanto apetecía, se encontraba transformado por completo en otra individualidad, permanecía largas horas en su despacho alejado y como un autómata, sin tener acción para moverse del sillón; no iba al rodeo que era toda su alegría antes, ni salía a los corrales, ni siquiera mandaba ensillar su brioso Mala-cara . El ñato , un perro precioso que le tenía gran cariño, y que, cuando él venía para Buenos Aires, se quedaba el pobre animal aullando lastimeramente todo el día, había recibido dos bestiales puntapiés, al venir como siempre a lamerle las manos y saltarle cariñosamente. El pobre perro, al ver un recibimiento tan intempestivo, se acurrucó en un rincón del escritorio y clavando la vista en el patrón, y dispuesto a saltarle para recibir las caricias de costumbre, cuando notase el menor signo de benevolencia. El perro meneaba la cola y quería levantarse, empezaba a gruñir de alegría, pero el gesto de Alfredo lo detenía y quedaba rendido y quieto el fiel animal.

Los peones extrañaban mucho el estado del patrón. Al observarlo tan pensativo y mal humorado, como jamás lo habían visto, andaban diligentes de uno a otro lado, evitando la ocasión y el motivo de darle un desagrado, no dejando ni una huasca por el suelo, y sin dejar oír los acordes de la guitarra en la cocina.

Ni la poesía del campo, ni los encantos de la naturaleza toda, podían distraer al joven. Cada vez dudaba más y se encontraba más en disposición de creer las injuriosas palabras que sonaron en sus oídos. Por repetidas veces se dispuso a escribirle mil

desatinos, y otras tantas hizo añicos el papel con la mayor desesperación. No comía, no dormía, y en su rostro aparecían las señales del fastidio y del penar.

-¡No es posible que sea verdad...! -pensaba, dando un hondo suspiro-. Esa familia es la honradez personificada. Y, respecto a sus hijas, nadie les ha conocido relaciones, ni preferencias... Es la envidia -decía con animado acento-; ¡el despecho tal vez de haber sufrido un desaire...! Luego... -seguía cavilando, con los ojos cerrados-, ¡papá los conoce de muchos años, y jamás ha dicho ninguna cosa que pudiera afectar, en lo más mínimo, su reputación y buenas costumbres...! Y, además -exclamaba convencido de lo que decía-, nos hubiera prohibido ir a aquella casa.

Pero, ¡Dios mío! ¿será verdad? -se preguntaba agarrándose la cabeza con entre ambas manos, y sacudiéndola, como pretendiendo arrancar de allí sus sospechas.

¡Aquel infame dijo que doña Catalina conocía la historia...! ¡y sandio de mí, que no he visto a la vieja...!

Alfredo, desde que se acordó de doña Catalina, no sosegaba, estaba inquieto, quería escribirle; pero, pensó cuerdamente, que su carta no podía obtener contestación, y pensó que lo más seguro y correcto era volverse a Buenos Aires y con maña interrogar a la vieja, para saber a qué atenerse y tomar una resolución definitiva.

Hizo sus aprestos de viaje y cambió el carácter. El ñato que no le perdía ojo, tan pronto como vio desarrugarse la frente del patrón y abandonar el ceño adusto, empezó a menear la cola y gruñir de deseos, se acercó agachando el lomo para acariciarlo, y allí fueron los extremos del pobre animal, entrando y saliendo como loco, haciendo cabriolas de contento, saltando, lamiendo y ladrando cariñosamente alrededor de Alfredo, que no fue insensible a la ternura del animal.

Los peones respiraron, y el malambo y la relación duraron aquel día, en la cocina, hasta bien entrada la noche.

Cuando el joven llegó a Buenos Aires, había retemplado su ánimo, decidido a salir de una vez de tan cruel incertidumbre, y sosegado para tomar una resolución definitiva.

XVI. Tableau

A Rosaura, la hija de los Carlingue, la había pedido una familia conocida para que comiera con ella, por celebrarse el santo de una amiguita de colegio, con quien jugaba frecuentemente. Antes del anochecer, salió la niña acompañada de la mucama Juliana que iba a dejarla allí; pero, en lugar de quedarse a comer encontraron una excusa, y, a los pocos momentos, la hizo subir en un carruaje, bajas las cortinillas; y, el vehículo, tomó la dirección de la casa de la infame vieja Catalina, donde ya era esperada hacía rato.

Manuel Tarabilla aguardaba en la primera pieza, impaciente por la tardanza, y no muy seguro de obtener lo que le habían prometido con tanta ponderación, aunque sin decirle quién era ni cómo se llamaba.

-Esperaré un cuarto de hora más -decía a la vieja, sacando el reloj.

-Ahorita no más llega... Es algo... ¡que no se encuentra a todas horas! -exclamaba la vieja con aire de importancia, tratando de distraer la impaciencia del joven.

-Si hoy también me chasquea ... ¡soy capaz de cometer un atropello y armarle un escándalo! -decía en son de amenaza.

-¡Valiente...! espere no más un momento, que antes de cinco minutos está aquí.

Al oír parar un carruaje cerca de la puerta de calle, Manuel se restregó las manos con fuerza, y la vieja salió corriendo y cerró tras sí la puerta para recibir a la joven.

Después de un rato de espera, volvió a entrar como siempre misteriosamente y sin hacer ruido al caminar.

-Es un señor, amigo, que ha llegado. Ahora no más caerá la chica...

-¿Entonces, no era ella? -decía malhumorado el joven, y presintiendo que le estaban chasqueando otra vez.

-Tenga paciencia, espere otro momento... que no ha de tardar en llegar, yo se lo aseguro... Con su permiso, voy a la otra pieza, hasta que llegue...

La vieja volvió a abrir con toda precaución la puerta, y se dirigió a la otra pieza donde estaba don Celedonio Carlingue, que era el recién entrado.

-¿Y...? -preguntaba con misterio, creyendo que la chica estaba ya en la habitación contigua a la que había salido doña Catalina.

-Tiene que esperarse un rato, pronto ha de llegar porque como estas niñas de familia tienen que aprovechar la oportunidad... algunas veces tardan algo; pero no importa, porque lo de hoy es... lo mejorcito que puede conseguirse en Buenos Aires.

-¡Bueno, bueno...! Me he adelantado un poco creyendo que ya estaría aquí; pero, no importa, tenemos tiempo de sobra...

-Y ¿qué me cuenta de nuevo? -preguntaba don Celedonio, con toda familiaridad a la vieja.

-Lo que le cuento es que los amigos se conocen en las ocasiones y que usted puede hacer algo por mí.

-Y ¿cómo, señora...?

-Pues, le diré don Demetrio... Hace unos días que soy espiada... ¡y el Comisario se me ha entrado por aquí buscando pretextos! ¡Gracias que yo estaba sola con Cayetana...! ¡Yo [ilegible] en seguida que [ilegible] por sorprenderme...! ¡Como a una no le faltan enemigos...! Ya usted comprende... No sé qué, pero se me ha puesto que intentan dar un golpe para perderme.

-¡Canario...! -exclamó Carlingue a quien la vieja llamaba don Demetrio, temeroso de lo que pudiera suceder estando él presente.

-¡Estas son suposiciones mías! Pero, tengo buen olfato, -proseguía la encubridora, y rara vez me equivoco. Hay gente para todo, señor, ¡gente que goza con presenciar desgracias...!

-Pues, como le decía. Si usted tuviera relación con el jefe de policía, o con el comisario, se podía enterar y... en caso preciso recomendarme, porque ¡esto nunca está de más...! ¡Yo le tiemblo a una gran familia que daría la mitad de lo que tiene por perderme...! ¡Pero esto es cuestión aparte...! A Benavides también le he hecho el mismo encargo, por lo que pudiera suceder. ¡Ya ve usted don Demétrio , ¡aquí jamás se oye una palabra más alta que otra...! ¡En mi casa no hay escándalos...! porque sólo entran personas decentes, pocos amigos, porque no me conviene tener muchos. ¡Ya usted comprende...! ¡Una tiene que guardar el secreto...!

-¡Claro, claro...! -se limitaba a afirmar Carlingue, medio aturdido con la charla de la vieja.

-Con su permiso, señor...

La vieja salió para entretener a Manuel, que se desesperaba en la otra habitación.

Ningún ruido turbaba la soledad de aquel sitio. De cuando en cuando sonaban lejanos los taconeos de alguno que cruzaba por la otra calle, y las pisadas del caballo de alguno que otro jinete que, a media rienda, pasaba con dirección al despoblado.

Un ruido confuso primero, y claro después a medida que se acercaba, hizo levantar a la vieja, dejando a Manuel que, al oír pasar un carruaje, supuso que había llegado lo que esperaba y se aplacó con esto su cólera. Así debió ser, porque doña Catalina entró precipitadamente para apagar la luz del quinqué, penetrando a los pocos momentos con una joven que se recataba el rostro para no ser conocida.

Manuel corrió los pasadores cuando hubo entrado la tapada, mientras la taimada doña Catalina corría a entretener a don Demétrio , que también debía estar impaciente en la otra habitación.

Carlingue, al escuchar el ruido del carruaje y las pisadas en el patio, comprendió en seguida que había llegado su pareja. Así es que al penetrar la vieja a donde él estaba, con aquel aire misterioso y solemne de las grandes ocasiones, no pudo menos de decir:

-¿Ya está...?

-Es otra señor... es otra que esperaba hacía rato un joven en la otra pieza...

-¡Caramba...! -exclamaba con desagrado-. ¡Creía que era ella... y salimos ahora conque es otra...!

-No ha de tardar... ahorita no más llega , porque la he mandado buscar para que venga a pie, ¡pues dos carruajes cerca de la casa habían de llamar la atención...! -decía solapadamente para servirle más tarde, como recién llegado, lo que tenía en aquel momento Manuel-. ¡Ya le he dicho don Demétrio que tengo que andar muy prevenida...! ¡Pues sí señor...! El Comisario todo se vuelve andar por aquí y por allí... Y yo para no hacerle sospechar me valgo de estos medios, antes de entregarle lo mejor que venga... ¡que es lo que yo creo que anda buscando...! Esta que ha entrado -seguía diciendo, guiñando un ojo con dirección a la otra habitación- es una niña de buena familia... pero... de familia encopetada... que viene con un pretexto, ¡porque en su casa no la dejan salir a estas horas...!

-¿Quién es? -preguntaba Carlingue con curiosidad.

-Es muy jovencita -seguía diciendo la vieja, esquivando la contestación-, ¡muy mona...!

En la pieza inmediata se producía el ruido de pasos y el cuchicheo de dos personas. Luego el caer del agua en el depósito, oído lo cual por la vieja, se retiró, escuchándose al poco rato el chirrido que producían los pasadores al descorrerse, al mismo tiempo que Carlingue aplicaba el oído a la pared para cerciorarse si conocía la voz.

Un oído fino y acostumbrado hubiera podido oír ruido de pasos en el patio oscuro.

Doña Catalina entró a donde estaba Carlingue, y con voz misteriosa, le dijo bajito:

-Venga, señor, venga... -y tomándolo por el brazo, le condujo por el lóbrego patio a la otra pieza, cuyo quinqué estaba casi apagado. Mientras, Tarabilla se escondía en el tapial después de conocer al otro colega.

-Cierre por dentro los pasadores... y, si quiere algo, no tiene más que tocar en los vidrios que yo oiré enseguida -añadió la vieja.

En la cocina tomaban mate muy sosegadamente Estanislao Roque, misia Cantalicia y la Secretaria, pues Cleto se hallaba fuera de casa. Estaban calculando lo que podría dejar en un mes la niña que ocupaba la primera habitación, cuando apareció doña Catalina reclamando un mate, como persona que está trabajando sin sosiego ni descanso.

No había cogido el mate en la mano, cuando llegó hasta ellos un grito estridente, que los puso en gran alarma; y, simultáneamente, un golpe rudo sobre el piso de tabla, que hizo retumbar toda la casa.

Doña Catalina y la Secretaria corrieron atropelladamente hacia la puerta de la habitación, donde se encontraba Carlingue, y como ni contestaban ni abrían, dieron un violento empujón que hizo saltar los pasares, quedando asombradas ante el cuadro que tenían delante.

Don Celedonio Carlingue, tendido en el piso, inmóvil y con la respiración estertorosa, amoratado el rostro; y, de pie toda azorada, vieron a Rosaura, que temblaba presa del mayor estupor sin acertar a articular palabra alguna.

-¿Qué es esto? -preguntaba la vieja, llevándose las manos a la cabeza y mirando alternativamente, tan pronto a la joven como al cuerpo que yacía en el suelo-. ¿Qué ha pasado?

La joven seguía en la misma inmovilidad, hasta que después de hacer unas muecas extrañas y retorcerse las manos, prorrumpió en ronca y estentórea voz:

-¡Mi papá...! ¡Mi papá...!

-¡Maldición...! ¡Dios nos asista!

Las mujeres salieron precipitadamente de la habitación en busca de Roque, el que con ellas y misia Cantalicia, volvieron a entrar en la pieza, encontrando a don Celedonio muerto, porque los ronquidos habían cesado y salía abundantemente espuma por la boca y la nariz.

Al oír la vieja Catalina que estaba muerto, empezó a gimotear y dar vueltas de aquí para allí, sin acertar a tomar medida alguna y jurando como una furia del averno.

-Mire, ¡cómo son las desgracias...! -decía lagrimeando la otra vieja Cantalicia-. Hoy había sabido quién era don Demetrio... es decir, el Sr. Carlingue... ¡y como tenía tanto en qué pensar me había olvidado de decírselo...! ¡Jesús...! ¡si me hubiera acordado, no tendríamos esta desgracia...! ¡Yo casi vengo a tener la culpa...!

-¡Sí, señora... usted la tiene! -decía colérica doña Catalina-, porque debió haber avisado inmediatamente, como se ha hecho en otros casos. ¡Dios mío, qué va a ser de nosotros ahora...!

Tarabilla al oír que Carlingue había muerto, aprovechando la ofuscación que reinaba en la casa, se deslizó por el tapial hasta llegar a la puerta, y, abriéndola precipitadamente, chocó con una persona que entraba en ese momento.

-¡Animal...!

-¡El animal es usted, que sale como quien se escapa!

-¡Ah...! ¿eres tú...? Entra... entra -le decía con todo cinismo, dejándole franca la entrada.

-Yo no lo conozco a usted, ni le permito que me tutee.

-Pues, entre usted, que va a encontrar lo que no se espera -y se alejó rápidamente.

Alfredo apareció cuando las viejas estaban en sus inútiles lamentaciones. Al ver a su hermana Rosaura presa del terror, quiso lanzarse sobre ella; pero lo contuvo el

Librodot

cuerpo que yacía en el suelo. A su vista quedó petrificado Alfredo. Al inclinarse sobre el cadáver del padre, Rosaura lanzó un agudo grito y salió como loca huyendo de aquel sitio.

¿Habéis visto una pacífica sociedad de gallinas cacarear alegremente al picotear el grano que han desparramado para ellas, y a la inopinada presencia de un zorro huir despavoridas, atropellándose unas a otras para cuanto antes ponerse a cubierto de las garras del terrible animal?

Pues, así, de esa manera, Estanislao Roque, las viejas Catalina y Cantalicia y la Secretaria se atropellan al salir por la estrecha puertecilla, queriendo alejarse precipitadamente para no caer en las garras de la policía y para sustraerse a la cólera o indagatorias del joven.

Librodot

XVII. Desolación

La señora de Carlingue no tenía ganas de comer. Poco acostumbrada a las ausencias de su esposo y menos aún a las de Rosaura, no era bastante la presencia de su hijo Alfredo, recién llegado de la estancia, para distraer sus pensamientos.

¿Sospechaba algo de la conducta de su esposo? Tal vez... aunque de una manera vaga y confusa, como se observan los objetos a través de densa neblina, esto es, sin precisar los contornos.

Así, ella, sospechaba algo, a juzgar por sus constantes ausencias, por su habitual preocupación, por su falta de cariñosa atención y otros mil detalles que jamás pasan desapercibidos a una señora de claro talento.

-¡No, no puede ser...! -decía para sí, tratando de rechazar las sospechas que tenazmente pugnaban por fijarse en su mente-. ¡Siempre ha sido un modelo como esposo y como padre, y ahora a su edad tiene que serlo doblemente... ¡con cuánta más razón!

¡Los pensamientos son malos generalmente! -pensaba la señora-. ¡Me extraña que ande preocupado, sin yo reflexionar que los asuntos políticos tienen que llamar seriamente su atención! ¡Esto es claro...! -decía para sí la señora, como quien acaba de resolver un problema o despejar una incógnita-. No había pensado en ello. Como es candidato para diputado, de seguro que anda de club en club, y es fácil que se entregue a la vida activa de la política, porque él no puede estar sin asuntos en qué ocupar el tiempo... Por otra parte -seguía cavilando-, como toda su vida la ha pasado entre negocios mercantiles, ahora que se ve libre de ellos, disfruta como suelto colegial en tiempo de vacaciones.

Así pasó cavilando, sin haber notado que, antes de terminarse la comida, su hijo Alfredo se levantó de la mesa, segura de no haberlo sentido salir, tal era su estado de distraído y preocupado con las sospechas primeras que vinieron a ponerla contrariada y pensativa por algunas horas.

Recordaba que su hijo, mientras comía, le contaba las refacciones que había hecho en la estancia, el cambio de jardines, los proyectos que tenía de cambiar poblaciones y otras muchas cosas, que ella había oído como entre sueños, pues su imaginación se encontraba abstraída entonces en sus sospechas, revolviendo un maremagnum de ideas hasta dar con la explicación que satisficiera a sus deseos.

Recordaba también que, su hijo, miró repetidas veces el reloj, como quien teme faltar a una cita importante, y que antes de servirse el café salió, dejándola sola con sus cavilaciones tan intempestivas.

Hizo, in mente , el inventario de su vida marital, y no encontró más que escenas agradables y tiernas con su Celedonio, al ver acumularse una fortuna. Después el goce maternal; sus cuidados; las gracias de sus hijos, al corretear por la casa; la procaz formalidad de su hijo, Alfredo; sus temores al considerarlo tan joven al frente de la estancia; y, por último, la vida presente llena de sosiego, en medio de la fortuna y en una sociedad donde hacían uno de los principales papeles.

Pasó una hora y la señora se encontraba contrariada. Sin saber por qué, no podía menos que reprocharse el haber dejado ir a la niña fuera de casa. Vagaba de una a otra pieza, agitada y nerviosa, mirando a cada momento la esfera del reloj del comedor... Otra vez el minutero se colocó en las doce, sonando pausadamente la campana nueve golpes.

-¿Por qué tardará tanto esa niña...? ¿Si le habrá pasado algo...? -decía impaciente-. ¡Juliana, Juliana... vaya usted a casa de Ramona y traiga a Rosaura...!

-Señora, me dijeron que la acompañarían cuando concluyeran de comer.

-¡Ya es tarde y no quiero que a estas horas ande fuera de casa, aunque sea en la cuadra...! Vaya usted y no se venga sin ella...

El ruido comercial de la ciudad se había extinguido. Sólo se oía el rodar de los carruajes y el cruzar de los tramways por la calle Victoria.

La señora de Carlingue se asomó al balcón para ver si aparecían... En el acto se internó malhumorada en el comedor, sin fijarse en la preciosa noche de luna y sin admirar el puro cielo tachonado de estrellas que fulguraban juguetonas en la inmensidad del espacio.

El tiempo transcurría y la niña no llegaba. Siniestros pensamientos vinieron a agolparse a su excitada mente; y, con lágrimas en los ojos, envió al cocinero en busca de su hija.

La señora entraba y salía al balcón; sollozaba amargamente; recorría la casa; se dejaba caer desfallecida, y el tiempo pasaba con esa calma martirizadora del que espera con ansia febril.

Fuera de sí, y sin poder contener los impulsos de su corazón, corrió la señora a la casa de Ramona, llegando anhelante y sofocada, presintiendo alguna desgracia. Sin saludarla convenientemente y queriendo de una ojeada descubrir el interior de la casa preguntaba con emoción:

-¿Y mi hija...?

-Señora, no sé... -contestaba Ramona, alarmada también al observar en aquel estado a la señora de Carlingue.

-¿Pues no estaba aquí mi hija?

-Cálmese, señora...

-¿Y la mucama, no ha venido a preguntar por ella...? ¿Y el cocinero tampoco...?

-¡Cálmese, por Dios, señora...! Rosaurita vino aquí con la mucama a las seis y media para decirme que no podía quedarse a comer, y que lo sentían mucho...

-¡Misericordia...!

-Y se fueron sin detenerse.

-¡Hija mía...! Pero ¿dónde ha ido mi hija? ¿Dónde está mi hija? -clamaba la señora fuera de sí-. ¡Yo me vuelvo loca, Dios mío...! -y para no caer al suelo, tuvo que apoyarse contra el marco de la puerta, presa de una contracción nerviosa que casi no la permitía respirar. Hondos sollozos estallaban en su pecho, y, así en este estado y sin aceptar el descanso con que le brindaba la llamada Ramona, salió como loca en busca de su hija.

Una crisis histérica la atacó al llegar al zaguán de su casa, cayendo pesadamente sobre el frío pavimento... Se llamó al Club del Plata preguntando por el esposo; el del Progreso donde solía estar su hijo, y ninguno de ellos aparecía, quedando la señora al cuidado de una familia vecina que acudió a los gritos, y encontró a la esposa de Carlingue sin conocimiento, tendida en la vereda.

La sirviente Juliana no aparecía. Mientras tanto, la señora, se retorcía en fuertes contracciones, hinchadas las venas del cuello y fuertemente inyectados los ojos, que estaban fijos e inmóviles.

Tras un rato de lucha, sobrevino la relajación consiguiente, acompañada de estridentes carcajadas, que hacían aparecer el llanto en los ojos de las personas que la atendían.

-¡Ánimo señora...! ¡Esto no es nada! -decía cariñosamente una vecina, al ver que recobraba el conocimiento.

-¿Y mi hija? -preguntaba la señora de Carlingue, en un estado de idiotez-. ¿Dónde está? ¿No ha venido? -y al ver que su hija no estaba, corrían abundantes las lágrimas por sus mejillas, y los sollozos entrecortados empezaban a calmar algo la opresión de su pecho.

El reloj del comedor dio pausadamente once campanadas, que hicieron extraño efecto en la señora. Abandonando la cama con viva entereza, y rechazando a las personas que trataban de retenerla, corría de una a otra parte sin rumbo fijo, como puede hacerlo una pantera recién metida en su jaula, al intentar escaparse dando vueltas de aquí para allí sin encontrar el punto de salida.

Otra vez se sucedieron las contracciones; pero, cuando sobrevino la calma poco después, se oyó el rodar de un carruaje que se detenía a la puerta. La señora, otra vez, se dejó caer del lecho y tambaleándose corrió en dirección al vestíbulo, donde encontró a su hijo Alfredo, descompuesto el semblante y casi sin poder respirar por la emoción.

-¡Hijo mío...!

-¡Mamá...!

Y los dos se enlazaron en un estrecho abrazo, atronando la casa con los estentóreos sollozos que embargaban aquellos pechos destrozados por la pena.

-¿Y tu hermana? -preguntaba la madre, asiendo al joven por los hombros y queriendo con sus ojos extraviados penetrar la verdad de lo sucedido-. ¿Dónde está tu hermana? -volvía a preguntar, sacudiendo violentamente al joven.

-¡Mamá, por Dios...! ¡Dejemos a Rosaura, porque no se trata ahora de eso...!

-¿Pues de qué quieres que tratemos...? ¡Si hace más de dos horas que la busco y no aparece...! Ve corriendo a buscar a papá, y cuéntale lo que pasa... Mira, dile que no se alarme... -decía la pobre señora, acariciando extremosamente a su hijo-. ¡Tal vez lo encuentres en lo de don Ernesto...! ¡Corre, hijo... corre... Vamos, hijo, corre...! -repetía con desesperación, viendo que Alfredo no se movía-. ¡No ves que me estoy muriendo de pena y de angustia...! ¡Pero, hijo mío, corre...! -volvía a decir sacudiéndolo violentamente-, ¡corre que tu hermana no aparece...! ¿Lloras también...? Bueno hijo, corre a buscar a papá -le decía besándole frenéticamente para que saliera cuanto antes-. ¡Pero hijo!, ¿cómo no marchas corriendo, si ves que me mata la impaciencia...?

-¡Mamá... mamá querida...! -sollozaba amargamente el joven, lanzándose a los brazos de la madre.

Por la escalera subía un rumor de pasos atropellados y de voces extrañas que causaron gran sorpresa a la pobre madre. Desprendiéndose de los brazos de su hijo y adivinando algo más terrible de lo que había sospechado, se lanzó, como leona herida, hacia la escalera, en el momento mismo que unos vigilantes llegaban al descanso con un pesado bulto que apenas podían sostener.

La señora, a su vista, quedó como petrificada con los ojos desmesuradamente abiertos. Alfredo corrió desalentado hacia la madre, la cual, al observar que los vigilantes trataban de entrar aquella cosa en las piezas interiores, se abalanzó al bulto y como viese un cuerpo exánime, una cara amoratada que despedía espuma sanguinolenta por boca y narices, y reconociendo, por fin, a su querido esposo, cayó pesadamente al suelo, como un maniquí a quien le faltasen de repente sus resortes.

Alfredo no sabía dónde acudir. Mientras indicaba a los vigilantes que entraran el cadáver, trataba de levantar a la madre, que sin oponer resistencia se dejó conducir con toda docilidad hasta su dormitorio. El hijo la llamaba y acariciaba extremosamente; pero ella permanecía indiferente sin contraer las líneas de la cara, y sin articular frase alguna. Su fisonomía expresaba la idiotez perfecta, y sin fijarse en nada y permaneciendo extraña a todo lo que la rodeaba, vio desfilar delante de sí la mayor parte de sus relaciones, que la contemplaban con asombro y lástima, al ver la inutilidad de los recursos médicos, y el pronóstico que se había lanzado en consulta.

No tardó en aparecer la niña Rosaura, acompañada de un comisario de policía. A la vista de la madre se prosternó ante ella, pidiéndole perdón, y como viese que no la hacía caso, se abrazaba a sus rodillas, la sacudía nerviosamente; pero, todo en vano. La

Librodot

señora de Carlingue permanecía indiferente, con la vista extraviada, como la representación exacta de la idiotez.

Había desaparecido la parte moral, quedando la materia bruta, animada vegetativamente por un embotado sistema nervioso.

XVIII. Captura

En una de las habitaciones del conventillo de la calle del 25 de Mayo, vivía sola María Luisa, a quien la madre, doña Rosario, algo envejecida, acostumbraba a visitar muy de tarde en tarde.

Esta joven se daba los aires de esas costureras que sacan trabajo y no lo entregan en un mes; costurera en el nombre y que vivía en todas partes para acudir a llamados y orgías con su grande amiga Etelvina, o donde fuesen necesarias muchachas alegres como ellas.

Las vecinas de conventillo le tenían odio al verla tan perdida, y al observar el desfile de viejos y jóvenes que ocupaban su habitación diariamente.

La puerta de su cuarto, abierta de ordinario, hacía cuatro días que permanecía cerrada, y esto había llamado la atención de la vecindad, que observaba como María Luisa, al entrar y salir para sus quehaceres indispensables, la cerraba cuidadosamente como si ocultase algo dentro que no debiera ser visto.

Las curiosas vecinas pasaban y repasaban tratando de ver por los resquicios o por entre los calados de las cortinas, lo que había allí, sin que ninguna pudiese conseguirlo, haciéndose en la casa mil conjeturas sobre tan extraño suceso.

-¿No ha visto? ¡También hoy está cerrado para que no se escape el gato...! -decía una vecina fisgona a otra que no podía aguantar más sin saber la causa de la encerrona.

-¡Sí, ya vemos...! ¡No ha de ser cosa buena, cuando pone tal cuidado en ocultarlo...! Alguna, como ella, a quien le habrá llegado su hora... Dígale si quiere que le traigamos la madama .

¡Es una muchacha sin vergüenza, que está escandalizando toda la casa...! ¡Mejor le valiera lavarse las camisas y no andar como anda hecha una perdida...! ¿Qué le parece misia Dorotea? -le decía a otra vecina, que, airada sin duda por la murmuración, salía a formar parte del concierto-. ¿Qué le parece? ¡También hoy sigue el misterio! ¡Debe tener algún pájaro suelto y no quiere que se le escape...!

-¡Chist, chist...! -interrumpía la recién llegada con misterio poniendo el índice en los labios-. ¿No saben...? ¡Ayer estuvo el comisario tomando informes...! ¿Saben? Dicen que buscan a una mala mujer que...

-¡Entonces aquí está!

-¡Digo que ayer estuvo el comisario, y hoy haciéndose el desentendido entró otra vez...! ¡Algo han olfateado por aquí...! Si vuelve esta tarde -seguía diciendo en voz baja a las otras vecinas-, si vuelve, como quien no hace nada, le largo una guiñada para que se cuele en el cuarto y vea qué enredo es ese.

-¡Pues, claro...! ¡Sí, señora! Aquí hay algo oculto, y cuando la gente se esconde señal es de haber hecho algo malo. ¿Por qué no le avisamos?

-¡Sí señora -afirmaba la otra-, y que la saquen del cuarto! Si quieren, con el hijo de la gallega lo podemos llamar.

Por un rato duró el conciliábulo, terminando por hacer venir al chico, que después de repetirle en voz baja el recado, partió como una flecha, bajando de tres en tres los escalones de las pendientes escaleras, quedando gozosas y satisfechas las vecinas, que ya se relamían al sólo pensar que iban a conocer lo que se ocultaba en el cuarto de María Luisa, la costurera.

En la habitación de María Luisa, estaban todavía tirados un colchón y diversas ropas, en uno de los ángulos, que servían de cama a una señora de edad, que cebaba mate continuamente, teniendo cerca de sí el braserillo donde descansaba la pava del agua. Esta vieja parecía preocupada y recelosa. Se escondía en un ángulo, donde no podían llegar las miradas indiscretas de la vecindad.

-¡Sabe que se están fijando mucho, Catalina...! -decía la costurera, al observar el conciliábulo de las vecinas-. ¿Por qué no sale a la noche? Ya podía irse a otra parte... a lo de Justina, y estaría mucho mejor, porque aquí son muy curiosas.

-¡Déjame aquí unos cuantos días más! Ya te he dicho que no lo has de perder... luego veremos lo que se hace. ¡Pero, mire que desgracia...! ¡Esto no le sucede a nadie más que a mí! ¡Tan sosegada como yo estaba en mi casa! ¡Pero yo sé de donde han de venir los tiros...! ¡Como si lo estuviese viendo...! ¡Aquella gente no perdona nunca, y quieren acabar conmigo, como lo hicieron con Estanislao Roque, secándolo a fuerza de sumarios y fianzas...! ¡Oh... el día que yo pueda...! -exclamaba la repugnante vieja, rechinando los dientes y tramando una venganza.

-¿Es el oficialito tan compadre del día aquel? -preguntaba María Luisa, creyendo haber adivinado la persona a quien aludía la vieja.

-No, no es aquel. Es una familia de copete, que me persigue sin descanso -seguía diciendo con desaliento, mientras apagaba los hervores de la pava con agua fría-. ¡Es una historia muy larga, muy larga...! Sé lo que son... Y como ahora están tan encumbrados, les hace daño que haya una persona que los conozca tan bien.

-Ya caigo, tal vez la señora o las hijas...

-Algún día te lo he de contar -seguía diciendo la cebadora, como quien es víctima de una persecución injusta-. ¡No comprendes, hijita, que cuando se poseen secretos de gente gorda... está una expuesta a pasar por donde yo estoy pasando... escondida, como si fuera una criminal...! ¡Pero ya me las pagarán de una vez...! Yo los he de hacer saltar de Buenos Aires, yo les he de quitar la máscara, yo les he...

La vieja suspendió la imprecación que estaba por salir de sus labios, a la vista de un caballero seguido de dos vigilantes, que, sin anunciarse, penetraron violentamente en la habitación, sorprendiendo a las dos mujeres.

-¿Qué se les ofrecía? -preguntaba María Luisa, adelantándose medio muerta, a los recién entrados, mientras la vieja visiblemente conmovida, se retorcía en su asiento, tratando de ocultar el rostro y dispuesta a aparentar serenidad, hasta tal punto que cruzó por su mente, para evadirse del compromiso, el ofrecer un mate al señor.

-¡Nada se ofrece ya...! Soy el Comisario, y vengo por esta vieja, que buscamos hace días. Véngase con nosotros -decía en tono imperativo.

-¿Yo? ¡Yo ir con usted...! ¿Por quién me han tomado ustedes a mí...? -exclamaba la vieja Catalina, pronta a desfallecerse de miedo.

-Dejémonos de zonceras, y véngase conmigo, pues bien la conozco... Pronto, pronto... -le decía sacudiéndola de un brazo para hacerla levantar-. ¿Cómo se llama usted? -preguntaba a la joven, que permanecía como enclavada sin acertar a moverse.

-María Luisa Suárez.

-¡Pues usted también conmigo, pronto...!

La joven empezó a sollozar desconsoladamente, y la vieja no se movía de su asiento. Pasado un corto rato entre excusas y mandatos, las dos mujeres salieron casi arrastradas por los vigilantes, cruzando por el corredor atestado de curiosos, que, al verlas pasar, demostraban lástima y conmiseración, indiferentismo y curiosidad, sin que faltasen algunas caras plácidas y sarcásticas que expresasen la satisfacción de ver el desenlace tan a placer de sus instintos, prediciendo en alta voz igual suerte a toda persona de mala vida y relajadas costumbres.

María Luisa, lloraba sin consuelo, se dirigía al Comisario protestando por su inocencia y pidiéndole no la hiciera pasar aquel bochorno. La taimada vieja, cubierta con el negro pañolón, ocultaba el rostro, y caminaba sin hacer la menor resistencia. Por la calle iban seguidos de multitud de muchachos, que no se dieron por satisfechos hasta verlas entrar en la Comisaría.

Librodot

XIX. A muerte

La fatalidad parecía arrastrar a Manuel contra Alfredo, como la racha de viento arrastra el montón de basura contra el muro. Desde el primer encuentro, en la puerta del Club del Progreso, se interpuso entre ellos una barrera infranqueable. Se odiaban de todo corazón. Fácil era, pues, de prever un desenlace trágico, buscando por pretexto uno de los tantos que nos salen al encuentro en sociedad.

Si los padrinos no encontraron causa bastante para un duelo, por haber ambos faltado públicamente, dando y recibiendo bastonazos y bofetadas, ahora el duelo era inevitable y forzosamente a muerte. La ofensa era de tal naturaleza, que exigía sangre, mucha sangre, para lavarla, ya que la estúpida sociedad no dispone de otros medios con que curar las heridas de la honra.

No pudiendo ellos tomar venganza por mano propia, porque la ley castiga con severas penas el asesinato, y no siendo posible el perdón de ciertas faltas sin grave detrimento del buen nombre, el duelo es todavía, por desgracia, una necesidad en el mundo civilizado.

No es ya el duelo primitivo, estúpido y sacrílego, en el que se ponía a Dios por juez en la contienda, llenándose de gloria el vencedor y de oprobio el desgraciado vencido. No. El duelo ahora viene a ser una especie de autorización o permiso para matarse dos caballeros sin que sobre ellos caiga el estigma de asesino.

Mientras las conveniencias sociales no arbitren otros medios, el hombre de delicadeza, el hombre de honor, sin convertirse por eso en Quijote, tiene que acudir con dos padrinos a saciar su sed de venganza y de exterminio, exponiendo su vida en el llamado campo del honor.

El pobre Alfredo, con la espina de la duda clavada en el corazón, fue en busca de doña Catalina, para saber por ella la verdad que encerraban las palabras de Manuel Tarabilla. Al entrar en la nefasta casucha, donde esperaba encontrar el desmentido completo que había de llevar la calma a su apenado espíritu, tropezó con un cadáver... ¡Aquel cadáver era el de su padre...! Y, halló luego, una honra mancillada, y aquella honra era la de su hermana, la suya propia, ya que otra vez la estúpida sociedad transmite las faltas, al que no puede ni debe ser responsable de ellas. ¡Siempre injusta la sociedad en casi todos sus fallos...! ¡Siempre en contradicción con la equidad y el buen sentido!

Manuel se volvía a encontrar con Alfredo, y éste deseaba matarlo para calmar la cólera que el ultraje había provocado.

Intervinieron los padrinos de ambas partes. Aunque Manuel ofrecía excusas y satisfacciones, hasta cierto punto legítimas, no fueron atendidas. El duelo quedó concertado a muerte, eligiendo el sable de punta, y el pueblo de Flores, como sitio para efectuar el lance.

Manuel invitó a comer en el café de París a varios amigos. Con ellos pasó la noche, en medio de la orgía y de los vapores alcohólicos, recostándose en un confidente hasta la hora designada, y teniendo seguridad de ser llamado en tiempo oportuno.

Por su parte, Alfredo, pasó triste el día. Reflexionaba, con prudencia, que era el representante de una desgraciada familia; pensaba en su querida madre idiota; en su desgraciada hermana que se arrastraba como una nueva Magdalena a sus pies, una vez que el rudo golpe abrió los ojos de su razón, ante el desastre de su casa, en los seres más queridos.

Temblaba, a pesar suyo, ante la idea de dejar en el más cruel abandono a aquellas desgraciadas, sobre quienes debía ejercer su tutela.

En medio de temores, vislumbraba allá a lo lejos, en confusos contornos, un mundo de dicha y de ventura al lado de su adorada Beatriz, un paraíso preparado para

dos almas, que convertidas en alegres mariposas revoloteaban en aquel oasis delicioso, en medio de gloria y de amor, de goces y de encantos, que no alcanzaba a distinguir.

Alfredo suspiraba, llamando en vano al sueño para calmar la excitación de su sistema nervioso; daba vueltas y más vueltas en el lecho; se levantaba agitado; paseaba por la habitación, y al volver otra vez a él, en lugar del reposo apetecido, sólo hallaba malestar y cansancio y un estado de angustia inexplicable, del que no acertaba a darse cabal cuenta. El no tenía miedo, había provocado el lance; pero, al acercarse la hora designada, miraba con cariñoso interés el cuadro que ofrecía su casa, pensaba en mil cosas a la vez, y en su cabeza se mezclaban ideas y más ideas en confuso torbellino, que acabaron por sumirlo en una especie de indiferentismo, propio del que está convencido de tener que sufrir las consecuencias de un mal inevitable.

Separándose de la larga calle de Rivadavia antes de llegar a Flores, y por frente del palacio de Basualdo, tomando a la izquierda, se atraviesan unos bañados que poco a poco se confunden con un suelo árido y desigual, como el que presenta el principio de una serranía. Atravesando zanjones de tosca y greda se penetra en las lomas con su primitiva vegetación llenas de copudos talas, que por allí se muestran orgullosos desafiando a la época presente, que no quiere concederles la importancia que debieron tener en otros tiempos lejanos.

Este accidentado terreno, propio más bien de suelos montañosos, forma con sus árboles el llamado Bosquecillo de los Talas, donde a cubierto de los rayos del sol y a disfrutar de la fresca sombra, acuden familias principales a pasar un día de campo, para sustraerse a la monotonía de nuestro suelo y de nuestras costumbres.

En aquel bosquecillo, donde se entrelazan los copudos árboles acariciándose con sus ramas, forma el follaje la zina-zina, la cicuta y el abrojo, y por entre las faldas de las ondulaciones que forman las agrestes lomas, triscan y corretean, en los días de campo, elegantes señoritas y apuestos jóvenes, que dan rienda suelta a su juvenil ardor, sin trabas de etiqueta que los contenga.

En el centro del bosquecillo, y formando una especie de plazoleta, se encuentra un suave declive por donde se deslizan las retorcidas raíces de los añosos árboles que sirven como de escalones para detenerse en la pendiente, sin perder el equilibrio.

Cercado de un alambrado por el norte, es el rincón predilecto para hacer fogatas, a cuyo calor se doren los corderos y se asen los costillares. De trecho en trecho se notan los apagados fogones con sus leños carbonizados, y los residuos del festín mezcladas las cajas de sardinas y conservas con las botellas del Champagne, las cajas de galletitas y dulces, con las cubiertas de los peludos y mulitas, y con todos los desperdicios imaginables, que se acumulan allí hasta que un aguacero los arrastra al bañado o los mete en algún zanjón.

Por aquellos sitios han correteado muchas hermosuras como Dianas cazadoras; pendientes de aquellas ramas se han columpiado más de cuatro respetabilidades; y, al pie de aquellos talas, se han escuchado palabras de amor o de locura, brotadas a impulsos del cariño o de los licores espirituosos, y a la sombra de aquellos árboles se han sellado criminales amores, que buscaban la soledad para hacer su manifestación.

Solitario el sitio y oculto de los caminos por el follaje que lo circunda, era este bosquecillo el sitio designado para que tuviera lugar el duelo pendiente.

No iban a resonar las histéricas carcajadas lanzadas por espíritus alegres y juguetones en aquel sitio, sino los apagados ayes e imprecaciones de la víctima; en lugar de los cuadros animados que diariamente presenta, debía ser teatro, entonces, de uno sombrío y lúgubre, donde no podía resultar más que sangre, odio, venganza y exterminio. Y, aquel suelo regado con las libaciones del Champagne, en medio de himnos en honor de la hermosura y del cariño, era el que recibiría en su regazo el cuerpo inerte que cayera bajo el filo de la espada para exhalar allí el último suspiro.

Librodot

¡Cruel sarcasmo...! ¡Estúpida necesidad...! ¡Pero al fin ineludible necesidad para encontrar justicia en la tierra!

Los primeros rayos del sol hirieron la caja de un coupé que estaba estacionado al lado del alambrado, reverberando siniestramente con un efecto parecido al fulgor que despide una granada al reventar contra un fuerte murallón. Tres caballeros se paseaban por la plazoleta sin dirigirse la palabra, sombríos y taciturnos, como correspondía estar en aquellos momentos. Al escucharse el rodar de otro carruaje, los tres volvieron instintivamente la cabeza, viendo descender a cuatro jóvenes de él, también serios y pálidos, que se encaminaron sin titubear al sitio designado.

Alfredo saludó cortésmente a los padrinos volviendo la espalda con desdén a Manuel, que presentaba ese aspecto indiferente del chico matasiete en los momentos más críticos.

Los padrinos conferenciaron entre ellos largo rato, y sin duda pretendían entablar negociaciones, porque los cuatro se dirigieron a Alfredo con mesurado continente. Este, antes de que llegaran al sitio que ocupaba, se encaró con ellos fríamente.

-¡Ya estamos perdiendo tiempo, caballeros...! Todo es inútil... No puedo escuchar ni una palabra -decía temblando de coraje-. No hemos venido aquí a discutir... Así, que cuanto antes, acabemos de una vez.

Los cuatro padrinos quedaron parados ante la actitud del joven Carlingue; pero, después de consultarse con los ojos, viendo que toda negociación era inútil, se retiraron penosamente, como personas a quienes les era forzoso cumplir con un deber que les repugnaba.

Desenvolvieron dos sables, pausadamente, y entregaron uno a cada joven, trémulos ante aquel penoso deber.

Manuel recibió el suyo con calma relativa, pues se lo veía pálido y ojeroso; y, Alfredo, al tomar el que le correspondía entre las manos, lanzó un rugido de salvaje cólera, como el tigre antes de clavar sus garras en el temerario que ha herido sus cachorros.

A la señal convenida, los sables despidieron chispas al tocarse. La acometida fue recia y vigorosa. Manuel se defendía parando los formidables golpes que le asestaba el furor de su contrario. Los padrinos respiraban aceleradamente retorciéndose las manos y haciendo rechinar los dientes, y, el médico frío y sereno, esperaba con apósitos el momento de vendar alguna herida.

Al poco rato empezó a correr abundantemente la sangre por el rostro de Alfredo; los padrinos acudieron; pero, éste, rugiendo como una pantera, seguía atacando sin cuidarse del golpe que había recibido.

Manuel, a la vista de la sangre que corría, dio un salto atrás reparándose de fondo , como para que cesase el lance; pero, Alfredo le alcanzó con rabia rozándole una mejilla. Desde aquel momento el espectáculo fue horroroso. Eran dos furias sedientas de sangre y de exterminio, que se atacaban y defendían encarnizadamente, ciegos, sin oír las voces de los padrinos que pretendían dar por terminado el duelo.

Los aceros siguieron chocándose con fuerza, hasta que el sable de Manuel dio, por último, sobre la cabeza de Alfredo... Este vaciló, cayendo desplomado al suelo, como cuerpo inerte.

Todos corrieron hacia él afanosamente. Después de clasificada la herida de mortal, el médico empezó la cura en medio de las respiraciones angustiosas de todos.

El cuerpo fue colocado en uno de los coupés, que partió del sitio con los padrinos y el médico. Mientras Manuel restañaba la sangre de la mejilla, se alejaba en el suyo a media rienda con dirección también a Buenos Aires, y con la idea de tomar el vapor que debía salir para Europa.

XX. En los caños

Habían pasado cerca de dos años de los últimos acontecimientos. Estanislao Roque había sufrido una transformación, por retrogradación social, como muchos desdichados que se convierten en la escoria o sedimento de la última capa.

Desde el día que, huyendo de la casa de doña Catalina, pudo escapar de las garras de la policía, llevó una vida miserable y errante, entrando en un inmundo fonducho, confundido con la basura de meretrices y marineros, artesanos perdidos y gente vagabunda, para salir al poco tiempo recatándose de todo transeúnte, y caer en un miserable rancho, o en algún hueco, para venir, por último, a parar al pudridero social, al antro del crimen y del vicio; a los caños de las aguas corrientes, en el Bajo de la Recoleta, donde, cubierto de harapos, plagado de miseria y aterido de frío, arrastraba su existencia, como casi todos los demás, entre los vapores inmundos del alcohol que los ponía en condiciones de sobrellevar aquella clase de vida.

La sociedad de los caños carecía de organización, propiamente tal; pero, allí, había también sus preferencias y allí se desarrollaban dramas de celos y de orgullo, de rivalidad y de perfidia, como en toda agrupación.

Los más antiguos, que conocían el mecanismo, tenían derecho de elección entre las espantables furias que, bajo forma de mujeres, ocupaban los caños, constantemente borrachas. El que todavía no sentía los efectos del delírium trémens, miraba con desdén al que se revolcaba en babas y secreciones alcohólicas. Podían dividirse en dos clases los atorrantes de aquellos caños: los que caían bajo el peso de sus vicios hasta el delírium, y los que, eludiendo la acción de la autoridad, se confundían con aquellos para vivir en absoluta libertad. Los unos podían salir a todas horas en busca de alimentos, y los otros, acosados por el hambre, se retorcían en los caños esperando la noche para ir a registrar los cajones de la basura y sacar de ellos la comida, simulando deformidades para no ser en ningún caso reconocidos.

Estanislao Roque ya salía al mundo, arrastrándose como un gusano y llevando encima de sus espaldas los guiñapos con que abrigaba su cuerpo sobre el hierro colado de los caños; cruzaba lentamente el Bajo y venía a caer a la trasera de Santo Domingo, donde saciaba el hambre.

Cuando caminaba encorvado bajo el peso de sus harapos y de su degradación, no sentía ya envidia, ni aspiraba a salir del pozo en que había caído. Estaba gozando sibaríticamente de la tranquilidad que disfruta todo aquel a quien el mundo tiene olvidado o da por muerto.

Ya no tenía que ir huyendo, hasta de su sombra, viendo un enemigo en cada persona, y pensar que tal vez amanecería en un calabozo. Ahora, saturado de caña, entre guiñapos y raterías, pasaba la vida pacíficamente, siendo un miembro importante de aquel mundo extraño, para dirigir una ratería segura.

Ni siquiera pensaba ya en el mundo en que brilló, en el que tuvo aspiraciones, en el que pasó tantas amarguras. El creía de buena fe que lo habían enterrado y que, por trasmigración, se hallaba convertido en atorrante de los caños. Por consiguiente, nada le importaba de lo que pasaba en el mundo, con tal de seguir él disfrutando de la tranquilidad de su agujero. Durante el sueño, mitad alcohólico, en lugar de soñar con amenos sitios, disfrutando delicias y holguras, harturas y goces, como era justo que su espíritu apeteciera, él soñaba con la posesión de un montón de caños, sin que nadie viniera a reducir su dominio, ni a acumular la miseria que bullía por aquellos sitios. Su alcoholizado cerebro lo transportaba cuando más a la parte trasera del Convento de Santo Domingo, donde engullía las piltrafas y devoraba los sobrantes de una comida conventual, saciando después su sed en una enorme pipa de caña, donde caía beodo, nadando hasta quedar atolondrado y sin sentido.

El Convento de Santo Domingo repartía los sobrantes de comida a los pobres que acudían por la puerta trasera, siguiendo la tradicional costumbre de la orden.

Los atorrantes, que podían acudir, estaban de parabienes, porque allí saciaban el hambre, cada veinticuatro horas. Pero, no todos, podían mostrarse a cara descubierta. Los saturados de alcohol, en pleno delírium trémens , acudían sin falta; pero, los que todavía no estaban empastados, es decir, con el pelo bien apelotonado por la roña, la barba muy crecida y cerdosa, llena de mugre, que ocultase como a un oso, sus facciones; los que conservaban los rasgos de su fisonomía y tenían cuentas pendientes con la autoridad, estos no podían salir. Si se aventuraban a ello, acosados por el hambre, entonces o se empastaban un ojo o se embadurnaban el rostro, y simulaban claudicaciones y jorobas, como aquellos célebres caballeros de la Corte de los Milagros de que nos habla Víctor Hugo en Nuestra Señora de París .

Estanislao Roque, cansado de revolver cajones y comer carne putrefacta, decidió ir a comer a Santo Domingo; no era posible que lo conociera nadie; no precisaba empastarse. El alcohol lo había hinchado bófamente y su cuerpo encorvado había cambiado de forma; su cabellera y barba, entrecanas, estaban apelotonadas por la baba y la mugre, formando gruesos mechones tan repugnantes como hediondos.

A las once y media de la mañana, llegó a la trasera, que estaba atestada de personajes que parecían haber sido vomitados por la tierra sin saberse por dónde.

Entre las calles de Venezuela y Belgrano, y entre las de Balcarce y Defensa, se encuentra una calle cortada que forma el ala derecha del Convento; calle sin empedrar todavía y que, al salir para Venezuela, tiene un terreno baldío, especie de explanada que sostiene un alto murallón que arranca de la calle de Balcarce, haciendo esquina. Esta explanada, donde se depositan los guiñapos e inmundicias del barrio, suelas y fragmentos de botines rotos, pedazos de sombreros, arcos de barrica, cajas de conservas, latas oxidadas y multitud de desperdicios, sirve para tender la ropa, hecha jirones, de alguna familia que vive en uno de aquellos tugurios próximos; y, también, sirve de cenáculo a los atorrantes que allí engullen los sobrantes.

En la calle cortada, tiene el Convento una puerta, especie de albañal de la repostería, por donde salían los desperdicios de la mesa, huesos y espinas, trozos de carne, pedazos de pan, sobrantes de sopa, todo ello en informe mezcolanza, para limpiar la cocina.

Al sonar las doce, se descorrió el ventanillo de la puerta, y la gusanera que obstruía la calle, se agitaba, dirigiéndose en informe montón y atropellándose para recoger la ración cuanto antes. El lego Mateo, descansando los cortos brazos en el repleto abdomen, presidía el reparto, que hacía un ayudante limpia-platos con toda equidad y presteza.

Los atorrantes avanzaban las manos con un tarro que antes contuvo kerosene, o con una sucia lata, o un trozo de periódico; y, una vez pronta su ración, se retiraban penosamente entre las atropelladas de sus compañeros; pero, teniendo la precaución de asegurarla con los dientes, si les había tocado alguna pieza magra, temerosos de la acometida de algún famélico, mientras salían a la explanada.

Unos gritaban, otros juraban si sólo les había tocado mondados huesos, con los que apedreaban a los demás, y todos devoraban aquellos desperdicios con la avidez que presta el hambre de veinte y cuatro horas.

Estanislao Roque avanzó la mano con una lata roñosa y al retirarla rebozando hilos de fideos mezclados con espinas de pejerrey, recibió la avalancha que dio con él en tierra, lanzándose sobre sus presas como perro hambriento; juraba y repartía puñetazos; y, viendo que se había quedado sin ración, metió mano al depósito de un periódico que salía por el ventanillo. El verdadero poseedor defendía su presa, y entre él y Roque se entabló una lucha desesperada que dio con ellos en el suelo. Allí,

Librodot

olvidándose de los sobrantes, se magullaban a puñetazos, y armaron tal escándalo que le fue preciso a un vigilante el intervenir para separarlos. Como no obedeciesen, ciegos ante la realidad del hambre y de la falta de ración, a machetazo limpio los hizo obedecer, obligándolos a marchar hasta la Comisaría de la sección.

Ellos intentaban volver sumisos a la explanada; pero, el machete del vigilante, los llamó nuevamente al orden.

-Este tuvo la culpa -decía Estanislao Roque, apuntando al compañero-. El me volteó la comida al suelo.

-Miente, señor; fue él quien me arrebuñó la mía...

-No, señor, que fue él...

-Cállense -decía el vigilante, echando mano al machete...

Y cabizbajos fueron conducidos hasta llegar los dos atorrantes a la Comisaría, formándose detrás de ellos una comparsa de muchachos vagabundos y vendedores de periódicos, que los insultaban y les tiraban con cuanta inmundicia encontraban a mano.

Librodot

XXI. Cataclismo

En contra del uso establecido entre la aristocracia de Buenos Aires, tenía lugar la ceremonia en la iglesia.

Poco después de las nueve de la noche, paraba delante de San Miguel la hilera de carruajes, de los que descendían graves personajes y elegantes damas, formando en el atrio un compuesto heterogéneo de fracs y uniformes, de colas y sombreros que llenaba el pórtico de la mejor sociedad porteña.

Don Ernesto, grave y satisfecho, estaba rodeado por uniformes de alta graduación y tricornios diplomáticos, y la señora, apoyada en el brazo de su futuro yerno, seguía a su hija llena de azahares y tules blancos, como la inocencia, que conducía el padrino, tío de Alfredo.

Siguiendo a la lucida comitiva, se abalanzaba a la iglesia un crecido número de curiosos de toda edad y condición, ávidos de inspeccionar el traje de la novia, de ver la ceremonia y de tener derecho de criticar los detalles.

La nave central de San Miguel no era bastante para recibir el lujoso acompañamiento que la había invadido. Los grupos de señoritas cuchicheaban coquetuelamente, mirando de rabillo a los jóvenes, que, sin duda estimulados por el acto, no cesaban de lanzar miradas incendiarias a las atrayentes y bellas niñas.

La ceremonia empezó al poco rato, siendo entonces mayores los apretones por llegar cerca del altar mayor. El humo del incienso envolvía el sagrado recinto en misteriosa nube, que disponía al recogimiento. La profusión de luces en los altares y arañas; las ricas colgaduras; los preciosos ornamentos; todo ello denotaba la alegría de la iglesia, y la numerosa orquesta derramaba torrentes de suaves melodías, que predisponían el espíritu a lo místico, ante la grandeza y elevación de nuestro ritual cristiano.

La novia dejaba ver su rostro emocionado por la suprema felicidad que sentía al unirse con el vínculo sagrado al hombre elegido por su corazón. Al subir las gradas del altar, experimentó un estremecimiento nervioso, y con la vista baja y el rubor en las mejillas, se dispuso a pronunciar el sí , por tanto tiempo deseado.

Alfredo, por su parte, rebosaba satisfacción. Estaba pálido, pero sentía una alegría infinita, que jamás había experimentado. Miraba con ojos de orgullo a la que iba a ser su esposa, y al contemplarla tan elegante, tan hermosa, tan celestial, se estremecía de contento y se juzgaba el más feliz del universo.

Don Ernesto y su esposa lloraban no sé si de alegría o de pena; de alegría tal vez no, porque las demostraciones de íntima satisfacción no se traducen en amargura; y de pena, tampoco, porque aquellos rostros no expresaban el dolor que, en cortados sollozos, embarga el pecho de quien lo siente. Era un llanto mezcla de pena y de satisfacción, natural en esos casos, en que una hija une a otro ser su destino, teniendo que desprenderse del regazo materno, para caer en brazos de un hombre que lo mismo puede hacerla feliz que desgraciada.

Los demás concurrentes asistían graves a la ceremonia, escuchando la armonía que llenaba las naves, aspirando religiosidad y envueltos en un ambiente que de igual manera predisponía a la meditación que al placer.

Al escucharse el tímido sí delante del sacerdote, empezó la marcha triunfal del Profeta . Por algunas mejillas rodaron espontáneas lágrimas arrancadas por la oportunidad del momento y por lo tierno y patético del acto.

Seguidamente formaron un apretado nudo la madre y la hija, escondiendo ésta en el regazo materno la emoción natural de aquel momento; se repitieron los abrazos y los apretones de manos; y al poco rato, los carruajes partieron veloces, despidiendo luces y llevándose a la lujosa comitiva que, al aspirar otra vez el ambiente de la calle, recobraba

su aire de fiesta y de alegría, del que participaban los novios en el elegante landó que se les había destinado.

Las luces de la iglesia empezaron a desaparecer, una a una, bajo la candileja del sacristán, recobrando el templo su calma habitual, y correteando satisfechos los monaguillos por la buena propina que habían recibido aquella noche.

La casa de don Ernesto presentaba un aspecto brillante. Su vasto zaguán, convertido en fantástico jardín, daba acceso a la crema de la sociedad. De los balcones salían haces de luz y borbotones de alegría, que llamaban la atención de los curiosos parados para observar los bustos que pasaban incesantemente por delante de las vidrieras con aire elegante y satisfecho.

En los salones se revolvían elegantes parejas, animadas por lo estimulante del acto que se festejaba, notándose en todos los rostros la alegría y la expansión.

En un vasto salón estaban colocados artísticamente los regalos para los novios. Aquello parecía el departamento de la fantasía en una exposición internacional, donde se veían los objetos más extraños y curiosos: grandes jarrones de ónix colocados en elegantes estuches de felpilla, juegos de lavatorio de cincelada plata despidiendo rayos de sus bruñidos medallones, aderezos de brillantes que hacían daño a la vista con sus cambiantes de luz, diademas de opacas perlas, anillos diversos, botonaduras, alfileres, juegos para chimenea, licoreras de subido precio, colecciones de abanicos, carteras, medallones, juegos de escritorio, mesitas de fantasía, chiffonniers , servicios de agua de cristal bacará y de roca, candelabros cincelados, bronces diversos, estatuas, jardineras, acuarelas, paisajes al óleo, y todo cuanto puede inventar la fantasía y el lujo para sobresalir en una exhibición.

Todos los objetos estaban puestos de manera que dejasen claramente ver la tarjeta, y colocados en los sitios preferentes con relación a su mérito y valor. Por aquel bazar fantástico desfilaba la comitiva, pasando revista a los regalos, admirando el arte y criticando al tacaño donante de un objeto humilde que escondía entre aterciopelados estuches y dando origen a pullas e indirectas que harían asomar el rubor a más de cuatro rostros, contoneándose, por el contrario, ufanos, los que figuraban en primera línea.

En todo casamiento es indispensable la pieza para el bazar, que bien podía bautizarse con el nombre de Salón del Compromiso . Allí se saca a la vergüenza pública al que deje de ser rumboso y desprendido, y esta amenaza obliga, en la mayor parte de los casos, a mandar el regalo que no está en consonancia con la posición social, ni grado de relación del obsequiante. Sabe que será sacado a la vergüenza pública en el Salón del Compromiso, y tiene que pasar por aquellas Horcas Caudinas, y empeñarse en muchas ocasiones para no hacer un desairado papel.

Esta costumbre es sabiamente calculada, porque así los recién casados tienen la seguridad de acomodar su casa con lujo y fastuosidad, convirtiéndola en un museo a costa del bolsillo de los que asistieron a la boda.

Si estos regalos, expresión del cariño y del bienestar, no fuesen objeto de la estúpida y comprometedora exhibición, a buen seguro que no figurarían las personas que buscan la publicidad en la lista que sale en los periódicos. Estas personas, que sólo regalaron un objeto de relumbrón, acechan la ocasión de estar tomando los números el repórter , y apuntan al llegar a un regalo: Un cenicero cincelado de raro mérito, regalo de don Fulano de Tal. Una pulsera de oro con brillantes, regalo de la distinguida señora dona Zutana de Cual .

Y así por el estilo. Tienen la satisfacción de figurar con regalos de subido precio aunque no sea más que en la lista de los periódicos, pues los supuestos regalos a la legua denuncian su grosera factura.

La fiesta estaba en todo su esplendor. Don Ernesto y su esposa se multiplicaban atendiendo a los numerosos invitados que llenaban los patios y corredores, con aquella

distinción peculiar de las personas de sociedad. Se oía el saltar de los corchos; los sirvientes cruzaban con bandejas de helados, y la algazara y la alegría llenaban aquella mansión de felicidad.

Al terminar la orquesta, llegaron hasta los corredores unas voces discordantes, como un fuerte altercado en el zaguán.

-Fuera de aquí, borracho... El señor está ahora ocupado.

-He de entrar... -decía una voz extraña y cavernosa.

-¡Lo voy a echar a palos; salga de aquí!

Numerosos invitados acudieron al zaguán movidos por la curiosidad, quedando sorprendidos ante la vista de un extraño personaje de harapiento vestido, luenga barba y en completo estado de embriaguez, que pugnaba con el portero, por entrar a ver a don Ernesto.

-Si no, que venga el patrón... Yo tengo que hablarle, ¡que venga el patrón! -gritaba estentóreamente, golpeando el mosaico del piso.

El portero le dio un empellón. El borracho cayó al suelo como un montón de inmundicia. A los gritos, acudió don Ernesto, sorprendido de que hubiera alguien que osara armar escándalo en su casa.

¿Qué ocurre, Venancio? -preguntaba don Ernesto, al descender al zaguán.

-Nada, señor; sino que este atorrante quería entrar a viva fuerza, diciendo que tenía que verlo a usted, y yo le prohibía la entrada.

Llame a un vigilante, y que lo lleve fuera -decía don Ernesto, dispuesto a subir otra vez sin dar importancia al incidente.

-¡Si no me ha de llevar...! -aullaba el atorrante, levantándose trabajosamente del suelo-. Si tenemos que hablar los dos de nuestros asuntos...

-Dele un nacional, ¡que se vaya! -ordenaba, al tiempo de subir la escalinata, don Ernesto.

-Contaré a todo el mundo lo que sucedió allí... ¿No recordás ya de aquello...?

Don Ernesto, al escuchar las últimas palabras del atorrante, se volvió, rápido como el rayo, hacia él; y, atenazándole un brazo, lo sacudía violentamente, mientras decía:

-¿Quién eres? ¡Habla, habla...! ¿Eres Estanislao...?

-¡Diez mil nacionales... y si no, digo a gritos lo que te importa que calle...! -decía el atorrante en voz baja.

Don Ernesto descargó una feroz bofetada sobre la mugrienta cara del extraño personaje, que lo hizo vacilar, lanzando al mismo tiempo una imprecación, que oyó Alfredo al descender rápido las escaleras.

El atorrante, repuesto del golpe, sacó un cuchillo de ancha hoja y se lanzó como un tigre sobre don Ernesto, el cual, al divisar la acción, lo tomó fuertemente por la muñeca, arrebatándole el arma y hundiéndola con presteza en su pecho al tiempo que decía con reconcentrada ira:

-¡Al fin, vengo la honra de mis hijas...!

Estanislao Roque exhaló un rugido de angustia y cayó pesadamente al suelo, para no volver a levantarse.

Alfredo, al escuchar las palabras de su suegro y al contemplar la catástrofe, quedó convertido en estatua, agarrándose la cabeza con ambas manos y mirando con estupor el cuadro que presentaba el zaguán.

Por su parte, don Ernesto, al volver a la razón y contemplar a su yerno, encontróse rodeado de amigos que expresaban la admiración en sus rostros. Dejó caer pesadamente los brazos, al tiempo de exclamar:

-¡Dios mío...! ¡He cometido un crimen...!

Al poco rato, era conducido por dos vigilantes hacia la Comisaría, dejando la casa y la familia en la más cruel consternación.

Librodot

Don Ernesto vio correr desalentado a Alfredo en dirección a su casa. ¡Huía de allí para refugiarse en los brazos de su arrepentida hermana y ocultar su deshonra en el regazo de su madre idiota, que no podía comprender el dolor que destrozaba su pecho, y anegaba de horror su espíritu, momentos antes tan satisfecho y tan feliz!